



Sylvia Marx

NI TÚ ROMEO,
NI YO JULIETA

 esencia

Kilómetro 10 de la nacional N-121

Subí el volumen. Iba cantando a pleno pulmón, muy por encima de la particular voz de Metallica, y sí, lo admito: muy por encima de mis posibilidades. Tomé aire, ahora venía lo mejor, tenía que darlo todo aunque me dejase la garganta en el intento.

Llegados a este punto, apreté los dientes con fuerza y pisé aún más a fondo el acelerador. La aguja del cuentakilómetros subió hasta alcanzar el ciento cuarenta, y acababa de rebasar la señal de prohibido ir a más de ciento veinte.

Seguí berreando, poseída por el espíritu de Metallica, y al mismo tiempo aporreando el volante, tratando de llevar el ritmo frenéticamente con la palma de la mano.

Ya pensaría luego qué hacer; ahora sólo tenía que descargar toda aquella adrenalina que me estaba ahogando. Desvié la mirada de la carretera lo justo para alcanzar la pitillera y sacar un cigarrillo. Eso sí que constituía una rebelión en toda regla: ¡Ja! Aquél era SU coche, SU tapicería y él había colocado un cartel de PROHIBIDO FUMAR dentro de SU precioso y minúsculo Clio.

—¡Que se joda!

Así, de pronto, por una de esas asociaciones de ideas, me vinieron a la mente las palabras de Lorena cuando hace unos meses le presenté a mi chico y se saludaron a través de la ventanilla del coche. Sus palabras fueron: «¡Joder, tía...! ¿Cómo un tío tan buenorro puede conducir esta porquería de Clio?» Así es Lorena, mi amiga del alma, a veces tan profunda, a veces tan superficial.

Aspiré una intensa calada y expulsé una interminable nube de humo hacia el cristal. No estaba acostumbrada a fumar mientras conducía o, mejor dicho, no estaba acostumbrada a conducir. Me dio un ataque de tos y bajé la ventanilla...

—¡Mierda!

El viento me azotó con tal fuerza la cara que casi me deja sin respiración. Volví a subirla con rabia.

Al momento caí en la cuenta y miré hacia el salpicadero.

—¿Y... si un radar me ha hecho una foto a... a cuánto? —Un vistazo rápido al cuentakilómetros de reojo me dio la respuesta—: ¡A ciento cuarenta y seis kilómetros por hora! —exclamé riendo—. ¡Guauuuuuuuuu! ¡Que se joda! Es su coche... ¡es su multa!

La canción que venía escuchando había terminado. Supuse que sin el subidón de la voz rota del *heavy*, que aplacaba algo mi sed de venganza, me desinflaría del todo. No aguantaba aquel silencio, así que conecté rápidamente la radio, sin preocuparme de elegir el dial. El locutor de *Música de los ochenta* dio paso a una de las canciones.

—¿Te sientes romántica o romántico en esta tarde noche de sábado? Mmm... En ese caso, abrázate a tu chico o chica... y déjate llevar por esta fantástica balada...

—¡Y una mierda! —le grité con todas mis fuerzas—. Será posible el flipao de la radio... Pero ¡será gilipollas...! ¡¿A quién me voy a arrimar yo a partir de ahora?! —espeté con rabia a la voz radiofónica—. ¿A quién me abrazo yo, eh? ¡¿A tu puta madre?!

Furiosa, apagué el cigarrillo sobre el asiento del copiloto. Total... ¿qué? Si ya no pensaba ir nunca más sentada allí... Muy a mi pesar, noté la visión borrosa, algunas lágrimas se empecinaban en derramarse. Busqué a tientas las gafas de sol en el bolso, donde habían permanecido toda la tarde, y me las ajusté sobre el puente de mi chata nariz. Hacía como tres horas que el sol se había escondido, pero así me daba la sensación de que se me evaporarían las ganas de llorar.

—No pienso llorar por él, ¿por un imbécil? No, no, ¡me niego! ¡No pienso llorar, que se joda! —Irritada, aparté la mano del volante para limpiarme dos o tres lágrimas indiscretas que caían irremediablemente por mi mejilla.

Me sentía indignada, engañada por las dos personas que pensaba yo que más me querían: mi novio y mi amiga. Acudían a mi mente aquellos flashes, imágenes que en la vida hubiera imaginado. Algo tan típico que me daban náuseas.

Había llegado a casa antes de lo previsto, algo que nunca debió suceder.

¿Por qué todos a mi alrededor tenían que ser siempre tan, tan, tan asquerosamente perfectos y felices?

Repasé mentalmente:

A) Mi viejo: el mejor traumatólogo de la ciudad, un machista de la vieja escuela, intransigente, intolerante. Por mi parte no había mucho más que añadir, salvo que tenía un suspenso como padre y como esposo.

B) Mi hermano: el hijo ejemplar, que siguió los pasos del doctor Lasarte, y que también iba a ejercer como médico. Un crac como hijo, como hermano, como amigo, y probablemente como pareja cuando la tuviese. Aunque a mí no me la da con la patética excusa de que se ha dedicado en cuerpo y alma a sus estudios y no ha tenido tiempo para novias. ¡Vomitivamente perfecto!

C) Mi pareja: de él todavía no podían opinar mis padres, pero para los demás estaba claro, lo tenía todo: simpatía, atractivo. De cara a la galería, claro, porque lo de infiel era un calificativo nuevo, recién estrenado, que por ahora sólo sabía yo.

D) Mi mejor amiga, Lorena: con lo pendona que había sido siempre, ahora por fin sentaba la cabeza y abría una modesta peluquería. Parecía distinta (incluso su pelo), mucho más contenta, y ahora sé por qué... ¡porque la muy zorra se acostaba con Víctor, mi novio!

E) Mi madre: bueno..., no se puede decir que sea una mujer de éxito, de renombre, de una valía de puertas afuera como los demás, sino más bien de puertas adentro. Entraría en la categoría de mujerbondadosa, conformada o conformista (no sé muy bien la diferencia), pero sobre todo, muy cargante. Además de hablar por los codos, siempre ha sido una sufridora, como la mayoría de madres de más de cincuenta y tantos.

¿Y qué hay de mí? ¿Qué he conseguido? Pirarme de casa antes de tiempo, recién cumplidos los diecinueve, cuando pensaba comerme el mundo. Resulta que ha sido al revés: al cabo de los años, el mundo se me ha merendado a mí. Conseguí un trabajo chungo, varios cambios de piso compartido, he ido dando tumbos de acá para allá, gastando las fuerzas y el dinero que no tenía (ni tengo). He sido especialista en coger trabajos de poca monta, que siempre se iban a pique, y he tenido un imán para atraer a la gente más problemática.

El indicador de la gasolina me anunció que iba ya con la reserva. El muy idiota de Víctor no había repostado y yo, con los nervios y el shock emocional, ni siquiera me había dado cuenta de cómo iba de combustible. ¿Cómo iba yo a saber cuánto gastaba el jodido Clio? Bueno, sí se lo había oído comentar a él con los colegas, pero rara vez prestaba atención a esos asuntos. Soy experta en desconectar cuando algo no me interesa, en poner el automático.

¿Cómo era? ¿Siete litros cada cien? ¿Llegaría con la reserva, siendo que me quedaban más de setenta kilómetros por recorrer? Parecía uno de esos condenados problemas de matemáticas que nunca se me dieron bien. No estaba para hacer cuentas. Por fortuna, acababa de pasar un cartel anunciando un área de autoservicio, así que repostaría y comería algo. No podía llegar a casa del doctor Lasarte dentro de una hora sin probar bocado. Lo que tenía bien claro era que no pensaba recular, pero

tampoco presentarme allí como una mantenida. De eso nada.

Enseguida, con el rabillo del ojo, divisé ya casi dentro del carril de incorporación un camión tremendo de esos que llevan cerdos para sacrificar al matadero y, sin tiempo para decidirme, más que nada porque el pedazo monstruo entraba sí o sí en la autovía, puse el intermitente izquierdo al tiempo que giraba el volante. El chirrido de unos frenos casi me detuvo en seco el corazón. Por pura inercia, sin ser consciente, pisé el pedal con todas mis fuerzas, mientras oía el bocinazo prolongado del camión de porcino que se alejaba por la derecha. El ruido estridente de mi propio coche me hizo mirar en la otra dirección. Mientras frenaba me estaba dejando buena parte de la chapa lateral de la puerta del Clio azul en el quitamiedos de la autovía.

Tras unas milésimas de segundo interminables, el coche se detuvo, ladeado entre el arcén y la barra metálica, y ahí fue cuando empecé a ser consciente de que acababa de sufrir un accidente. Solté un taco, miré al frente, a los lados, me observé los brazos y algo me llamó la atención en el reducido ángulo visual. Por mi retrovisor interior apareció la figura de alguien vestido de negro, cojeando y con el casco aún puesto, que se acercaba hacia mi coche gesticulando. Detrás había una moto tirada en el suelo.

No, no me atrevía a salir, ni siquiera a hacer ningún movimiento.

—¡Joder, joder, joderrrr! —Me lamenté, dando un puñetazo al volante—. ¡Esto no me puede estar pasando!

El motorista, impaciente, golpeó con los nudillos en mi ventanilla tres veces. Y lo primero que vi fue la cremallera de su cazadora negra que bajaba como a cámara lenta y unos guantes que sacaban de dentro unos papeles.

—¡Los papeles de la moto! ¡La madre que lo parió! ¡Esto va en serio!

Bajé un poco la ventanilla, con los ojos como platos.

—¿Vas a salir del puto coche o piensas quedarte ahí toda la noche? —Ése fue su saludo.

Aquello me irritó. «Mal empezamos, que me conozco», pensé.

Jamás he soportado que me griten, y menos un desconocido... y muchísimo menos cuando resulta que casi me lo llevo por delante con el automóvil... Así que, sin encomendarme a nadie, eché el freno de mano con tanta fuerza que casi lo arranco de cuajo y abrí la puerta con brusquedad contra su pierna derecha.

Se llevó la mano a la espinilla y gritó algo imperceptible dentro del casco. Mejor no haberme enterado.

—Vale, no he visto tu pierna —me disculpé sin mucha convicción.

El motorista por fin se estaba quitando el casco cuando salí del vehículo.

Tuve que levantar la vista para mirarlo y él la bajó para mirarme a mí. A pesar de la diferencia, su altura no me imponía lo más mínimo.

Estaba acostumbrada a mantener el tipo, sobre todo a conservar esa mala leche que me caracteriza y no dejarme llevar por tonterías. Incluso el hecho de que el tipo fuese atractivo podía cabrearme aún más. Ya sabía yo cómo eran los tíos así.

Es cierto que me fijé en aquellas botas moteras, que recogían los bajos de unos pantalones de cuero pegados a unas piernas interminables. Se desprendió de los guantes con una seguridad aplastante, los sostuvo en su mano izquierda, y, aunque lo negaría hasta la extenuación, reconozco que me fijé en aquellos labios carnosos que ahora se movían, que trataban de decirme algo... ¡me estaba hablando! Intenté destaponarme el oído derecho presionándome el lóbulo con el índice.

—¿Tú estás en estado de shock es que eres así?

—¿A ti qué coño te pasa? —Me metí las manos en los bolsillos del pantalón, echando los codos hacia atrás.

Su pronunciada mandíbula se tensó y él se me quedó mirando a los ojos fijamente, pero no a modo de coqueteo, para nada. Más bien se trataba de todo lo contrario, una inspección incómoda.

Se puso el chaleco amarillo fosforescente y se inclinó hacia mí, agachándose como dos cabezas para ponerse a mí misma altura. Y de repente vi su mano delante de mi nariz, mostrándome tres dedos.

—¿Cuántos dedos ves aquí?

—Yo, tres... ¿Es que no sabes contar tú solo? —Contesté con suficiencia. Pero ¿qué se había creído? —. ¿Tengo cara de gilipollas o qué?

—Bueno, vamos a dejarlo, terminemos cuanto antes con esto. Saca los papeles mientras vienen los de los atestados... ¡Ah..., y ponte el chaleco reflectante si no quieres que se te lleven por delante!

¡Los papeles! ¿Quién iba a imaginar que iba a necesitar los papeles del coche de MI novio? ¿Cómo iba a pensar yo que tendría un accidente en plena noche?

Miré hacia el suelo como si ahí fuera a encontrar algo más que una pequeña pieza metálica que a saber de cuál de los dos era.

—Los papeles... vale —repetí, tratando de ganar tiempo.

Lo cierto era que ni siquiera llevaba el carné de conducir, eso seguro. ¿Para qué iba a llevarlo encima si yo no tenía coche y además era mi novio quien conducía? Pero si al principio de la tarde yo no tenía más intención que esperar a que concluyese el entrenamiento para salir con él.

—Bueno, yo soy Xabi. —Me tendió la mano con un gesto un poco brusco para ser una presentación cortés.

—Ah, vale, Javi —repetí.

—¡Xabi! —Me corrigió molesto—. ¡Con «x» y «b»!

No valía la pena decir más. ¡Era un jodido imbécil!

—¿Tiemblas siempre así o es porque sigues bajo elshock?

—¿Y tú eres siempre igual de capullo o es que te has quedado así por el accidente?

—arremetí, echando los hombros atrás, sacando pecho.

—Mira, chica, me la trae floja si eres retrasada, pero deberías mover el coche. Se ha quedado con el culo fuera, pisando la línea.

Nunca había tenido un accidente y nunca había tenido vehículo propio... ¿Dónde se suponía que guardaría Víctor el maldito chaleco reflectante de los huevos? ¿Y los papeles del seguro?

No me moví. Para fastidiarle, encendí un cigarrillo y continué con la mirada perdida en el quitamiedos del arcén. El tal Xabi meneó la cabeza con impaciencia. Al final, bufando como un toro bravo, cedí, tiré el cigarrillo y pisé la colilla con furia. Rodeé el coche, abrí la puerta del copiloto y saqué de la guantera el chaleco reflectante. Inmediatamente después, sin dirigirle la palabra ni mirarlo, me senté en el asiento del piloto, puse el coche en marcha y, con un acelerón en primera, lo dejé bien centrado. De lo que no tenía ni puñetera idea era de dónde estaría la documentación del Clio, así que salí del coche justo cuando el motorista abría la otra puerta y sacaba una carpetilla azul. Me enrabetó que la agitase en el aire en señal de victoria.

Eso y la aplastante seguridad del tal Xabi.

—Aquí estarán todos los papeles de tu coche, ¿no?

—Esta mierda no es mía —contesté mientras me ponía el chaleco.

—Bueno, vamos..., te tomas un calmante o algo y miramos los papeles en la estación de servicio.

En cuanto sentí que me ponía una manaza en el hombro para cruzar al otro lado de la carretera, noté cómo se me hinchaba la vena del cuello y me rebelé.

Aquel tipo, por muy atractivo e interesante que pareciese, era un completo prepotente y un idiota. Pretendía tratarme como a una cría, o peor... como si fuese estúpida. Y eso, desde luego, no lo iba a consentir. Apreté la pequeña carpeta de la documentación contra mi pecho.

—Déjame. —Me zafé echando el hombro hacia atrás para apartarlo, iniciando la

marcha—. Sé cruzar sola.

Al rebasar la línea del carril izquierdo con el pie, noté un fuerte tirón en el brazo que me inmovilizó, y justo entonces, como un rayo, pasó un coche a gran velocidad, delante de mis narices.

—¿Estás segura?

El tono sarcástico del joven no dejaba lugar a dudas. Decidido: se trataba de un tipo prepotente, un creído y un chulo, pero, aunque me costaba reconocerlo, me acababa de salvar la vida.

Aun así, ni por un momento me planteaba abandonar mi natural «bordez» de siempre y mucho menos reconocer que probablemente no me vendría mal un poco de ayuda.

Un sábado a esas horas, a tan sólo diez kilómetros de la ciudad, en aquella área de servicio apenas había gente, así que no fue difícil encontrar un sitio libre para tomar algo.

Seguí con la mirada a Xabi mientras se dirigía por las bebidas. A decir verdad, lo primero que me pasó por la cabeza al observarlo detenidamente fue que el capullo tenía buen culo.

Y lo segundo, que el tipo en cuestión era vasco, porque no tenía acento catalán y Xavi se escribe con «v» en catalán. Pero entonces me acordé de que últimamente había andaluces que les ponían a sus hijas Amaya o Idoya, y a algunas niñas vascas las llamaban Triana o Macarena, así que no lo tenía nada claro.

Vaya situación rara de narices: en plena noche, en un área de servicio, accidentada con el coche de mi novio, o mi exnovio, mejor dicho, y pensando chorradas que no venían a cuento.

Desde lejos, Xabi hizo una seña con la mano y me mostró un*snack*. No sé por qué me recordó uno de esos ridículos anuncios de la tele, donde el guaperas le enseña una chocolatina a la niña mona. Pero no, allí no había sonrisa bobalicona, ni música moña anunciando un posible romance. Todo lo contrario, la tensión podía cortarse, era flipante.

—¿Quieres?

Asentí, sólo porque me sentaría bien comer algo...

Bueno, vale, a lo mejor resultaba que no era tan gili, pero de todos modos me había metido en un buen marrón, y seguro que iba*follaoy* ni siquiera vio cómo yo ponía el intermitente. Eso me lo tenía que meter en la olla, dejarle bien claro que él había sido el culpable. ¿De dónde había salido con la moto? Lo habría visto si hubiese conducido a menos velocidad que yo...

Me puso el*snacky* una taza delante.

Sin descruzar los brazos ni bajar la guardia, mi estupefacta mirada iba de la taza a Xabi y de Xabi a la taza.

—¿Qué narices es esto? ¿No me habrás pedido un caldito de verduras?

—No. Tila.

Con cara de asco, retiré el platito con la taza hacia el centro de la mesa.

—Ni de coña. Pídeme una cerveza.

Al girar el cuello, me dio un pinchazo y me masajé la nuca.

—¿Necesitas un médico?

—No. Una cerveza, mejor.

Vale, fui cortante y entonces caí en la cuenta de que él había rodado por el suelo y ni siquiera le había preguntado cómo estaba, que igual me estaba pasando. Así que, con algo de dificultad, me obligué a ser amable, sin pasarme con inútiles delicadezas.

—¿Tú estás bien?

Xabi sonrió de medio lado y bebió un trago de su tónica.

—Vaya. La primera cosa agradable que sale de tu boca —contestó, mientras se encaminaba por la cerveza—. Mira, te has ganado la birra.

—No me vengas con ésas, como si me hicieras un favor, que vamos a pagar a medias
—le grité airada desde mi silla, al tiempo que se alejaba.

Me entretuve en aplastar la bolsita de la infusión, apretando con fuerza la cucharilla contra el borde de la taza. En realidad, odiaba las infusiones. Siempre las relacionaba con algo negativo en mi estado de ánimo: ansiedad, insomnio, una mala digestión.

—Aún no me has dicho tu nombre. No es que me interese en absoluto —aclaró el motorista de inmediato con acritud, poniéndome la cerveza delante—. Sólo para saber quién me ha embestido en la autovía.

La bolsita de tila dejó de repente de ser mi objetivo y fui subiendo una mirada cargada de desconfianza hasta los ojos claros de mi contrincante. Él tampoco se amedrentaba, faltaría más, no era un rival débil, pero tenía que medir mis fuerzas, no iba a iniciar un ataque feroz a la primera de cambio. Me sostuvo la mirada como en un duelo, esperando a que dijera algo, y al final destensé los labios.

—Julia —cedí con desgana. Y acordándome de su impertinencia, lo imité—: Con «j».

Juraría que aquello le hizo gracia, pero aguantó estoicamente, sin hacer comentarios, y señaló la carpeta. No tenía por qué intentar caerme simpático. Casi mejor así.

—Entonces terminemos cuanto antes: miremos los papeles.

En ese instante temí quedarme sin argumentos.

Pero de pronto se hizo la luz en mi cabeza. ¡Un momento!... Quizá si le decía la verdad, él podía abusar de la información, de todos los datos en mi contra: que no era mi coche, que iba a más de ciento cuarenta... No sólo me pondrían una multa, sino que además me quitarían el carné. Otra vez me acordé: pero ¡si encima no llevaba mi carné de conducir! Y aún peor, me dejé llevar por todas esas circunstancias que me perjudicaban claramente, podían acusarme de homicidio involuntario o tentativa en primer grado o qué sé yo. Aquello acabó por convencerme para dejar la carpeta de la documentación sobre el bolso. Tenía que ganar tiempo si quería jugar bien mis cartas y no salir mal parada de aquello.

—Podemos arreglar esto civilizadamente, ¿no?

Xabi levantó la vista sorprendido y no pudo evitar mostrar su sonrisa más socarrona.

—Eso intentaba, arreglarlo civilizadamente. Está claro que tú has tenido la culpa por echarte encima de mí, has invadido mi carril.

—¿Cómo?! —Mi puñetazo en la mesa y mi grito llamaron la atención de los pocos que pululaban por el establecimiento.

Incluso diría que él se sobresaltó.

De pronto, me vino a la mente aquello de «darle la vuelta a la tortilla». Por alguna extraña razón, algo me decía que él tampoco estaba muy seguro de querer llamar a la policía, era como si lo estuviese retrasando. Si estaba tan convencido de que yo era la culpable, ¿por qué no había llamado ya y se dejaba de gilipollices?

Fruncí el cejo y volví a dedicarle una mirada fría, más que nada para acobardarlo.

—Dime una cosa... —me incliné hacia delante en posición de ataque—, si tienes tan claro que yo soy la culpable..., ¿por qué no has llamado ya a los putos del atestado?

Me había subestimado. Seguro que estaba pensando: «No tiene un pelo de tonta»

—Quería esperar a que estuvieses más tranquila, joder. —Tuvo que cambiar de táctica sobre la marcha.

Casi podía leerle el pensamiento: «Este maldito incidente con esta idiota me va a costar caro. Si no fuese porque con toda probabilidad la moto no arrancaba, lo mejor hubiese sido largarme, dejarla allí tirada en el arcén, con su maldito Clio.»

A esas alturas quedaba claro que ambos ocultábamos algo... y que a ninguno nos interesaba, por razones bien distintas, la visita de la policía.

Me terminé la cerveza casi de un trago, me limpié con la manga y golpeé al dejar el botellín justo delante de él, sobre la mesa de madera, con el mismo ímpetu que un duro vaquero en una de esas pelis del Oeste. Aquel gesto era más una prueba de rebeldía que de personalidad. Y posiblemente, en el fondo, por la cara que puso, él tenía que admitir que le resultaba graciosa a la par que irritante.

Como una estrella fugaz, me pareció leer su pensamiento: «Un par de hostias a tiempo.» Imaginarme lo que podía pensar él sólo empeoraba las cosas.

Entonces, sonriendo de medio lado, Xabi alzó el vaso, lo puso a la altura de mis ojos e hizo tintinear los cubitos de hielo. Bebió un trago largo y soltó sin disimulo un eructo, sólo para molestarme, como yo acababa de hacer.

De alguna manera, en ese momento nos habíamos declarado la guerra.

—No me toques las narices, tío. No he tenido una buena tarde que digamos y no estoy de humor.

Nos quedamos en silencio unos segundos, cada uno posiblemente midiendo su respectiva estrategia.

—Yo tampoco —declaró con gravedad él, al cabo de un rato. Se levantó de la mesa y señaló la puerta del fondo—. Voy al lavabo. —A los dos pasos se volvió de pronto hacia mí—. ¡Ah! Y ni se te ocurra huir, he fotografiado el lugar del crimen.

Disponía de unos minutos extra para analizar la situación. Respiré hondo y miré la hora. ¡Las diez y media de la noche!

No podía llamar a la policía, estaba claro. Él tampoco tenía prisa por hacerlo... Pero era evidente que tendrían que llevarse los vehículos del arcén tarde o temprano.

Me hubiera gustado preguntarle a Xabi cómo era el proceso cuando tienes un accidente. ¿Te hacen la prueba de alcoholemia? ¿Tienes que declarar? ¿Miden el frenazo y saben a qué velocidad ibas? ¿Puedes acabar en prisión si no llevas carné ni seguro y le has «robado» el coche al imbécil de tu novio/exnovio? ¿Era un robo, en serio?

Demasiadas cuestiones que no podía hacerle al capullo ese del motorista. ¡Por su culpa! En algún sitio, había leído que la mejor defensa es un buen ataque, y también eso de conseguir la mayor información posible. Así que en cuanto volviese del lavabo, lo acribillaría a preguntas.

Once de la noche. Área de autoservicio.

Lo seguí hasta la barra, mientras rebuscaba en mi bolso. Desde luego, no iba a dejar que pagase mi cerveza. ¡Faltaría más!

Vale, iba a hacerle caso; antes de nada, debíamos mover el coche y la moto. A decir verdad, tendríamos que llegar pronto a un acuerdo, porque estaba quedando claro que ninguno de los dos teníamos la más mínima intención de que viniesen los de los atestados.

Xabi dejó dos monedas de dos euros y yo me quedé pasmada mirando mi monedero. ¡Sólo llevaba cinco euros! Por suerte, aún tenía la tarjeta de crédito para echar gasolina y largarme de allí.

Pasamos corriendo al otro lado de la carretera. Allí seguía la dantesca imagen de la Yamaha tirada por el suelo. Me sentí ridícula mirando cómo él trataba de levantarla y ponerla en marcha por tercera vez. Nada.

—¡Joder! —Xabi pegó un puñetazo al sillín de la moto—. Estoy jodido... —Se volvió hacia mí muy cabreado—. ¡Me has jodido bien!

Tampoco era momento de discutir. Respiré hondo para controlarme. Sólo quería marcharme de allí. Me metería en el coche, iría a la gasolinera, pagaría la gasolina con la tarjeta y, aunque no entraba dentro de mis planes ese sábado por la noche, luego me refugiaría en casa de mis padres.

—¿Vas a llamar o no? —lo apremié, mordiéndome las uñas.

Él se bajó la cremallera de la cazadora y metió la mano en el bolsillo interior para sacar el móvil. Se le cayeron un montón de tarjetas. Yo fui más rápida de reflejos y me agaché para recogerlas, pero él me las arrancó literalmente de la mano.

—¿Qué era eso, un fajo de carnés de identidad falsos, no? —le pregunté.

Sin darme tiempo a reaccionar, me agarró del brazo, me empujó dentro del automóvil, en el asiento del copiloto, y arrancó de inmediato.

—Joder, ¿qué haces? ¡Para el coche! —grité, abriendo la puerta antes de que acelerase.

Xabi sacó una especie de navaja de su bota y, sin mucho convencimiento, me la mostró.

—Si haces lo que te digo, no te pasará nada, ¿vale? Vamos a echar gasolina a tu coche.

Recorrimos otra vez los doscientos metros hasta la gasolinera, en esta ocasión a bordo del odioso Clio de mi exnovio.

Todo lo que estaba sucediendo parecía irreal, pero aún lo fue más lo que me faltaba por presenciar.

Nos quedamos mudos al toparnos con un inmenso cartel en letras mayúsculas, que colgaba del primer depósito de gasolina: SINSERVICIO.

—¡No! ¡No me jodas! —se desesperó Xabi.

—Yo me largo... —Y empecé a abrir la puerta del vehículo.

—Espera un momento. Vamos a entrar y preguntamos.

En esta ocasión fue menos brusco. Al menos no me sacó la navaja ni me arrancó el brazo. Todo un detalle.

Tampoco es que yo tuviera muchas alternativas, así que sin disimular mi absoluta desgana, cogí el bolso y lo seguí de nuevo, arrastrando los pies.

El hombre de la gasolinera nos informó de un problema en el surtidor que no se

arreglaría hasta la mañana siguiente.

—¿Cuál es la próxima gasolinera? —pregunté preocupada.

—Si tira por la autovía, encontrará otra a unos treinta kilómetros.

—¡¿Treintaaaaa?! —

Era imposible llegar hasta allí.

—Volvamos al bar —propuso Xabi, cogiéndome por el codo—. Buscaremos una solución.

—¿Se te va la olla? ¿No te das cuenta del marrón en el que me has metido? —lo ataqué, porque la situación ya me superaba.

Todo empezaba a complicarse: no tenía más que cinco euros, me había quedado sin gasolina para continuar el trayecto y estaba en mitad de la carretera con un desconocido delincuente con un montón de carnés falsos, ¿podía irme peor?

Nos sentamos en el mismo sitio de antes y, al vernos llegar, el camarero nos recibió con una mirada de sorpresa y una sonrisa estúpida.

Xabi se pasó la mano por el pelo, luego por la barbilla, y otra vez por el pelo, claramente preocupado.

—Vamos a ver, estoy jodido. Mañana tengo que estar en Zarautz antes del mediodía. Joder, es un asunto de vida o muerte.

—¡Hostias!, ¿no serás un terrorista vasco?

—No soy un terrorista —contestó Xabi, bajando la voz y mirando a los lados—. ¡Y no grites! Lo peor para ti es que ya has visto mucho, demasiado.

—Sólo he visto los carnés. Y si no eres un terrorista, ¿qué cojones eres? ¿Y esa documentación falsa...? ¿Por qué iba a creerte, eh?

—¡¿Y yo a ti?! ¿Crees que no sé que ese puñetero coche es robado?

—¡Joder! No es robado, sólo prestado...

—Prestado sin consentimiento —aclaró él.

—¡¿Y qué?! —

Nos quedamos en silencio, pensando probablemente en la situación tan difícil que teníamos ambos. Él se levantó y, sin decir más, se fue a preguntarle algo al hombre que estaba reponiendo las bolsas de patatas fritas en los estantes y luego se dirigió al fondo del establecimiento. Yo, desconfiando, ya empezaba a hacer conjeturas sobre lo que le habría contado.

Al cabo de diez minutos, trajo dos botellines de cerveza y, sin preguntar, me plantó uno delante.

—¿Y esto...?

—¡Chis! Relájate y bebe, total, por hoy ya no vas a conducir tu «no» coche.

Abrí mucho los ojos, esperando algo más. Él se llevó el botellín a los labios y se bebió la mitad de un trago. Me quedé obnubilada contemplando cómo aquella nuez grandísima subía y bajaba en su cuello al pasar el líquido. Había que reconocer que estaba bueno el motorista, pero por otro lado, ¡qué ganas tenía de perderlo de vista de una vez! Era como el malo de las pelis, el típico duro que, en parte y sólo en parte, les pone a muchas tías. A mí, desde luego, no.

—He preguntado y sí, tienen habitaciones para pasar la noche.

Me atraganté de repente y escupí la cerveza.

—¿Quééééé? ¿Habitaciones? Tú estás muy mal, tío. —Y sin esperar respuesta, me levanté bruscamente. Aquello había ido demasiado lejos—. Mira, paso, ahora sí que llamo a la poli.

—Vale, a ver cómo explicas que conduces un coche robado, sin carné y bebiendo cerveza. Con un poco de suerte, tienes gratis una habitación con rejas —dijo a mi espalda.

Retrocedí sobre mis pasos y volví a sentarme. Tenía razón. ¡Las once y media de la noche!

Bebimos en silencio durante un par de minutos, hasta que, sumida en mis pensamientos, comencé a arrancar con la uña la etiqueta del botellín, maldiciéndolo todo.

—Vamos —dijo él poniéndose en pie.

—¿Adónde?

—A dormir. Por ahora es lo único que podemos hacer. ¡Maldita sea, venga, mueve el culo de una vez!

Sí, definitivamente, esto podría calificarse de situación límite.

Tenía que quedarme allí, a pasar la noche con un completo desconocido, un motorista, y con toda probabilidad un fugitivo de la justicia, un capullo integral.

Irritada, planté mi tarjeta en el mostrador, después de que él pagase su habitación por adelantado con un billete de cincuenta. El empleado la introdujo, tecleó y luego sacó la tarjeta. Frunció el cejo, mirándome con desconfianza, y volvió a repetir la operación. La espera me hizo temer lo peor.

—Lo siento, no le puedo cobrar con esta tarjeta. Denegada. Parece que hay algún problema.

Pero ¿qué narices estaba diciendo? No iba a darme por vencida.

Tuvimos un tira y afloja, en que yo intenté defender que en aquel pedazo de plástico con el emblema de MasterCard tenía que haber al menos cien euros. Malhumorado y con escasa confianza, él la introdujo de nuevo en el dichoso datáfono (ahí me enteré de cómo se llama el aparato en cuestión). Fue inútil.

Xabi sonrió de medio lado, paladeando su primera victoria. Seguro que satisfecho de bajarme los humos.

—Bueno, en ese caso, ocuparemos la misma habitación. —Y volviéndose hacia el empleado, añadió—: Me ha dicho que todas son de dos camas individuales, ¿no? Preferiría dormir solo.

—Efectivamente, señor. Pero en ese caso lleva suplemento.

Eso había sido un golpe bajo. Me daban ganas de emprenderla con un ataque feroz contra todo lo que encontrara a mi paso.

Le entregó la llave y nos encaminamos, sin más equipaje que mi bolso de mano y su casco de la moto, hacia el ascensor.

Si antes de ese percance ya estaba de los nervios, eso me lo acentuó mucho más.

De haberlos tenido delante, me habría liado a patadas con mi ya exnovio y con la zorra de Lorena... Me contuve como pude.

¿Qué hacía yo allí, indocumentada, sin dinero y sin gasolina, y con un coche que había tomado prestado?

Subimos en completo silencio, cada uno pensando en lo suyo, respirando la tensión.

A simple vista, la habitación me resultó pequeña y no parecía muy bien ventilada. Lo que menos me convenía era encerrarme en un sitio tan reducido con el tal Xabi.

El cuarto tendría unos diez metros cuadrados escasos. Había dos camas individuales, demasiado pegadas la una a la otra, con dos mesillas desvencijadas y un armario horroroso a los pies. Unas dobles cortinas gruesas y oscuras completaban el desolado aspecto del dormitorio.

En un lateral, una puerta cerrada que debía de ser el cuarto de baño. Y eso fue lo primero que visité, sin ni siquiera descolgarme el bolso del hombro, por si acaso.

Una vez dentro, recordé que no había mirado el móvil desde hacía demasiado rato. No era de extrañar, después de cómo se habían desarrollado los acontecimientos.

Trece llamadas perdidas del mismo número: el de Víctor. «¡Que le jodan!» Él era el culpable de todo aquello, sólo él. Y ella. ¿Por qué ella no decía nada? Ahora mismo, era yo la que debería haber estado con él, en su cama, y en cambio, todo había dado tal giro que en este preciso instante Víctor era la última persona del planeta con la que querría estar.

Traté de ahogar un acceso de llanto, posiblemente no de pena, sino de rabia, de impotencia. No, no iba a ser tan vulnerable, además, allí fuera tenía a un tipo que podía

ser peligroso. No sabía hasta qué punto, pero lo último que debía hacer era bajar la guardia.

Tiré de la cadena, me subí a toda prisa la ropa interior y entonces fue cuando caí en la cuenta. ¡No llevaba nada para cambiarme! Eché un vistazo al lavabo. Ni siquiera había gel líquido, ni un cepillo de dientes de cortesía. ¡Vaya habitación cutre!

Cabreada, abrí el grifo al máximo. Sentir el agua en la cara me reconfortó, pero los pinchazos muy cerca del corazón no cesaban. «¿Y si ahora me diera un ataque cardíaco? ¿Y si fuera fulminante? ¿Y si este tipo se aprovecha de la situación y me mata aquí mismo?»

Al cerrar el grifo, oí débilmente su voz. Xabi parecía hablar con alguien por su móvil. Contuve la respiración y pegué la oreja a la puerta, por si acaso estaba llamando a la policía. Aunque, a estas alturas, quedaba más que descartada esa opción.

Terminó por disculparse con su interlocutor y, antes de colgar, le prometió que se retrasaría sólo lo justo, que todo estaba en orden y que cogería la A15 y volverían a contactar en cuanto pasase Hernani. Me dije que debería esmerarme si quería averiguar algo más de él, quizá registrarle la cartera en cuanto se durmiese podría ser una buena idea.

—¿Estás bien? —Golpeó con los nudillos en la puerta del baño.

—Sí —mentí desde dentro, después de recuperarme del sobresalto.

En efecto, mentía descaradamente. No, no me sentía nada bien, tenía una sensación extraña en el estómago, además de aquellos pinchazos.

Al salir, me encontré a Xabi recostado sobre una de las camas. Sólo se había quitado los zapatos y la cazadora. Se incorporó y pasó al baño sin mediar palabra, casi sin mirarnos, como dos extraños compañeros de piso que acaban de conocerse. Un tipo duro.

Sabía que tenía que tranquilizarme. Una vez tomé unos ansiolíticos, hacía años, pero no podía recordar su nombre. Traté de convencerme de que no los necesitaba, de que todo se me pasaría durmiendo, y que con toda seguridad a la mañana siguiente se irían solucionando uno a uno todos los problemas.

Coloqué, estirados en el respaldo de la silla, la falda y el jersey de invierno, con las botas debajo. No había otra solución que quedarse en *leggings* y camiseta interior. Retiré la colcha hacia los pies, utilizando sólo dos dedos y, con reparo, me metí en la cama, que de inmediato protestó al sentir el peso de mis escasos cincuenta y cinco kilos. Un frío helador se apoderó de mis pies y de mis manos, así que me tapé con la sábana hasta el cuello.

Notaba cada latido en mi garganta. Respiré hondo y exhalé el aire en cinco tiempos. Nada.

Xabi salió del lavabo. Me sonrió ligeramente y comentó que apagaba ya la luz. Por más que intentaba no asustarme, estaba aterrada, con la desagradable sensación del corazón bombeándome en la garganta y la dificultad cada vez más acuciante de respirar. Metí el brazo bajo la extrafina almohada para acomodarme mejor, pero la congoja de aquel nerviosismo progresivo, de aquella terrible desazón iba en aumento. Tuve que carraspear dos o tres veces para asegurarme de que mis pulmones y bronquios me respondían, con la inseguridad de una hipocondriaca a punto de sufrir una crisis.

Se encendió la luz de la mesilla de Xabi. No porque no pudiese dormir, sino porque realmente le preocupé.

—¿Qué te pasa?

—Nada, ansiedad —respondí con dificultad.

—¿Y eso?

—¡Joder!

Me senté de un salto en la cama, llevándome la mano al pecho. Hacía un rato que

pensaba que el corazón no podía acelerarse más, pero estaba convencida de que mi ritmo cardíaco iba mucho más deprisa. Esa vez iba en serio.

Emití algo así como un resuello incómodo.

—Eso es ansiedad, Julia, los nervios del accidente. —Xabi trataba de sosegar me, pero el caso es que incluso él no lo tenía muy claro.

Yo empezaba a pensar en la gravedad del asunto: necesitaría un médico, o una pastilla, o ambas cosas... porque estaba claro que no iba a resistir toda la noche así.

¿Podía recordar el teléfono de urgencias? ¿El 061 valía para cualquier provincia?

¿Llevaba encima la tarjeta sanitaria?

La angustia era cada vez más insoportable, y entonces, él se incorporó apoyado en un codo y vuelto hacia mi lado.

—¿Llamo a alguien? Imagino que saben lo que te ha ocurrido, ¿no?

Moví la cabeza de lado a lado enérgicamente, me costaba hablar.

—¿Ibas hacia tu casa cuando el accidente? ¿Te esperaba alguien?

—Joder, deja el puto cuestionario, ¡coño, que me ahogo!

Y, sin previo aviso, noté un nudo tremendo en la garganta que me impedía respirar o contestar, y por fin algo estalló y salió de mi boca en forma de llanto incontrolado, pero sin lágrimas. Perdí el control con mis propios jadeos e hiperventilé. Ya me había sucedido alguna otra vez, pero en esta ocasión temí que se me fuese la vida en esos momentos, en una estación de servicio a kilómetros de casa y con un extraño al lado.

Xabi se dirigió con rapidez al baño y abrió el grifo. Segundos más tarde, tenía frente a mí un vaso de agua y al prepotente motorista de metro ochenta sentado a los pies de mi cama.

—Bebe, despacio.

El vaso temblaba en mi mano. Incluso en ese estado, me fastidiaba sentirme tan vulnerable...

Bebí a sorbos pequeños, tragando con dificultad. Al levantar la vista, me encontré con que Xabi estaba hinchando de aire la bolsita de plástico higiénica que envolvía el otro vaso. ¿Qué cojones hacía mientras yo me ahogaba? ¿Inflar globitos para celebrar una fiesta?

—Mete en esta bolsa la nariz y la boca y ve respirando dentro, muy despacio.

Esa vez no tenía fuerzas para oponer resistencia e hice lo que me decía. Empecé a recuperar el ritmo poco a poco.

—Gracias.

—No es que me importe demasiado, pero si al final tengo que llevarte a un hospital necesito algún dato más... —Sonríó por primera vez—. ¿Vas a contarme por qué ibas a esa velocidad y en ese coche?

Llegados a este punto, yo sabía que no habría vuelta atrás, que si comenzaba a hablar, saldría por mi boca toda la madeja después de tirar del hilo.

—Se lo he quitado a mi novio, bueno exnovio —rectifiqué.

Él no dijo nada, hizo un gesto con la mano para que siguiera.

—Él tenía entrenamiento, eso me contó. Juega al fútbol, ¿sabes? El tema es que íbamos a quedar por la noche, como cualquier *finde*, a partir de las diez. Me iba a pasar a buscar al estudio de grabación donde yo ayudo a unos colegas que conozco. El caso es que iba a venir con el coche a recogerme. Hace poco tuve que pirarme de mi piso al suyo, porque tuve movida con el dueño por mis problemas para seguir pagando el alquiler. Se me terminó el subsidio y tal... Además... nos molaba la idea de vivir juntos, ya sabes. —Miré el vaso de agua, aún me costaba respirar con normalidad—. Pero la jodida grabación concluyó antes de lo previsto y le llamé al móvil por si él había acabado el entrenamiento. No contestó, así que le mandé un whatsapp y fui a esperarle en «nuestra» casa.

»El supuesto entrenamiento no fue tal, porque cuando llegué, los encontré en la cama:

a él y a Lorena, era mi mejor amiga. —Bebí otro sorbo de agua y respiré profundamente. Qué raro sonaba ese «era» con el nombre de mi mejor amiga. Xabi seguía en silencio la explicación—. Cogí la llave del coche de la entrada, no sé por qué cojones lo hice... Entonces me dejé llevar, me rayé, bajé a la calle, me metí en su Clio y aceleré, dejándolos allí con un palmo de narices. No pensé más que en pirarme, en escapar de ellos, de todo. No sé..., se me fue la olla.

Xabi arqueó las cejas, sorprendido.

—Así que es el coche de tu novio —resumió. Lo único que lógicamente le preocupaba.

—Exnovio, exnoviooooo —volví a precisar, impaciente, poniendo los ojos en blanco.

¿Es que todavía no se había enterado?

Xabi asintió, simplemente.

—¡Joder, es que lo mataría ahora mismo! ¡Lo hubiera agarrado por los huevos hasta vérselos morados! —grité rabiosa, golpeando con el puño la colcha de la cama—. Es que no me lo puedo creer. El muy cabrón me ha engañado, ¿sabes?, me la ha estado pegando con ella, con mi mejor amiga, ¡a mis espaldas! ¿Me entiendes? ¡Con ella!

—Ya —contestó con calma—. ¿Y no habéis hablado?

—¿Después de eso? ¡Ni lo sueñes! Tengo trece llamadas perdidas, pero flipa si cree que voy a hablar con él.

—¡Qué capullo! —soltó entonces Xabi como único y último comentario, antes de dar por finalizada la conversación.

Serían las doce y media por lo menos cuando él se volvió a la cama. Pero yo no conseguiría dormir hasta las tres de la madrugada. Me levanté para fumarme unos cinco cigarrillos clandestinos en el cuarto de baño, a escondidas y sin encender la luz. Dormí tan inquieta como me permitieron todas mis pesadillas, y me despertaba sobresaltada a cada momento, con la sensación de que estaba todavía en alguna de ellas. Los muelles del maldito colchón me agujereaban la espalda y notaba la tensión presionando cada músculo de mi cuerpo. Sólo deseaba que se hiciese pronto de día.

Afortunadamente, habían quitado el cartel de «Sin servicio» de la gasolinera. Aproveché para comprar unas cuantas cosas, lo indispensable: un cepillo de dientes, un peine y un frasquito pequeño de una colonia barata que olía a rayos. La mala noticia era que mi tarjeta de crédito seguía sin responder al dichoso aparato. El empleado me miró de nuevo con cara de circunstancias y Xabi sacó un billete de su cartera.

Aquello me hacía sentir tan humillada que me negué a desayunar, porque no quería parecer una mantenida, pero él insistió. Yo que siempre me jactaba de no necesitar a nadie a mi lado. Siempre había conseguido apañármelas sola.

Con el primer mordisco al cruasán se me pasó algo del mosqueo con el empleado. El café con leche humeante que me pusieron delante me hizo cambiar el ánimo y ver las cosas de otro modo.

—¿Cómo voy a repostar ahora? La puñetera tarjeta de crédito sigue sin funcionar y juro que debería tener en la cartilla por lo menos cincuenta euros.

—¡Oh, cincuenta euros! —se mofó él.

Noté cómo por momentos se me hinchaban las aletas de la nariz y le dediqué una mirada hostil.

—Escucha, yo pago la gasolina. Con una condición.

¿Tenía alguna posibilidad de negarme, fuera lo que fuese lo que me iba a pedir? Necesitaba gasolina en el puñetero coche para largarme de allí.

—Dime.

—Tienes que llevarme a Zarautz y llegar antes de las doce.

—Mira, tío. Primero, ¿me has visto cara de ser tu taxista? Y segundo: estoy muerta, no he pegado ojo en toda la noche.

—Conduciré yo entonces. Luego ya veremos.

—No tan rápido, que yo también tengo mis condiciones.

—Tú dirás.

—Ahora me cuentas qué es eso tan importante, por qué cojones huyes y de quién.

Resoplé. Parecía una película, algo que se salía totalmente de mis planes. Había perdido el trabajo hacía dos meses, me había quedado sin blanca, y cuando todo parecía cobrar sentido, después de mudarme al apartamento de Víctor y empezar a hacer planes de futuro... me pasaba aquello. Ya no levantaría cabeza. Tampoco podía presentarme en el pueblo, en casa de mis padres. ¿Cómo les iba a explicar que ya no iban a conocer a mi novio? Y esta vez no se trataba de un fumeta, un muerto de hambre —como decía mi padre—, ni de un pelagatos —como decía mi madre—, esta vez había conseguido salir con alguien a quien ellos aceptarían. Un tío normal, con su carrera de profesor de educación física y su trabajo. ¿De nuevo se encontrarían con otra decepción de la oveja negra de la familia?

Xabi se tomó su tiempo para responder.

—Es complicado —comenzó—. Y, créeme, es mejor que no sepas nada, por tu seguridad. Ni siquiera yo sé para quién trabajo, quién está al final de la cadena. Es la segunda vez que lo hago. Probablemente la última. Me dará el dinero suficiente para comenzar algo... nuevo. Y sí, son carnés falsos de ciudadanos del Este.

No me convenció en absoluto la explicación. Seguía como antes, pero por primera vez había visto en sus ojos algo parecido a la honestidad. El engreído motorista, el impertinente, el maleducado... al menos no me había dejado tirada allí, aunque, pensándolo bien, tampoco él tenía mucho donde elegir.

—O sea —concluí con algo de empatía—, ¿quieres dejar esto, el trabajo?

Detrás de su sonrisa irónica me pareció descubrir una mueca amarga.

—No me lo pondrán fácil, pero voy a intentarlo.

Nos quedaban unos sesenta minutos de asfalto para poner fin a aquello; teníamos que estar en el destino a las doce en punto. Me sujetó la puerta del bar del autoservicio, mientras me advertía que no podíamos perder más tiempo, pero aun con todo, encendí un cigarrillo. Una vez fuera, me di cuenta de que algo no encajaba en el paisaje.

—¡La moto! —exclamé sorprendida, mirando a uno y otro lado—. ¿Dónde está la moto?

—Se la llevó la grúa —me contestó.

Al lado del coche, Xabi tendió la mano con la palma hacia arriba, pidiéndome las llaves. La observé dudando unos segundos antes de dárselas y sentarme en el asiento del copiloto. Entonces volví a la cruda realidad, por un insignificante detalle: el maldito agujero del cigarrillo en la moqueta azul oscuro.

¿Cómo podían haberme hecho eso Víctor y Lorena? Aparté la vista del quemazo del tapiz del asiento, con rabia.

—¿Cuándo se han llevado la moto?

—Anoche.

Bien, anoche. Ni me había enterado. Ni él me había informado. ¡Perfecto! De todos modos, ahora eso ya daba igual. No había habido consecuencias, no quería volver a hablar del accidente por el momento. Sólo necesitaba una ducha, descansar y empezar a poner mi vida en orden... si es que había por donde cogerla.

Volví a pensar en Víctor, en lo sucedido la tarde anterior, y aquello volvió a quemarme por dentro. Lorena no le merecía. O él no merecía a Lorena. Ya ni de eso estaba segura. Nunca me había fallado, nunca habíamos discutido. Definitivamente, ellos, ninguno de los dos, me merecían a mí.

Me había equivocado de nuevo y eso ya no tenía solución. Los errores se pagan. Para dos personas en las que confiaba... y me la metían doblada.

Y no lo vi venir, la verdad. Para que luego hablaran de mi carácter, de mi puto temperamento visceral, de mi «bordez» con la gente. ¡Como para bajar la guardia!

Xabi sacó su móvil y conectó el GPS. Luego lo apoyó de pie en el salpicadero.

—Calculo que tardaremos una hora si le meto caña. Son casi las once.

Me sacó de mis pensamientos con sus palabras.

Me acomodé en silencio y él arrancó el coche.

Me sobrevino todo el cansancio acumulado y sentía la tirantez, la tensión en los hombros. Tampoco tenía muy claro qué hacer ni adónde ir. Por el momento, sólo podía dejarme llevar hasta Zarautz.

Con la nuca apoyada en el reposacabezas, mis párpados se cerraron. Así estuve unos diez o quince minutos, en un estado de semivigilia. Xabi apagó la radio.

Cuando volví a abrirlos, me miró. Me pasó el botellín de agua al que acababa de echarle un trago.

—Gracias.

Y volvió a conectar la radio. Puede que no quisiera conversación. Total, allí estábamos por las circunstancias, por una mala jugada del destino, pero no porque quisiéramos ser colegas. Otro tío problemático, no, gracias. Ya tenía la colección completa. Visto lo visto en el transcurso de los últimos años, me quedaba claro que poseía un imán especial para atraer a los hombres más tóxicos y negativos.

En cambio, a los cinco minutos me sentía incómoda con su silencio, aunque prefería eso a las estupideces para rellenar vacíos dialécticos. Le observé mientras conducía. Lo que más me impresionaba de él era su aparente seguridad para todo. Que no dudara nunca. Calculé que debía de tener unos cinco años más que yo a lo sumo. Nunca se me ha dado bien calcular las edades. A mí siempre me echaban menos, quizá por mi cuerpo menudo.

Poseía un rostro con personalidad, con fuerza. De esas personas que imponen a primera vista. Desde luego, no se podía decir que constantemente aflorase una dulce sonrisa en su cara, como en el caso de Víctor.

Puede que Xabi tuviese ese autocontrol de forma natural, o quizá por sus peculiares «trabajos» ilegales, no sé... esa dureza que tienen intrínseca esos tipos. Sólo para divertirme un rato, traté de hacer algo habitual en mí: imaginarlo en situaciones que no le pegaban en absoluto. Lo observé e intenté visualizarlo en un parque, paseando un chihuahua, o mejor, un caniche, y charlando con los abuelos. Después lo vestí de monaguillo, rodeado de un coro cantando el ángelus. Al final, lo más divertido: como un metrosexual, con mallas ajustadas y brazos totalmente depilados, en un grupo de aeróbic femenino. No pude evitar sonreír por estos últimos pensamientos.

—¿No me estarás analizando? —preguntó de repente, volviéndose al sentirse observado.

—Como no hablas... —me justifiqué.

—Necesitas descansar.

—No puedo dormir.

—Vale, entonces habla.

Por llevarle la contraria, me revolví incómoda en el asiento, dispuesta a guardar silencio. Y él se concentró en la carretera. Sencillamente, no me daba la gana de hablar cuando él me lo pidiese. Miré por la ventanilla, aún nos quedaban sesenta largos kilómetros hasta Zarautz. El paisaje había cambiado, ahora todo parecía menos intenso. Las nubes tapaban el sol y era posible que acabase lloviendo. Aquello me puso de mejor humor; no entendía por qué la gente prefería un sol brillante que cegase la vista a un día gris y apacible.

Puedo asegurar que sesenta kilómetros sentada al lado de un desconocido muermo, poco locuaz, dan para repasar toda tu vida. Incluso para llegar a deprimirte por ello.

—Pues a ver qué leches hago yo ahora —murmuré, más para mí que para él.

—¿Viven tus padres?

—¡Claro, tengo veintinueve años! —contesté de forma automática. La respuesta me pareció obvia, pero sólo tardé un segundo en darme cuenta de que podía haber metido la pata—. ¿Y los tuyos?

—No.

—Vale, soy una bocazas —me disculpé por mi imprudencia.

—No importa. —Volvió la cara hacia mí con un pequeño esbozo de sonrisa de compromiso. Luego siguió hablando de frente, sin apartar la vista de la carretera, y volví a observar aquella tensión en su mandíbula—. Mi padre murió cuando yo tenía diecisiete, mi madre hace sólo tres años. Tampoco tengo hermanos. No soy lo que se dice muy familiar, ya ves.

Me quedé pensando. Vaya, su vida no había sido fácil y eso explicaría muchas cosas de su carácter.

—Los míos viven, pero no tengo mucha relación con ellos —aclaré sin más detalles, sólo por corresponder.

—Ah.

—Bueno, me largué de casa con diecinueve, no aguantaba más. Y ahora, a la vuelta de tantos años, me he dado cuenta de mi error: creía que me iba a comer el mundo, pero al final fue el mundo el que se me merendó a mí.

—Ajá. ¿Rebelde o inadaptada?

—¿Eh?

—Que si eres una inadaptada o una rebelde sin causa —me aclaró con su típica ironía.

—Las dos cosas. La cagué con ellos desde hace ni se sabe. El tema es que para un padre como el mío, un importante médico traumatólogo, fue un palo tener una hija como yo, que no quisiera estudiar medicina, bueno, ni nada. Vamos, que no lo llevó

nada bien. Nunca nos hemos entendido. Siempre hemos sido polos opuestos. No te imaginas el pollo que me montó cuando me metí en la plataforma antitaurina.

Xabi soltó una risotada por este último comentario. Yo me encendí un cigarrillo.

—Te entiendo —me comentó después.

Esas dos palabras fueron como un bálsamo para mí. Me aferré a la agradable idea de que no estaba tan sola y de que si mi vida había sido un completo desastre era al menos «entendible», lógica, dadas las circunstancias. Todo podía justificarse por esa pesada mochila que cada uno lleva a la espalda y que arrastra desde la infancia. Esas pequeñas cosas con las que no tienes más remedio que cargar y que pesan mucho más que cualquier otro equipaje. Lo que viene de serie, como yo digo.

Tampoco tenía que contarle toda mi vida a un desconocido. Aunque ahora no se le pudiera definir como un completo extraño, porque incluso habíamos compartido habitación.

—Yo tampoco he sido ni el hijo ni el marido ideal, intento conseguir al menos ser un buen padre.

—¿Padre? —me sorprendí

—Sí. Separado, con un hijo de tres años.

No sabía si alegrarme y felicitarle, o darle mi más sincero pésame por el tema de la separación, así que opté por callar. Tampoco fui capaz de decir lo que se me estaba pasando por la cabeza: «¿Puede ser un padre fugitivo un padre ideal?»

Empezaron a caer pequeñas gotas sobre el parabrisas delantero y Xabi puso las luces de cruce y conectó el limpiaparabrisas. Me quedé así, como hipnotizada, con el rítmico ir y venir de las varillas de acero sobre el cristal mojado.

—Bueno, ¿qué más?

—¿Qué más de qué? No tengo ganas de seguir hablando de mis padres.

El pitido ascendente de la música de Ska de mi móvil me devolvió a la realidad. Abrí el bolso y miré el teléfono, pero no descolgué.

—¿No lo coges?

—Es él —contesté, volviendo a guardar el aparato.

—Haces bien.

Esas palabras me descolocaron un poco. Xabi me dejó confusa, no sabía si realmente me daba la razón porque lo pensaba así o, por el contrario, me estaba tomando el pelo.

—¿Por? —le pregunté para salir de dudas.

—Porque sí, porque el muy gilipollas no tiene excusa, nada justifica que se haya acostado con tu mejor amiga. ¿Acaso hay una disculpa para que le perdones? —Me echó un vistazo rápido—. ¿Tú lo perdonarías? Porque con tu carácter, no te veo...

—No. Es un cabrón y punto. Y ella también.

Había pasado por muchas y siempre había salido adelante. ¿Por qué no en esa ocasión? Víctor era un capullo, mejor haberlo descubierto ya que no cuando fuera tarde. Además, no había cambiado en veintinueve años, y no iba a hacerlo ahora. Mejor sola, desde luego. Lo que no tenía nada claro era dónde iba a ir yo a parar después de eso.

Sonó otro pitido en el móvil. Esta vez se trataba de un whatsapp.

No coges el teléfono, quiero que hablemos o al menos, si no quieres hablar, dime que estás bien.

—¿Qué te dice? —preguntó Xabi, sin despegar la vista del tráfico.

En ese momento me di cuenta, al verlo allí de perfil, concentrado en la carretera. Contuve la respiración. El tío que tenía a mi lado... me ponía muchísimo, aunque me costase reconocerlo.

—Nada, que quiere hablar o al menos saber que estoy bien.

—¡Joder, qué detalle! —ironizó Xabi.

—¡Que le den! No pienso contestar.

Decidí no seguir mirándolo. Mejor no pensar en lo que me apetecía hacer con Xabi, aquel seductor con pinta rockera y rebelde.

Así que subí el volumen de la radio, con rabia, a toda pastilla. Sonaba U2.

Entre comentarios banales, silencios prolongados y confidencias, dejamos San Sebastián, sin incidentes.

—No he estado nunca en Zarautz —admití contemplando el paisaje por la ventanilla.

—Yo tampoco, pero espero que sea la última vez. —Me miró unos segundos—. Estás muy callada.

—No quiero distraerte.

—Deberías...

—¿Por?

—Podría dormirme conduciendo. —Y, bromeando, dejó caer la cabeza de lado, cerrando los ojos, como si lo venciese el sueño—. Venga va, habla, dime algo de ti.

—¿De mí? ¿Qué te voy a contar?

—Cosas que te gustan o te sacan de tus casillas...

—Soy más rara que un perro verde. Puede que sea de nacimiento, yo qué sé, lo que le priva a la gente normal a mí me pone de mala hostia, y viceversa.

—¿Por ejemplo?

Me quedé pensativa y enseguida me incorporé para hablar.

—No soporto el terciopelo, me da dentera. Odio el olor a naftalina de los armarios viejos y el sabor de las alcachofas. Eso le pasa a mucha gente, pero no puedo con el olor a vainilla, y en cambio me atrae el de la gasolina y el de la cera quemada. También odio la col... huele fatal.

Una sonrisa ocupó toda su cara.

—¿Qué más te pone de mal humor?

—No puedo con esa gente que te mira mal... los que te dan lecciones morales. ¡Qué jodidamente fácil es poner a todo el mundo a parir cuando no estás en su lugar! ¡Qué sabrán los demás! Se deben de creer los amos del mundo, los muy gilipollas, que te observan al pasar porque llevas rastas y escuchas *heavy*. No tienen ni puta idea de por qué vas contra el sistema. ¿Sabes lo que piensan? Que te levantas una mañana y te dices: «Hoy me hago metalera, me meto con todo, me pongo la emisora TNT a tope, y me hago unas rastas o unostatoos... sólo por joder a la peña.»

»Pues no, tío, no es nada fácil, cuesta mantener una ideología que va más allá. La gente no lo sabe, ni le interesa. Sólo te mira por ser diferente, por las pintas que gastas. Un día te hartas de ser una puta oveja del rebaño, de ver que todo lo mueve el dinero, te rebelas contra el capitalismo, contra los políticos, contra los opresores... porque cuando tienes veinte años te crees con fuerza para transformarlo todo, y luego te das cuenta de que es imposible luchar contra un gigante. Así que te relajas, te vas haciendo a la idea de que nada cambiará, y llegas a los treinta con otra mentalidad, pero escuchando Metallica... eso sí.

»Y después de todo este rollo que te he soltado... ¿Qué no aguanto? —me pregunté en voz alta—. Pues que me repasen de arriba abajo. Si veo que alguien me mira mal, le clavo la vista y me da por imaginarlo en los momentos más chungos, para vengarme.

Xabi no pudo contener la risa y explotó en una carcajada sonora.

—Eso sube la moral que no veas, ¿no, metalera?

Justo en ese instante, por quinta vez durante el trayecto volvió a sonar un persistente pitido en mi móvil.

—¿Otro whatsapp? —preguntó Xabi.

Resoplé como respuesta y me dispuse a abrirlo.

Devuélveme mi coche ya!!! Y coge el puto teléfono, o no me quedará otra que denunciarte por robo.

—¡Cabrón! —grité enfadada—. Si no le devuelvo ya el coche me denuncia.

—Lógico, ¿qué esperabas? —saltó Xabi sin inmutarse.

—¿Y qué voy a hacer ahora? —contesté con otra pregunta.

—En cuanto haga la entrega, le devolvemos el coche a tu novio.

—Pero... ¿qué dices? Estamos llegando a Zarautz... y tenemos que volver a Pamplona, él no va a venir a buscarlo, y además... ¡joder! Ni siquiera sabe lo del accidente... —me agobié de nuevo.

Xabi conducía hacia el centro de la ciudad.

A las doce en punto, cruzábamos la calle Mendilauta, donde está el restaurante de Arguiñano. Continuó avanzando, metiéndose por diferentes callejuelas poco transitadas. Imaginaba que estaríamos cerca del destino, pero de pronto se detuvo en seco ante el *stop* de acceso a una rotonda.

Se pasó la mano por el pelo hacia atrás y se quedó pensativo.

—¿Y ahora qué pasa? —pregunté, incorporándome en el asiento con una inicial mala leche.

—Un momento —pidió, tratando de concentrarse—. Tiene que ser por aquí.

Yo no tenía ni idea de lo que buscábamos. Consultó el GPS, para mi sorpresa, lo desconectó y echó marcha atrás, como siempre con la aparente seguridad que lo caracterizaba.

Alerta, me fijé en los críos que se dirigían a un aparcamiento para bicicletas, con su mochila a la espalda. Pero detrás, vi algo más: unas vías de tren. Y entonces fue cuando reparé en aquel poste con un letrero amarillo y una inscripción: «Tren Geltokia». La verdad, no me imaginaba que aquél fuera un sitio de reunión de mafiosos para intercambiar documentación falsa. O sea, el infalible Xabi se había equivocado. Clarísimo. ¿Había quedado en una estación de tren?

Lo analicé con la mirada, sin perder detalle de cada uno de sus movimientos. Volvía a consultar su móvil, sin decir nada pero visiblemente intranquilo, con la mandíbula en tensión, frotándose de forma constante la barbilla.

—¡Vamos! —Y sin previo aviso, con gestos bruscos, sacó la llave del coche, se metió el móvil en el bolsillo interior y salió del vehículo.

—¿Adónde?

Bajé yo también con rapidez del Clio de mi exnovio, a pesar de no haber obtenido respuesta, y me encontré trotando tras él apresuradamente, porque Xabi avanzaba a grandes zancadas. Subimos a la acera y levanté la vista hacia el letrero con el nombre de la calle: Zigordia kalea. Sin detenernos, pasamos de largo una tienda de muebles, un bloque de apartamentos con toldos horrorosos, más establecimientos, otro de marcos... ¿Qué estábamos buscando?

Hacia el final de la calle sonó su móvil. Pero no era una llamada, sino un mensaje de texto.

En cuanto lo leyó, resopló y se giró hacia mí.

—Vámonos, no hagas preguntas. —Su tono autoritario no daba lugar a réplicas.

Me tiró del brazo y nos alejamos de aquella calle casi corriendo. Su semblante no vaticinaba nada bueno.

Una vez que volvimos sobre nuestros pasos, nos metimos en el coche y no dijimos ni palabra hasta que salimos de Zarautz.

Quince minutos después, Xabi decidió que pararíamos en el siguiente pueblo. Yo, por supuesto, ignoraba si todavía estábamos en peligro, si nos habíamos perdido o si algo iba rematadamente mal, por lo que buscaba con la mirada algún coche de policía. ¿Nos estaba siguiendo alguien? Jamás había estado en una situación parecida, pero reconozco que sí había visto muchas películas de fugitivos o persecuciones.

Pasamos una rotonda y él se fijó en una señalización que indicaba un restaurante. Había bastantes coches a esa hora en el aparcamiento. Estacionó con un solo movimiento. Por un instante pensé: «¿Y si han quedado aquí para un ajuste de cuentas?»

Me pareció que de un momento a otro viviríamos una de esas escenas de tiroteos. Temía que en cuanto bajásemos del Clio se desencadenase algún altercado. Puede que incluso tuviéramos que parapetarnos agachados detrás del lateral del coche para protegernos, porque los «otros» dispararían con metralletas. Y, que yo supiese, Xabi sólo tenía una navaja para defenderse. Eso esperaba, al menos.

Desconectó el motor y la llave regresó a su bolsillo. En completo silencio, sacó su móvil y les echó un vistazo a los mensajes, supuse. Después me sorprendió verle sacar una libreta pequeña del bolsillo y anotar algo rápidamente. Iba a abrir su puerta, cuando se volvió hacia mí para instruirme.

—Julia, a partir de ahora no comentes ni hables nada. Déjame a mí —dijo.

—No me vaciles, tío, al menos tengo derecho a saber en qué estoy metida... porque está claro que esto se está poniendo chungo. —Salí y cerré de un portazo.

—Cambio de planes. Ha habido problemas.

—¿Y ya está? ¿Eso es todo? —Me ponía nerviosa que fuera tan conciso, tan tajante.

Me miró con una expresión dura, difícil de descifrar. Estiró las piernas y movió los hombros, hizo rotaciones con el cuello. Luego hinchó el pecho, cogió aire y giró en círculo contemplando el paisaje. La verdad es que ni siquiera me había dado tiempo de fijarme dónde estábamos. Delante de nosotros teníamos una espectacular vista del puerto que sólo pude disfrutar dos segundos, porque Xabi empezó a caminar hacia un restaurante que estaba arriba de todo.

—Tengo que hacer una llamada —se acordó de pronto.

Apoyada en el muro de piedra, me encendí un cigarrillo mientras lo veía andar hablando por el móvil, arriba y abajo, abajo y arriba.

Y yo devanándome los sesos, haciéndome toda clase de preguntas. Teníamos que devolverle el coche a mi novio y no sabía cómo se tomaría lo del accidente.

Xabi por fin vino hacia mí, me hizo un gesto con la mano y entramos en el restaurante. A esas alturas, empezaba a estar muy harta de tanto enigma. Habría dado lo que fuera por haberme quedado el día anterior en casa, o al menos haber llegado al pueblo con mis padres. Me sentía totalmente perdida, a su merced. Y me irritaba tener que depender así de un extraño.

—Vamos a comer algo y llamaremos a tu novio.

—¿Llamaremos? A ti te pone mogollón esto de llevar el mando siempre, ¿no? —Mi tono era totalmente acusador—. Y, por cierto, sigo sin tener pasta —le recordé—. Tendría que buscar un garito con wifi y meterme en un ordenador para consultar mi cuenta. No sé qué cojones le pasa a mi tarjeta.

Se masajeó la barbilla mientras ojeaba la carta. Ni siquiera se había molestado en dar importancia a mi comentario. Hasta que se acercó el camarero, no abrió la boca para pedir el menú de la casa.

Tras devorar cuatro cucharadas seguidas de su plato rebosante de legumbres, destensó la mandíbula. Mientras partía un trozo de pan, me observó.

—Hemos tenido problemas. Problemas graves —precisó.

«¿Hemos?» Solté el cubierto sobre mi plato de ensalada y le clavé una mirada llena de interrogantes. Yo que no tenía miedo a nada, ya empezaba a asustarme... y no sé qué me aterrorizaba más, si que hubiera usado el plural «hemos» o la palabra «graves».

¿Yo también estaba incluida en el lote de sus movidas?

—¿Qué clase de problemas? Joder, Xabi..., me cago en la...

—No hay entrega por el momento, hasta nueva orden —me cortó—. Pero la buena noticia es que he arreglado lo del coche.

¿Qué enigma era ése?

Cuando trajeron la apetitosa parrillada de pescado, pude enterarme de algo más. En lo que a mí me concernía, íbamos a devolverle el coche a Víctor, así que tenía que llamarlo y quedar sobre las cinco de la tarde, de nuevo en Pamplona.

En esta ocasión ya no me sentí avergonzada de que Xabi pagase el banquete. Al fin y al cabo, él había elegido y, además, a esas alturas ya estaba bien claro que yo continuaba con él en contra de mi voluntad.

Durante el trayecto de vuelta, Xabi me hizo preguntas sobre mi exnovio y sobre Lorena, mi amiga. A veces se sorprendía por mis comentarios, como cuando describí a Víctor físicamente, otras afirmaba simplemente con la cabeza y me dejaba que prosiguiese con mi historia.

—¿Que lleva rastas? —me cortó sorprendido cuando se lo dije.

—Sí, ¿qué pasa? —Me salió la vena rebelde—. Yo también las llevé hasta que me corté el pelo. Después me dio por los tatuajes. —Me remangué hasta el codo la manga derecha.

Salvo por un par de interrupciones, saqué la conclusión de que él pertenecía a ese tipo de personas que prefieren escuchar a hablar.

Siempre parco en palabras, conciso, claro y seguro. Quizá con un exceso de autocontrol, a diferencia de mí. Yo siempre tan visceral, tan «bruta», tan «yo».

Así, le conté la parte más escabrosa de mi vida, o sea, un resumen de mis últimos ocho años. Y poco a poco le fui sonsacando algunas pinceladas de la suya. Me enteré de que su ex se llamaba Gloria y su hijo Aitor. No tenía hermanos ni padres, como ya me había explicado. También que teníamos algo en común: la música. Lo vi sonreír cuando me explicó que fue bajista en el grupo de rock juvenil Satanás y nadie más. En resumidas cuentas, su vida no había sido fácil, al igual que la mía, aunque puede que yo me lo hubiese buscado por elegir mal mi camino una y otra vez. El misterio sobre cómo se metió en esto de pasarles documentos falsos a inmigrantes no se desveló en ningún momento.

—Envíale un whatsapp a Víctor. —Me resultó chocante que lo llamase por su nombre.

—¿Y qué le digo? —pregunté, sacando el móvil.

—Escribe: «A las cinco te espera un amigo en la Ciudadela, en el aparcamiento de la estación de autobuses para devolverte el coche.»

—¿¿¿Un amigo??? ¿Se te va la olla? ¿Vas a ir tú?

—Exacto.

—¡Y una mierda! —Salté en el asiento—. ¿De qué vas, tío? Si aún no sabe nada del accidente...

—Ya se enterará cuando lo vea —respondió Xabi sin concederle más importancia—. Vamos, escríbele. No hay más tiempo.

—Oye, no le irás a hacer nada...

Me echó una mirada de resentimiento y acabó moviendo la cabeza de lado a lado con resignación.

Me exasperaba que muchas de las preguntas que me rondaban por la cabeza no tuvieran respuesta inmediata.

En cambio, Xabi estaba de suerte: justo hacía dos minutos, a las cuatro y media de la tarde, que acababan de llamar del taller para decirle que la moto estaba arreglada. Le oí decir que pasaría a buscarla en un rato.

Pude comprobar que su talante había mejorado, porque, desgraciadamente, durante el trayecto empezó a silbar. Aquello era mortificante, insoportable. Yo no encontraba razones para semejante jolgorio, así que me tapé los oídos. Juro que empecé a experimentar una repentina antipatía hacia él, hasta que, desesperada, chasquéé la lengua varias veces y cesó el cargante ruidito que me taladraba los tímpanos.

—Gracias. —Me crucé de brazos, molesta, y volví la cara hacia la ventanilla.

Lo vi observarme, con disimulo, con el rabillo del ojo. Me miró y negó con la cabeza sonriendo, de buen humor.

Llegamos a la Ciudadela antes de la hora prevista y fuimos a tomar un café después de estacionar el vehículo en la calle Padre Moret.

Caminamos unos escasos doscientos metros y entramos en un acogedor bar al lado del Corte Inglés, donde tenían la televisión a todo volumen con la retransmisión de un partido de tenis.

Xabi se sentó con su café delante, mirando hacia la pantalla. Justo cuando me disponía a romper el sobrecito del azúcar, sonó mi teléfono de nuevo. Cuando miré la pantalla, casi me caigo de la silla: ¿mi madre? ¿Y además llamándome un festivo a las cuatro y media de la tarde?

Dudé si cogerlo y Xabi arqueó las cejas a modo de pregunta.

—Mi madre —susurré—. ¡La que faltaba!

En cuanto descolgué y percibí su tono, supe que algo grave sucedía. Bueno, eso o que había pillado la gripe, porque tenía la voz bastante tomada y se sonaba la nariz.

—Julieta, es una mala noticia.

—¿Qué? Habla más alto, casi no te oigo. Este tipo ha puesto el volumen del partido para todo el barrio —me quejé.

—Que tengo una mala noticia —repitió más alto y más despacio.

«¿Otra más?», pensé yo sin decir nada.

—Ha fallecido la tía Pilar. Ya sabes que últimamente estaba ya no muy bien...

—Vaya, lo siento —fue lo primero que me salió. Llevaba tiempo sin verla, a pesar de tenerle aprecio. La tía Pilar era la única hermana de mi madre—. ¿Cuándo ha muerto?

En ese preciso instante, Xabi dejó de prestar atención al partido de tenis. Analizó mi expresión mientras me miraba a los ojos y, con un gesto prudente, me advirtió que salía un momento. Le agradecí el detalle con una mueca.

Una inesperada situación que lo complicaba todo.

Al regresar Xabi, lo puse al corriente.

—Ha fallecido mi tía y tengo que ir al funeral.

—Lo siento —dijo—. ¿Tenías mucha relación con ella?

—No me dejaban verla. Tengo algún vago recuerdo de cuando iba de pequeña a su casa.

—¿No te dejaban verla? —repitió.

—Tenía cuatro gatos, tenían los nombres de la semana de jueves a domingo. Yo me divertía allí, pero me prohibieron ir porque los gatos transmitían enfermedades mortales. En una ocasión oí hablar a mis padres. Él decía: «Dile a tu hija que tu

hermana es una bruja.» Desde aquel día, me imaginaba a mi tía escapando por la ventana montada en una escoba. Por supuesto, no tenía miedo, yo soñaba con volver a su casa y ayudarla a preparar pociones mágicas en su puchero gigante. Las demás niñas no me creían, por más que juraba que mi tía era una auténtica bruja y que yo había heredado sus poderes. Luego entendí por qué era diferente.

—Joder, vaya historia.

—En el fondo, la mujer me da pena. Era una excéntrica, tan rebelde como yo. El caso es que nos deja la herencia a mi hermano y a mí, sus únicos sobrinos, porque no se casó nunca, y no tiene más que a mi madre y a algunos primos lejanos. Creo que poseía algunos campos de viñas cerca del pueblo, además de la casa. Tampoco sé mucho más de ella, se mantuvo apartada de la familia, como te he dicho, o la mantenían apartada porque era distinta, además, no soportaba a mi padre, bueno... como casi todos. Mi madre y ella siempre fueron distintas, mi tía era dura de pelar, una «progre» para su tiempo. De joven se afilió en una especie de partido de mujeres progresistas. Dicen que durmió en el calabozo varias veces.

—Vaya, un personaje tu tía.

Y la música de Ska nos volvió a interrumpir.

—Mi madre otra vez —informé y descolgué poniendo los ojos en blanco—. Dime, mamá.

A medida que la escuchaba, creo que mi expresión iba cambiando poco a poco, y apenas acerté a decir:

—Sí, vale, vale... mamá. —Le di con rabia varias veces a la tecla táctil de colgar—. ¡Joder! ¡No me acordaba!

—¿Qué pasa ahora?

—¡Mi madre!

—¿Qué? —Xabi me miró elevando la ceja izquierda y, por segunda vez, tuve que reconocer que aquel tío era seductor incluso sin proponérselo. Para mí o para cualquiera que tuviera ojos en la cara, pero se mostraba demasiado serio y reservado.

—Joder, que iba a llevar a Víctor esta semana que viene al pueblo para presentárselo. Todavía no lo había hecho por «asegurarme» del todo esta vez, por no meter la gamba de nuevo y tener que dar explicaciones luego. Ahora mi madre estaba feliz de que por fin... —Dejé la frase sin terminar—. El caso es que me llama para decirme que vaya al funeral con mi novio, ¡con Víctor! ¡Al funeral de mi tía! Que, total, como habíamos quedado la próxima semana, éste es el momento ideal para conocerlo y tal...

Otro problema añadido.

Xabi se echó a reír en mi cara, con todo el descaro.

—¿De qué te ríes? No tiene ni puta gracia —protesté.

—Tienes razón —retomó el tono irónico—. Será que empezaba a relajarme, acostumbrado a que no nos salga nada de cara. Soy un fugitivo, por el momento no nos han pillado, pero nos buscan, y ahora, en vez de estar pensando cómo voy a solucionar lo mío, tengo una cita con tu novio para devolverle el coche que TÚ le has robado y reventado. Por cierto, contra mi moto. Puede que me quiera partir la cara, o puede que las piernas, pero seguro que ALGO me querrá partir. Sí, tienes razón —concluyó—, ni puta gracia.

Tras un segundo de silencio en el que nos quedamos serios, mirándonos fijamente, me pudieron los nervios y estallé en una sonora carcajada. Xabi meneó la cabeza, riéndose de su propio comentario. Al final sí había tenido gracia. Fue la primera vez que hubo algo parecido a un momento de cierta complicidad entre los dos. Necesitábamos soltar un poco la tensión, supongo.

—¡Tienes que ayudarme, Xabi! Tengo que llegar al pueblo, no tengo pasta y tengo que devolver el coche que le he robado a mi novio...

—¿Qué quieres que haga yo? ¿Que te preste dinero? Te recuerdo que yo tampoco he

cochado. —Y añadió con tono de sarcasmo—: ¿Quieres que robe un coche para ti? Bufé y lo miré de frente, con expresión solemne.

—Tienes que acompañarme.

—Te acercaré a Tudela, de acuerdo —concedió él sin pensarlo dos veces.

—No... no sólo eso. —Improvise el plan sobre la marcha—. Me acompañas y te quedas.

—¿Eh? —Su cara fue un poema.

Apoyé los codos en la mesa y junté las palmas de las manos, orando, rogándole. Inflexible, tomó una bocanada de aire y no la soltó hasta que volvió a hablar.

—Tú estás loca, tú estás rematadamente mal.

—Te quedas hasta el funeral, sólo eso.

—Estás para encerrarte.

—Nos deja la herencia, te daré el dinero que te debo, te lo juro.

—Se te ha ido la olla.

Siguió moviendo la cabeza de lado a lado y se levantó. Lo seguí hasta la barra del bar, insistiendo. Dejó dos euros y salió sacándose la llave del coche del bolsillo del pantalón. Yo continué empecinada.

—Sólo dos días, acéptalo como un trabajo. Hacerte pasar por Víctor, sólo eso, dos días...

—¿Como un trabajo? ¡Ah! ¿Vas a pagarme? ¿Con qué? ¿Con las cuatro viñas que te va a dejar tu tía? ¡Venga ya! —Se detuvo en seco y se volvió hacia mí algo más calmado—. Hacerme pasar por tu novio... eso te saldría por una pasta. Es un trabajo de alto riesgo.

De pronto, me miró fijamente y su mano subió hacia mi pelo. Metió los dedos por detrás de mi nuca, acariciándomela. Confieso que esa tontería me disparó las pulsaciones.

Le propiné un puñetazo en el brazo. Se rio. Era evidente que bromeaba.

—Mira, tío, debe de ser una herencia muy grande. ¡Un pedazo de herencia que te cagas! En serio, Xabi —mentí como una bellaca. Desde luego, ignoraba si mi tía tenía o no dinero—. Dime cuánto ibas a cobrar por los documentos y te pagaré lo mismo.

Sonrió irónico.

—No creo que puedas. Es mucho.

—¡¿Cuánto?! —insistí impaciente.

—Quince mil.

—Hecho. —Simulé que me escupía en la mano y se la tendí—. Quince mil.

Aunque yo seguí con la palma abierta esperando su apretón, no sucedió nada. Xabi se lo pensó. Ese gesto me desconcertó, me hacía sentir despreciada y eso no me gustó.

Él parecía molesto de repente, o triste, o quizá un poco melancólico. Arrastró la silla con gesto cansado y se puso en pie.

—Vamos, he de devolverle el coche a tu novio. —Y comenzó a caminar a paso rápido

—Exnovio —precisé, sin saber todavía si había cerrado o no el trato.

Traté de relajarme mientras me distanciaba de él y del Clio azul metálico con todo el lateral dañado.

Habría dado algo por no pensar, pero no podía evitarlo. Curiosamente, empecé a sentirme recelosa, desconfiada.

¿Y si el tal Xabi cogía y se llevaba el coche, y si ese capullo lo robaba y huía? ¿Y si todo había sido una estrategia? No podía olvidar que era un fugitivo.

Me fui alejando calle abajo con pensamientos dispares, tratando de convencerme de que, aun así, todo iba a salir bien.

Xabi me había preguntado por la altura y corpulencia de mi exnovio medio en broma.

Más le valía a Víctor no ponerse chulo con Xabi, porque éste tenía todas las de ganar.

Y saltando de una idea a otra, a cuál más descabellada, dejé volar tanto la imaginación como para montarme una película en mi cabeza. Monté escabrosas escenas en las

que el motorista se vengaba de mi ex, podía visualizar con todo lujo de detalles cómo lo agarraba de la pechera de la cazadora y lo empujaba sin miramientos contra una pared (todo ello ambientado en una callejuela oscura, aunque en la realidad fueran las cinco de la tarde), y cómo lo levantaba un palmo del suelo, clavándole una mirada llena de ira, y Víctor suplicaba que lo bajase y daba ridículas pataditas al aire, como si se tratase de un dibujo animado, mientras Lorena, la muy zorra, berreaba asustada.

Xabi se lo pasaría genial tratándolo como si fuese una marioneta, y al final, con esa sonrisa irónica y esa seguridad aplastante que tenía, lo bajaría al suelo, triunfal, le alisaría aquella cazadora nueva de cuero de Víctor que se había comprado hacía una semana y lo amenazaría de un modo tajante: «No vuelvas a cruzarte en la vida de Julia o tendré que volver para machacarte la cabeza, ¿entendido?» Y él se acobardaría, le diría que sí a todo moviendo arriba y abajo la cabeza repetidas veces y terminaría por llorar como un niño de tres años. Antes de marcharse con aire triunfal, Xabi volvería a mirar de arriba abajo a Lorena y luego diría con una sonrisa mordaz: «Saliste perdiendo con el cambio, chaval... y yo, ganando.»

Creo que parpadeé desconcertada al darme cuenta de que estaba recreando una historia absurda, sin pies ni cabeza, y, avergonzada, regresé a la tierra.

«¿Estoy gilipollas?», recapacité. Sí, vale, estaría de puta madre ver sufrir a Víctor... Me reconfortó pensar que lo único malo de fantasear era que me había puesto un poco «moñas».

Diez minutos más tarde seguía esperando a Xabi con el corazón en un puño, mordiéndome las uñas. Ya no tenía ganas de soñar despierta, de inventar... La preocupación era más fuerte. ¿Y si había pasado algo grave?

Encendí otro cigarrillo, expulsé fuerte el humo y me abroché la cazadora, mirando al cielo. Empezaba a nublarse de nuevo.

Tenía la cabeza gacha, buscando algo en mi bolso, cuando sentí un toque seco en mi hombro que casi me provoca un paro cardíaco. Di un grito al volverme.

—Hecho. Ya nos podemos ir.

Pero yo necesitaba todos los detalles. Me sacaba de quicio que fuese tan conciso, con esa manía de medir tanto las palabras.

—¿Cómo ha ido? ¿Lo has visto? ¿Iba con ella? ¿Se ha cabreado? ¿Ha preguntado algo sobre mí? ¿Qué le has dicho? —lo avasallé a preguntas.

—Sí, lo he visto. Sí, se ha cabreado. Sí, quería partirme la cara. Y no, no iba con ella. No ha preguntado directamente por ti, sino quién cojones era yo y qué hacía con su coche. —Lo soltó todo en plan telegrama.

—Bueno, ¿y qué más? —lo apremié nerviosa—. ¿Y tú qué le has dicho?

—Que no tenía puñetera idea de qué había pasado con su coche, que tú no querías que supiera tu paradero ni verle y por eso me habías enviado a mí. —Me cogió por el hombro para animarme a avanzar hacia el cruce—. Vamos.

—¿Y eso es todo? —me revolví decepcionada.

—Más o menos

—O sea, te callas algo. ¡Joder, Xabi!

Él consultó el reloj.

Tensó la mandíbula otra vez y me repateó las tripas fijarme de nuevo en lo interesante que era el tío. No sé, tenía algo que me ponía, puede que la boca, aquella mirada, o sus rasgos duros...

—¿A qué hora se supone que hay que estar en el pueblo para el funeral de tu tía?

—No hay hora determinada. El entierro es mañana. Mi madre ha dicho que vaya esta tarde-noche.

No pude evitar hacerme ilusiones. ¡Había aceptado! ¿Iba a venir conmigo a cambio de quince mil euros? ¿Se lo habría tragado? Pero ¿quién podía ser tan idiota como para tragarse semejante bola? En serio, ¿Xabi esperaba que pudiera pagarle ese dinero?

Fuera como fuese, me había salido con la mía. Mis padres me verían llegar con el suplente de Víctor y yo cobraría la herencia: probablemente la mitad de la casa del pueblo y cuatro tristes viñedos, unas pocas hectáreas que no debían de valer gran cosa. Le daría algo a Xabi por las molestias y asunto arreglado.

Y como ya era costumbre en él, sin previo aviso ni mediar palabra me hizo seguirlo dentro de un establecimiento. Enseguida vi que se trataba de una tienda de motos y artículos para motoristas.

Se fue directamente hacia el fondo del local y apareció el empleado. Chocaron las manos. Vaya, qué confianza.

—¿Cómo va, Xabi? —lo saludó el otro—. No te veía desde la concentración de Irurzun.

—¿Qué pasa, Iker? Este año no he podido, al final. A ver —dijo, volviéndose hacia mí—, necesitamos un casco para mi amiga.

¡Iba a comprarme un casco! Eso quería decir que me iba a llevar al funeral de mi tía, pero... ¿eso significaba también que aceptaba hacerse pasar por mi novio?

—Pruébate éste.

Hice lo que me pedía, esta vez sin rechistar.

—¡Perfecto! —dijo, quitándomelo de nuevo y dándoselo al empleado—. Cóbrame. ¡En marcha!

El taller se encontraba a dos manzanas de allí. Como de costumbre, yo lo seguí con cara de pocos amigos, pero esta vez con mi casco bajo el brazo.

Con la moto habían hecho un buen trabajo, según dijo Xabi, más que nada por la rapidez de la reparación.

—Gracias por el casco —susurré cuando entrábamos.

—No iba a montarte en mi moto sin protección. No por nada, sino por la multa.

—Claro, claro. —Mi tono fue irónico.

Me hizo un guiño cómplice, pero seguidamente volvió a su cara aquel «rictus autocontrol». El mecánico, un hombre de unos cincuenta años, con el típico mono azul lleno de grasa, silbó desde el fondo del taller y nos hizo un gesto con la mano para que nos acercáramos.

—Ya ves que hemos sido rápidos.

—Lo sé, y te lo agradezco.

—Oye, Xabi, ya estás recuperado de tu lesión, ¿no? ¿Te presentas a la G...?

—Este año no —lo cortó él enseguida, y miró incómodo hacia mí. Parecía no querer seguir hablando.

¿Xabi era motorista de competición? ¿Eso habían dicho? ¡Joder, había atropellado a un corredor de motos!

Él intentó una sonrisa cortés y dijo un «gracias» casi inaudible, mientras sacaba la billetera. Era evidente que no tenía ganas de hablar de sí mismo delante de mí, por desconfianza, posiblemente.

Miré desconcertada hacia los billetes, conforme los iba contando el mecánico. ¡Doscientos veinte euros! No pude evitar sentirme un poco culpable del gasto de la reparación, porque toda esa pasta la hubiera tenido que pagar yo, o, en su defecto, el seguro de mi exnovio.

—A ver, Julia. Tenemos poco rato para hacernos novios. Vayamos a tomar algo y me pones al día.

Sonrió de un modo menos cínico.

—Genial.

Calzó la moto allí mismo, casi a la entrada del taller, y señaló el bar de enfrente. Al parecer allí también lo conocían, y eso empezó a mosquearme; me hacía sentir como una intrusa en su mundo.

—Eh —saludó uno de los camareros—, ¿qué tal Xabi? ¿Cómo van los entrenos?

—¿Qué pasa, Gorka? —Se estrecharon la mano—. Ya será para el año que viene.

—Lo que tú digas. —Se dirigió a mí—. ¿Qué os pongo?

—Yo una tónica y mi amiga...

—Una Coca-Cola. —Estaba sedienta.

El tal Gorka me repasó de arriba abajo con todo el descaro, y me sentí incómoda. Pero lejos de intimidarme, aguanté la mirada como si nada e hice lo mismo.

—¿Pasa algo? —me encaré, apoyando el codo en la barra hasta que lo obligué a desviar la vista.

De reojo, vi a Xabi que sonreía con disimulo, seguramente satisfecho, aunque nunca lo reconocería, de que le parase los pies a ese tipo, de que no me dejase amilanar por nadie.

Cuando fue a pagar, el camarero le susurró algo a Xabi, que tuvo que auparse por encima de la barra para escuchar la confidencia.

Yo tengo buen oído además de buena memoria.

—Xabi —le dijo—, Gloria ha estado unas cuantas veces por aquí haciendo preguntas. No me atrevía a decirte nada porque vas con esta nueva chica... que todo hay que decirlo, está de toma pan y moja, cabronazo.

—Vale. No pasa nada. —Cogió las dos bebidas y le dio la espalda—. Vamos a sentarnos allí.

Enseguida recordé que Gloria era el nombre de su exmujer.

—Entendido, jefe —añadió con un guiño el camarero—. Anda, tira al rincón a hacer manitas con la chica, je, je, je, que yo haré como que no veo nada.

A punto estuve de volverme y enfrentarme a él, pero decidí desafiarlo sólo con la mirada. Y a Xabi también, por no llevarle la contraria.

Sorteamos las mesas de madera y, en efecto, Xabi dejó las consumiciones justo en la última, en la del rincón. A mí me ardían las mejillas por el estúpido camarero.

—¡Baboso! —mascullé entre dientes.

Xabi se quitó la cazadora negra y la puso en el respaldo de la silla, dejándome intencionadamente a mí de espaldas a la barra. Parecía cansado, mucho más vulnerable que cuando lo había tenido enfrente, detrás de otra tónica, en aquel autoservicio, cuando empezó todo, después del accidente.

—¡Joder! ¿Es que no lo has visto? Ese tío es gilipollas. —Esperé, pero como no se daba por aludido, continué más cabreada—. ¿Y tú de qué vas? No sé cómo no le has dicho cuatro cosas.

—¿Yo? Mira, Julia, guapa, no tengo tiempo para tus cabreos.

—Admite al menos que se ha pasado.

—Hay dos cosas que a Gorka le gustan demasiado: una, las chicas, las mujeres en general, y dos, meter las narices donde no lo llaman. Pero es inofensivo. —Me sostuvo la mirada durante unos segundos y añadió—: ¿Contenta?

Me encogí de hombros, tratando de mostrar indiferencia, y él sonrió con ironía, moviendo la cabeza de lado a lado.

—¿Qué tengo que hacer para ganar los quince mil que he perdido?

Lo soltó así, de pronto. Casi me pilló desprevenida. Bebí un trago para ganar tiempo y planteárselo de la mejor manera posible.

—Hacerte pasar por Víctor, por mi novio, el día del funeral. Creo que no será difícil, porque, con todo el jaleo, mis padres y mi familia no estarán tan pendientes de ti.

—Una cosa —levantó la mano para detenerme—, ¿en tu familia no serán aficionados al motociclismo?

—No, vamos, que yo sepa, no. Mi padre sólo sigue al Osasuna en fútbol, y, en general, no son muy deportistas.

—¿Te suenan Marc Márquez, Valentino Rossi, Dani Pedrosa?

Esa pregunta me desconcertó. Claro que me sonaban, los había visto por la tele cuando las carreras, pero nada más.

—Son corredores de moto famosos —contesté con rotundidad, para luego añadir con una sonrisa maliciosa—: Ellos sí, tú no.

—Bueno, crucemos los dedos —dijo sin ofenderse—. Y ahora cuéntame quién se supone que soy yo y todo lo demás. ¿Llevas papel, boli, algo de material escolar quizá?

Arrugué la nariz. ¿Me estaba llamando cría? ¿Así era como me veía?

Cogió una servilleta y le pidió un boli al imbécil de Gorka. Lo seguí con la mirada; aquello empezaba a divertirme. Claro que todavía tenía que ir de paquete hasta Tudela en la moto de un fugitivo, un desconocido al que estaba buscando su exmujer. ¡A saber lo que le habría hecho! Nada de bajar la guardia.

Volvió a sentarse, bebió un trago y se inclinó hacia delante.

—Venga, Julia, explícame quién se supone que soy, qué hago. En fin, todo eso que alguien debería conocer sobre sí mismo.

Resoplé fuerte. ¿Por dónde comenzar? Era una tarea difícil.

—Te llamas Víctor, eso ya se lo dije a mi madre cuando le hablé de ti. Tienes treinta y un años.

—Genial —me interrumpió—, me acabas de quitar cuatro de un plumazo. Continúa.

—Te mola mogollón el fútbol y entrenas en el regional.

—Esperemos que no me pregunten, no tengo ni zorra idea.

—Y das clases de educación física en un colegio público, sustituyendo al profesor al que le dio un chungo hace dos meses. —Sonreí por la cara que estaba poniendo—.

Ah, y tienes un hermano, pero tampoco hace falta que hables de él.

—¿Cómo nos conocimos? —Bajó rápidamente la vista hacia la servilleta para tomar nota—. ¿Hace cuánto?

—Lo típico, en un bar. Cinco meses, pero vivimos juntos hace un mes.

—Ah, ¿vivimos juntos? —Levantó la vista sorprendido, con una sonrisa maliciosa—. Eso cambia las cosas.

—Sí. Me fui a vivir contigo, o sea, con él, por lo del alquiler. Se me agotó el subsidio y no podía pagarlo, de ahí mi jaleo con el casero, que me quería denunciar. Tú me propusiste irme a tu casa, nuestra relación iba genial, nunca imaginé que...

—Bueno, a lo que vamos —atajó Xabi, hastiado—, más cosas que deba saber. Por ejemplo, sobre tus amigas.

—Apenas tengo amigas. Es difícil conmigo. Ya ves la mala hostia que gasto, y no confío en nadie. Me han hecho muchas y ya se me ha acabado la paciencia.

Alzó las cejas y movió las manos extendidas arriba y abajo lentamente, como para que me tranquilizara.

—Lorena es tu amiga, por ejemplo.

—Lorena ERA mi amiga —puntalicé de mala leche—. Ya no puede serlo porque me

ha engañado. Y no doy segundas oportunidades. A nadie. Y Sí, es la única que me aguantaba y yo a ella. Quizá porque las dos, en el fondo, nos parecemos.

Después de toda esa retahíla de afirmaciones poco optimistas, Xabi tiró el boli sobre la mesa, se masajeó las sienes y se quedó en silencio. Luego bebió un trago de su tónica.

Me temí que abandonase, pero me mantuve firme, es decir, seguí igual de borde.

—Si no te gusta lo que ves, se siente. No haríamos nada si no me conocieses como soy yo.

—Cuéntame lo de tu trabajo, tus estudios, ponme al día de tus padres, familiares, con qué puedo encontrarme —me pidió con gesto cansado, sin entrar en polémicas con lo de antes.

Desde luego, comprendía que era necesario pasar por ese test, pero no podía evitar considerarme analizada, cuestionada e incluso juzgada a ratos por el motorista al que atropellé el día anterior en la N-121. Vale, podía ser inevitable preguntar los detalles, pero no hacía falta sonreír con ese sarcasmo, ni manifestar tal cinismo a las primeras de cambio.

Cuando comenzó a sonar *Close your eyes*,

[1]

de Michael Bublé, sin previo aviso, se me hizo un nudo en la garganta difícil de deshacer. Puede que por la canción, o por los recuerdos recientes que avivaba Xabi con su cruel «polígrafo», pero el caso es que una tonelada de tristeza cayó de pronto sobre mí sin piedad, aplastándome, dejándome de repente agotada y con ganas de acabar con todo eso de una vez.

Bajé la vista buscando una escapatoria, aunque fuese en la pequeña grieta de la mesa, ojalá que esa hendidura diminuta me tragase allí mismo, que pudiera hacerse gigantesca y colarme en ella en ese mismo momento. Desaparecer y punto.

Mis ojos seguían el movimiento de mi uña mientras arañaba la mesa, cuando Xabi me tocó el brazo para llamar mi atención. Así, de golpe, volví en mí con una sacudida, como en aquellas escenas de fantasmas *tipoghost*.

—¿Te pasa algo? —me preguntó mirándome a los ojos.

—Nada, tío, que estoy de bajón. —Y enseguida me dije: «No te vengas abajo o la cagas», así que reaccioné—: Venga, prosigamos.

De acuerdo, no es muy habitual que le propongas a alguien hacerse pasar por tu novio para asistir a un funeral de una tía a la que casi ni tú misma conoces bien. Y de una relación «casual y rara» provocada por un estúpido accidente de tráfico, ahora íbamos a pasar por obligación a una especie de «colegueo raro», algo que no tenía pies ni cabeza.

—Bien —recapituló él, repasando las últimas anotaciones—, nos conocimos hace cinco meses en un bar llamado Extrem, a dos manzanas de tu casa. Como siempre, yo tenía entrenamiento al día siguiente. El otro sábado te fui a buscar con el coche y me presentaste a Lorena. Mi mejor amigo se llama Raúl, juega al fútbol conmigo en segunda regional, y soy profe de gimnasia.

Levantó la vista y ladeé la cabeza poco convencida.

Xabi bufó. No dijo nada, pero su mirada fue lo bastante persuasiva como para acobardarme.

Luego siguió tomando notas como si nada. ¿Es que aquel hombre nunca se alteraba? ¿No tenía sangre en las venas o qué?

De pronto, me percaté de lo más curioso: ¡Xabi era zurdo!

Tengo una maldición (digámoslo así). Todos mis rollos, ligues o lo que sea, han tenido algo en común: todos son/eran zurdos.

Vale, ya sé que también he conocido algunos hombres zurdos, y, por serlo, no me he acostado con ellos. Pero ahí está el dato.

Lo más curioso es que siempre me había rayado con este tema, porque yo también formo parte de esa minoría, de ese diez por ciento de la población. Bueno, yo soy ambidiestra, que es casi lo mismo.

Y ahí estaba, Xabi con su mano izquierda tomando apuntes como un universitario, cuando sonó de nuevo Ska. Esta vez no hizo ningún comentario sobre el tono de la sintonía de mi móvil.

Al otro lado, mi madre me hablaba toda alterada para decirme que acababan de abrir ante el notario las últimas voluntades de mi tía y que estaban tratando de averiguar si había manera humana de no tener que cumplirlas a rajatabla, todo ello sin que afectase o retrasase el funeral del día siguiente. Que todo aquello era una locura, un sinsentido, una barbarie, que mi tía se había querido ir al otro mundo de un modo especial. Que a ver por qué no podía abandonar este terrenal planeta como cualquier persona «normal», que por qué durante toda su vida, incluso ahora, en su muerte, tenía que dar la nota.

—Julieta —puse los ojos en blanco al oír mi nombre en boca de mi madre—, yo no puedo más... Eso sí, ya nos han confirmado que la herencia es tuya y de tu hermano. En un momento nos enteraremos de más datos. No puedo con mi alma...

—Tranquila —intenté apaciguarla.

—¿Tranquila, dices? ¡¿Cómo voy a estar tranquila?! —replicó, molesta conmigo y con el mundo en general—. Ha dejado por lo menos unas veinte instrucciones para que se cumpla su última voluntad, todo relacionado con su funeral... y a mí me va a dar algo. Se hizo un traje de ceremonia para la ocasión y lo ha tenido a buen recaudo todo este tiempo. Ahora han procedido a sacarlo de la caja fuerte del banco.

—¿En el banco? Vaya, qué original. —Sonreí.

—Y todavía hay mucho más, pero bueno... —Mi madre casi lloraba.

—¿Más últimas voluntades?

—Sí, pero ninguna de tipo médico como: «No me alarguen la vida si no hay solución», no... Todas las voluntades son extravagantes, sin sentido, paparruchas salidas de una mente enferma, cosas que se apartan de toda lógica en un funeral cristiano, y que requieren un trabajo extra para nosotros. ¡Dios, es horrible todo lo que se nos viene encima, Julieta! Yo no voy a poder en dos días, y qué dirán las amistades. Hay cosas que no, que no pueden ser... Venimos de una familia tradicional, de unas personas serias, y un entierro debe ser austero, como lo ha sido siempre, sin estas... extravagancias.

Mi madre estaba a punto del colapso, pero a mí en el fondo aquella situación me hacía gracia. La bruja de mi tía era una cachonda hasta para organizar su funeral.

—Y encima —siguió diciendo mi madre—, un primo segundo al que yo apenas conocía, dice que debe cumplirse su voluntad, porque el alma de la difunta ha de descansar en paz, por mucho que a los demás nos parezca una locura descabellada.

Y aunque había muchas más sorpresas de las que tenía que informarme, no le quedó más remedio que colgar el teléfono, porque no paraba de recibir llamadas y visitas.

Xabi me contemplaba con expresión distraída. Enseguida recordé que ni siquiera tenía ropa para cambiarme y que íbamos a pasar dos días allí. Me puse en pie y a él le cambió el semblante.

—Vamos, mueve el culo, Xabi. Tenemos que ir a comprar algo de ropa.

—¿El qué? —se sorprendió—. Estás de broma, ¿no?

—No. —Cerré los ojos y apreté los dientes esperando su reacción.

Se veía venir.

—Mira, esto ha ido demasiado lejos.

Se levantó de la mesa con intención de marcharse y yo lo agarré por la manga.

—¿Adónde vas? No puedes dejarme tirada ahora.

—Ah, ¿no puedo? ¿En serio? —me desafió, empezando a andar y arrastrándome colgada de su brazo.

Gorka, el camarero baboso, nos miraba dejando ver los huecos de todas sus muelas.

Siguieron varios lastimeros «piensa en los quince mil», y otros ruegos para que al menos volviera a sentarse en su silla.

—Joder, Julia..., estás pidiendo demasiado.

—Enróllate, Xabi, que no te vas a arrepentir, te lo digo yo.

Me dio pena verlo con la cabeza baja, me daban ganas de eximirlo de tal carga, de olvidarme de todo y mandarlo para su casa.

—Será un funeral cachondo —hice una mueca—, pero si al final no quieres los quince mil...

Cerró los párpados y cogió aire profundamente, trataba de controlarse. En su lugar, yo ya me hubiese rebotado haría rato. Pero tenía que continuar firme.

—La verdad... —empezó, levantando la vista— es que debo de estar loco para aceptar. Venga, vamos, antes de que me arrepienta.

—No seas agonías...

Se levantó con desgana y bufando como un toro, pero a los diez minutos ya habíamos entrado en una tienda de ropa. Le había ganado la batalla y, sorprendentemente, no había resultado tan difícil.

Cuando pasamos por la sección de disfraces, se paró y descolgó una percha con un traje de conejita Playboy.

—¿Qué tal esto? —Me mostró la prenda con guasa.

—Por nada del mundo volvería a vestirme de conejita. Sólo lo hice una vez, en una despedida de soltera —aclaré ante su asombro—. Cómo odio esas jodidas fiestas, aquella vez casi acabo a hostias con uno de losboys... porque no aguanto que un guaperas hormonado se crea con derecho a colocar su puto culo bronceado, cubierto únicamente con una tira de un minúsculo tanga rojo, a la altura de mis narices.

Xabi se echó a reír a carcajadas.

—Sólo por esto merecía la pena. —Y dejó la percha en su sitio.

Dos pasillos más allá, colgado del techo, pendía un cartel que señalaba la sección de ropa juvenil.

—Vamos, Xabi. Tendremos que comprarnos aunque sea un vaquero oscuro y un jersey para el funeral.

—¡Julia, no hay tiempo de pasar por los probadores! —protestó él, mientras me seguía por uno de los pasillos.

—Tranquilo, no será necesario, ven... —le contesté apremiándole, y me detuve ante una camiseta de manga larga, por supuesto negra, con un dibujo en gris bastante discreto. Comprobé la talla y me la colgué del brazo. Muy cerca, vi unos *leggings* los descolgué con rapidez de la percha.

—Ahora tú. —Lo cogí de la manga para que avanzase y, prácticamente a rastras, lo llevé hasta la sección masculina.

Resopló cuando lo repasé de arriba abajo y le pregunté su talla. Luego me dirigí como un rayo hacia unos pantalones vaqueros negros, y se los pasé con decisión.

—Sólo te queda encontrar algo para arriba.

—Mira, Julia..., esto es...

—¡Aquí! —Divisé una camisa de tonos oscuros y se la tendí también—. Creo que te estará genial con la cazadora que llevas.

—No pienso probarme ahora...

—No, no hace falta. —Y giré sobre mis talones trescientos sesenta grados.

Buscaba con la mirada la sección de lencería, cuando, como caída del cielo, a mi lado apareció una de las dependientas, una chica bajita con gafas, que más bien parecía una novicia que se hubiera colado allí por error. Llevaba la chapita con su nombre: «Puri». Nada más verla, supe que no nos íbamos a entender. Cruzaba las manitas sobre el pecho, sólo le faltaba el rosario.

—¿Puedo ayudaros? —A mí me echó una ojeada desdeñosa y en cambio le sonrió abiertamente a Xabi, la muy imbécil—. ¿Qué necesitáis?

Él me miró con cara de circunstancias.

—Lencería —dije yo—. Bueno, ya me entiendes, ropa interior.

Xabi se volvió para mirar hacia otro lado, creo que avergonzado. Y la chica nos hizo un

gesto para que la siguiéramos.

—¿Para cuál de los dos? —parpadeó ella, deteniéndose en la sección correspondiente.

—Para los dos. Cada uno la suya, claro.

—A ver..., ¿qué tipo de prenda buscáis? —Como yo no sabía qué contestar a esa estupidez de pregunta, ella trató de ayudarme con su voz de pito—. ¿Es para... —carraspeó incómoda— una ocasión especial?

—Sí. Para un funeral —respondí yo con naturalidad.

La boca de Xabi se ladeó, aguantando estoicamente la risa, no sé si por mi sinceridad o por la reacción de la dependienta, a la que, como era evidente, había descolocado. Parecía estar dudando sobre si debía cabrearse por lo que parecía una tomadura de pelo. En definitiva, le faltaba un hervor.

—¿Qué talla necesitáis?

—Yo la pequeña y él... —Y entonces me percaté de la mirada lastimera de Xabi—. Y él... ni idea. Ni siquiera sé aún cómo la tiene.

De pronto, conseguí mi objetivo: la angelical cara de la dependienta enrojeció.

—Esto... Casi mejor que te atienda a ti —propuso Xabi a la desesperada—, ya voy buscando yo solo.

¿Había tartamudeado? ¡Ja! ¡No podía creerlo!

Diez minutos después, la estúpida de la dependienta me acompañaba a pagar con dos cajitas de ropa interior de diseño. Le hice una seña a Xabi, que acudió rápidamente. Observé las dos cajas que él llevaba en la mano y sonreí mientras por su parte me dedicaba una mirada airada.

Sin pudor, coloqué toda la ropa encima del mostrador y después saqué las dos braguitas que no había comprado aún. Las levanté en el aire con las dos manos, con la etiqueta colgando, ante la expresión atónita de mi acompañante.

—¿Qué? ¿Te gustan? —Sólo pretendía molestar a la dependienta, pero quien parecía apurado era él.

—¿Efectivo o tarjeta? —preguntó la chica, sin despegar la vista de la caja registradora.

—Mejor con tarjeta, cóbralo todo junto —contestó él.

En cuanto estuvimos en la calle, me cogió del codo y se detuvo en seco delante de mí.

—¿Se puede saber por qué cojones me haces esto?

Estaba cabreado de verdad.

—No iba por ti, simplemente no soportaba a la dependienta.

—¿Qué te ha hecho? Estaba haciendo su trabajo.

—Si sólo te he enseñado las bragas, coño... No es para tanto... ¡Ni siquiera las llevaba puestas!

Un matrimonio de avanzada edad se escandalizó al oír mi comentario y me miró de arriba abajo con desdén. Xabi se tapó la boca reprimiendo una carcajada.

—¡Eh, te has reído!

Subirse a la moto de un «casi desconocido» y, no lo olvidemos, «fugitivo», en realidad no deja de ser un acto demasiado íntimo. Tu pecho, me entenderás si eres mujer, debe descansar en su fornida espalda si no quieres que el motorista se sienta más incómodo que un erizo en una cama de velcro. Pero con eso y con todo, no me quedaba otra que ir de paquete, amarrada a su cintura, en un trayecto de una hora más o menos.

Aún llevaba el casco en la mano cuando él se empezó a poner el suyo. Se dio la vuelta y debió de adivinar la indecisión en mi mirada.

—¿No irás a tener miedo?

—¿Yo, miedo? ¡Qué dices! —me envalentoné—. ¡Venga, anda!

Se echó a reír descaradamente, puede que para provocarme, pero preferí no entrar al trapo, no fuese a claudicar. Ya había tentado demasiado a la suerte.

Empezaba a conocerlo un poco. No es que me pareciese previsible, pero podía llegar a adivinar su actitud ante según qué comentarios.

Antes de ponernos en marcha, se levantó la visera del casco y me dijo:

—Agárrate bien, Julia.

Luego aceleró.

«¡Hostia, como para no agarrarse!», pensé, con la adrenalina a tope.

Pasamos El Corte Inglés y accedimos a la calle Yanguas y Miranda. Me pegué literalmente a su espalda al girar en la rotonda y entrar en la avenida Zaragoza.

Le hubiera dicho que estábamos a punto de pasar por delante del colegio de mi infancia, pero con el casco resultaba imposible e inútil. Ya me había dicho que saldríamos a la autovía, la A15, por la que fuimos en el viaje anterior a San Sebastián. Claro que en esta ocasión la cogíamos hacia el sur, en el tramo de la autovía de Navarra.

Cuando entramos en la autovía del Ebro con todo el viento en contra, quise distraerme y recordar por ejemplo cuándo fue la última vez que monté en moto. Y me vino a la cabeza él, aquel «fumeta» que conocí en el verano de 2002, cuando yo todavía llevaba rastas. Años después, detuvieron a su amigo, un colgado, por pinchar las ruedas de al menos cincuenta coches, para «liberar aire y dárselo al mundo», algo muy sonado que incluso salió en las noticias, y dos años más tarde mi ligue motorista también fue detenido por tráfico de drogas. Supuse que ya estaría fuera de la cárcel.

En aquellos tiempos, juré que no me volvería a enrollar con un motero. Y lo había cumplido, porque, desde luego, lo de Xabi nada tenía que ver con cuestiones sentimentales.

Ya nos acercábamos peligrosamente a Tudela y todavía no le había contado lo que a propósito había callado. De todas maneras, muy pronto se enteraría. No le había mentado respecto a que teníamos que ir allí, porque mis padres vivían en esa población y nos alojaríamos esa noche en su casa, pero le había ocultado de forma consciente el lugar donde se iba a celebrar el funeral al día siguiente. Eso sí sería una gran sorpresa para él.

Ante nuestros ojos teníamos una extensión de unos cuatrocientos metros cuadrados de jardín y árboles, donde mi hermano y yo nos peleábamos de niños. Pasada la gran verja negra de acceso, Xabi aparcó la moto en la zona habilitada. Cuando se quitó el casco, se pasó la mano por el pelo y giró sobre sí mismo admirando todo aquello.

Vale, yo tenía que reconocer que era grandioso, aunque mejor lo definiría como ostentoso, porque en realidad la mitad de todo aquello no lo había disfrutado nunca.

—¡Hostia! ¡Qué pasada! —Xabi estaba impresionado.

—Sí, demasiado —opiné yo—. No es necesario tanto espacio para vivir. Aquí es fácil pasar desapercibida —añadí con cara de asco—. Vamos dentro a dejar la mochila y luego te enseño todo esto.

—No sé qué decirles a tus padres. Ahora sí que empiezo a acojonarme un poco —admitió Xabi.

—No me jodas, ¿eh? —Lo apunté con el dedo índice y luego traté de arrastrarlo por su brazo—. Venga, que seguro que lo bordas.

Miró alrededor, un poco atontado ante la grandeza de la extensión que tenía ante los ojos, y silbó.

—¿Y los perros? —preguntó de repente con una sonrisa, tendiendo la mano para cogerme la mochila.

—¿Qué perros?

—En todos los chalés de ricos y casas con jardín hay perros... —contestó como si fuese lo más habitual del mundo—. Para intimidar a los extraños.

Sonreí con ironía.

—Aquí hay videovigilancia. Nunca he tenido un perro —reconocí—. Tampoco lo echo en falta. Prefería un caballo, eso sí me hubiese gustado. No me gustan los perros, son... algo estúpidos y babosos.

Se le escapó una carcajada.

—¿Sabes? Yo también hubiese preferido un caballo. Además, en tu caso ya podían habértelo comprado.

Echamos a andar por el camino rodeado de árboles y él inspiró profundamente, supongo que encantado de tanta naturaleza a su alrededor.

Hacía demasiado tiempo que no me dejaba ver por allí. Volver a pisar aquella casa me iba a suponer un gran esfuerzo, de eso estaba segura.

No tenía llaves y, aunque hubiese dispuesto de ellas, tampoco las habría utilizado.

Él carraspeó cuando llamé al timbre.

—¿No irás a tener miedo, Víc-tor? —Le hice la burla recalcando su «nombre postizo». Reconozco que disfruté planteándole la misma pregunta que me había hecho él cuando subí a la moto.

No pude evitar pensar que, al abrir la puerta, mi madre seguramente preferiría encontrarse a un novio con jersey de cuello de pico y un cocodrilo bordado, pero conmigo tenía la certeza de que no ocurriría tal cosa. Miré a Xabi de arriba abajo, desde luego, nada que ver con su ropa de motero.

Movió la cabeza e hizo un simpático gesto al poner los ojos en blanco.

Tras la puerta apareció Alfonso, bronceado y elegante a pesar de vestir ropa deportiva, con la clase de alguien que encaja a la perfección en ese entorno. Se apoyó en el marco.

—Mira quién ha llegado: ¡la prófuga de mi hermana, la oveja negra, la descarriada que vuelve al redil! —se mofó con una gran sonrisa.

—Mira quién me recibe: ¡el lameculos de mi hermano, el sobrao, el rata de la familia, el niño pijo de papá! —le imité yo, ante el asombro de Xabi.

Alfonso rio abiertamente y tendió la mano hacia mi acompañante.

—Debes de ser Víctor.

Xabi sonrió y correspondió al saludo con rapidez, cambiándose la mochila de mano.

—Anda, déjanos pasar, que vamos a soltar esto. —Lo empujé con familiaridad—. ¿Y «madre»?

—Ha salido. Lleva un jaleo tremendo con el funeral, ya os habrá contado.

Xabi me siguió por el vestíbulo hasta la escalera y justo entonces me di cuenta de que mi padre las estaba bajando.

Me quedé inmóvil, como si mis pies se hubiesen quedado pegados al suelo con Loctite. Me volví hacia Xabi y arqueé las cejas para avisarlo. Se puso a mi lado, más rígido que un soldado a punto de pasar revista. Se me acercó tanto que me rozaba con su brazo, esperando impaciente lo que se avecinaba.

El doctor Lasarte bajaba la escalera con una cadencia pausada, fumando su puro con tranquilidad, con aquel porte imponente y aquella compostura que hacían temblar a cualquiera. Por su aspecto, parecía siempre un ser superior, una persona de esas que tienen en el despacho retratos de sus antepasados nobles, alguien importante. Adoptaba la postura de un señor feudal acostumbrado a ejercer el poder, seguro de que nada ni nadie se lo podía arrebatarse. Y no se engañaba en absoluto.

Sonrió condescendiente cuando se dirigió a nosotros con mirada altiva.

—Hola —saludé, avanzando un paso y esperando que se agachara para darle el beso de cortesía. No lo hizo, en vez de eso, de inmediato se fijó en Xabi—. Te presento a Víctor.

Mi padre entornó un poco los ojos, exhaló el humo de su puro hacia el techo con aquella sonrisa que quería parecer natural, y movió la cabeza afirmativamente.

Con el rabillo del ojo vi la indecisión de mi amigo. Pero enseguida tendió la mano.

Siguiendo su costumbre, mi padre la observó y tardó unas eternas milésimas de segundo en estrechársela, sin mucha cordialidad, más bien con cierto distanciamiento.

—Tu madre ha salido, pero regresará pronto. —Y volvió a echar una mirada, examinando a mi acompañante. No me pareció demasiado negativa.

Acababa de llegar y ya sentía el impulso casi irrefrenable de largarme de allí.

Justo después, del pasillo que llevaba a las cocinas, asomó mi querida Raky, con su delantal blanco y su sonrisa iluminando la fría estancia. Al ver a mi padre se contuvo un poco en su saludo, pero avanzó hacia nosotros con rapidez.

—Ay, mi niña... ¿cómo estás? —Me dio dos efusivos besos de esos que ella llamaba sacamuelas y me dejé abrazar—. A ver que te vea. —Me separó un poco para contemplarme bien—. Estás más delgada.

Ella sí que estaba más flaca y demacrada desde la última vez que nos vimos. Mi padre carraspeó y, por si acaso, Raky, muy prudente, desapareció con la misma ligereza con que había aparecido, a pasitos cortos y dinámicos.

En la planta superior había cuatro dormitorios y uno de ellos era el mío. Una habitación de unos veinte metros cuadrados. No tenía muy claro cuál de ellos sería donde se suponía que debía alojarse mi invitado, mi hipotético novio, para ellos mi prometido.

Abrí la puerta de mi cuarto después de casi un año y se me antojó por completo distinto. Por supuesto, todo seguía igual, no habían cambiado nada desde que me marché. Mi mesa de escritorio y las dos sillas tapizadas a juego con las cortinas, con aquellas manchas de rotulador permanente imposibles de quitar en una de ellas que hice uno de esos días en que me rebelé contra todo. En las estanterías, perfectamente alineados, podían admirarse los lomos de unos libros de una colección única que nunca empecé, y diversos adornos a los que, con sinceridad, no tenía ningún apego. Me costaba recordar la procedencia de la mayoría de ellos: una bruja de rafia con el

pelo enmarañado, el cubo de Rubik, una preciosa muñeca de porcelana, grandísima, con la que nunca jugué, puesto que se trataba de una pieza única decorativa, fotos familiares en varios marcos tan cursis como las imágenes. Presidía la esquina derecha la colosal casa de muñecas, en tan perfecto estado que podría parecer recién estrenada, y sobre el carísimo edredón nórdico de la cama descansaba sentado un tremendo oso de peluche desgastado, que de niña me ayudaba a vencer el miedo a la oscuridad. El conjunto para mí resultaba patético y eso que dentro de aquel armario tan rococó debían de estar guardadas aquellas otras pertenencias que por pudor ya no podían exhibirse en un dormitorio juvenil.

—Flipando, ¿no?

Xabi se había quedado clavado en la puerta, con la vista fija en mi cama con dosel y aquellos cojines bordados que a la legua se notaba que debían de costar un pastón.

¿Cómo iba a identificarme yo, una *heavy* convencida, con aquel cuarto de princesa Disney en tonos blancos y rosa pastel?

—Si no lo veo, no lo creo —acertó a decir Xabi, todavía en estado *deshock*.

—Pues eso que no has visto todo lo que quité y que está guardado en el desván. Si hay tiempo, subiremos para echar unas risas.

Dejé la mochila con nuestras ropas, que seguro que habría que planchar para el funeral del día siguiente, y le hice un gesto para que bajásemos. En ese instante me pareció oír la puerta y la voz aguda de mi madre.

Cogí a Xabi de la mano y fuimos escaleras abajo a su encuentro. El luto la hacía envejecer por lo menos cinco años. Tampoco iba muy pintada, como era su costumbre, y llevaba el pelo recogido en un moño tan estirado que casi se le achinaban los ojos.

A su lado, el chófer traía dos bolsas que depositó en el suelo, en un extremo de la entrada. Mi madre se volvió y le dio las gracias. Él se retiró sin pronunciar palabra.

—¡Julietta! —exclamó al darse cuenta de mi presencia.

Como advertencia, apreté con fuerza la mano de mi novio postizo, que seguro que estaba partiéndose de risa al oír la manera como me llamaba mi madre.

—Mamá...

Nos dimos un abrazo.

—¿Cómo estás? —La miré a los ojos, preocupada por su estado, y de pronto me di cuenta de que lo suyo era presentar a mi novio—. Ah, éste es a Víctor.

Mi madre y Xabi se dieron los dos besos de rigor. Juraría haber leído en la expresión de ella una pequeña duda. Posiblemente, me dije, serían paranoias mías.

—Bueno, Víctor, estábamos deseando conocerte. Julieta nos ha hablado tanto de ti...

—Se volvió hacia mí—. ¿Y tu padre? —Sin esperar respuesta, continuó, atropellándose como de costumbre—. Vamos a ver, debéis de estar agotados del viaje, le diré a Raky que nos sirva algo en el saloncito, antes de la cena. —Se dirigió a Xabi—. ¿Un zumo, licor, mejor cerveza...?

Él se encogió de hombros, cohibido, y me miró a mí esperando que le echase una mano. No fue necesario, porque mi padre apareció en la puerta y se reunió con nosotros en el vestíbulo. Creo que nunca me he sentido tan incómoda como en esos segundos de indecisión.

Mis padres se saludaron casi con frialdad y a continuación él se dirigió a nosotros dos con una pregunta trampa que no habíamos previsto.

—¿Habéis aparcado el coche en el porche o dentro?

Busqué a tientas la mano de mi fingido novio y se la presioné un poco.

—Eh... no, no hemos venido con el coche, sino con su moto —aclaré, tratando de resultar convincente.

—¿Moto? —se extrañó mi madre, volviéndose hacia mí y abriendo los ojos como platos—. Pero ¡si me dijiste que Víctor tenía un BMW azul!

Mientras mi corazón palpitaba a mil revoluciones por segundo, podía imaginar a Xabi a

punto de estallar en carcajadas, pensando en el famoso Clio.

—Sí, es que tengo el coche en el taller, así que hemos venido con la moto —improvisó oportunamente.

—Me muero de sed —dije de repente para desviar la conversación y me giré hacia mi novio—. ¿Y tú?

Y justo cuando íbamos a encaminarnos al salón, mi madre se dio un golpecito en la frente y pronunció un «¡Ay!» que nos obligó a volvernos.

—Se me olvidaba, Julieta. Esta tarde ha llamado Lorena.

Supongo que mi rostro se desencajó del todo.

—¿¿¿Lorena??? —repetí con un ligero temblor en la voz.

—Claro, Lorena, tu amiga. Ha dicho que no podía localizarte y me ha preguntado dónde estabas. ¡La pobre estaba tan preocupada por ti...! Así que le he contado lo de tu tía, que en paz descanse, y que Víctor y tú ya veníais de camino. Por supuesto, le he dicho que sería bienvenida en el funeral. Además, da la casualidad, no sé si te acordabas, de que la prima de tu tía era familia de ella, vamos por parte de padre...

—De pronto se calló y me miró detenidamente—. Hija, ¿qué te pasa? Te veo pálida. Será que no habéis comido bien, o el cansancio. Mejor vamos fuera al porche a tomar un pisolabis.

Acababa de perder el apetito, se me había cerrado el estómago a cal y canto. Mi mano apretó con fuerza la mano de Xabi y él me devolvió un apretón largo y pausado que significaba: «Tranquila.» Pero por pura intuición, o un repentino cariño maternal, mi madre me rodeó los hombros con un brazo, separándonos un instante, para dirigirme hacia el porche. Seguidamente, me susurró algo en plan confidencial:

—Es muy guapo, ¿eh? Y muy alto... —Y me atrajo hacia ella un poco más con una advertencia que me heló la sangre—. Que no se te escape esta vez.

Necesitaba imperiosamente hablar con Xabi a solas, pero ya estábamos saliendo al porche, y para colmo se había añadido mi hermano. En esos momentos, precisaba escapar de allí antes de que apareciese mi «querida» amiga Lorena. ¿Y si venían juntos? ¿Y si Lorena tenía la desfachatez de presentarse con mi exnovio? No, no se atreverían. ¿Qué habría pensado Lorena cuando mi madre le dijo que yo iba con Víctor? ¿Y Víctor...?

Tenía un nudo en el estómago. Eché una mirada de súplica a Xabi, que creo que entendió. Me removí incómoda en la silla del porche y de repente dije:

—Uy, creo que me he debido de dejar el móvil arriba, en la habitación.

Xabi, no sé muy bien si porque había comprendido mi mensaje o por huir ante la perspectiva de quedarse a solas con ellos, se levantó de inmediato.

—Voy contigo. —Y me cogió de la mano.

Casi tropezamos con el carrito de camarera de Raky, que justo salía al porche. Se sobresaltó y me di la vuelta.

—Enseguida volvemos.

Oí de fondo a mi madre protestar, pero no hice caso; corrí hacia la escalera con tan mala fortuna que nos topamos con mi padre justo en el primer peldaño.

—Vamos un momento a coger mi móvil, me lo he dejado arriba.

Él frunció el cejo y no se apartó, así que pasé de medio lado, tirando del brazo de mi supuesto novio.

—¿No puedes caminar como una persona normal en lugar de ir siempre corriendo como una loca? —me amonestó mi padre al pasar por su lado y luego miró a Xabi—. ¡Que no tienes quince años!

Resoplé con furia, pero me mordí la lengua a tiempo para no comenzar una discusión.

Metí a Xabi en mi cuarto, sin ningún tipo de miramiento, y una vez allí, cerré la puerta detrás de nosotros. Me dejé caer en la cama y me tapé la cara con las manos.

—¡Viene Lorena! —exclamé en un susurro—. A ver qué hacemos ahora.

Xabi, desconcertado, se echaba el pelo hacia atrás.

—Calma. Yo no sé si deberíamos seguir con esto, Julia...

—No, no..., no, ¡de eso nada, no puedes fallarme! —salté—. Piensa en los quince mil, tío. —Agotaba mi único recurso para convencerlo.

—Lo mejor es que llames ahora mismo a Lorena.

—¿Rebajarme yo, encima de que se ha acostado con Víctor? —Le hablé furiosa, con los ojos desorbitados—. ¿Cómo puedes decirme eso?

Me dio la espalda a punto de salir de la habitación, pero lo cogí de la manga y lo atraje hacia mí.

—Lo siento, Xabi, estoy muy nerviosa. Ya has visto cómo son conmigo, no podría soportar la humillación de decir la verdad.

Ahora mi tono era tan lastimero que yo misma me daba pena al escucharme.

Xabi me cogió por los hombros y me levantó la barbilla con un dedo para que lo mirase. Desde luego, ése fue el gesto de más complicidad, más íntimo que había habido entre nosotros. No me resistí y subí el mentón hacia él, con el corazón desbocado.

—No deberías permitir que te humillen... nunca. —Fue rotundo en su afirmación, clavando sus pupilas en mis llorosos ojos—. Y ahora, vamos, saldremos de ésta. Tenemos que tener una clave, un apretón de mano, cuando quieras que yo no intervenga, por ejemplo.

Asentí con un infinito agradecimiento y me fijé en su expresión. Hubiera apostado algo a que sus ojos en ese momento eran más grises que azules.

Bajamos la escalera en un silencio cómplice y cuando íbamos a salir al porche, apareció mi madre de pronto con dos perchas de las que colgaban unos trajes.

—¡Cómo tengo la cabeza! Casi me olvidaba. —Y miró a Xabi de arriba abajo, con gesto de preocupación.

—¿Qué pasa?

—Julieta, ¡los trajes! ¡Qué va a ser! —Negó con la cabeza—. ¿No te lo dije? Ya ni sé a quién se lo cuento y a quién no. Una de las excéntricas voluntades de tu tía. —Y resumió con rapidez—: Para el funeral, los hombres de esmoquin y las mujeres vestido largo, ambos de blanco. Vamos, probáoslos.

—¡¿Qué?! ¡Ni de coña! —Rechacé la percha que me tendía mi madre.

Xabi, totalmente alucinado, no se atrevía a decir nada.

—Vamos, acompañadme —insistió ella, cogiéndome de la mano y arrastrándome escaleras arriba.

Avanzó hasta mi cama y echó sobre el edredón rosa la ropa.

—Venga, no hay tiempo. —Se volvió hacia Xabi con cara de circunstancias—. Salgamos, dejemos que Víctor se lo pruebe, no estoy segura de que sea su talla.

—Pero... —acertó a decir él, mientras mi madre cerraba la puerta y a mí me arrastraba del brazo fuera de la habitación con la percha de la que colgaba el vestido blanco.

—No, no —negué con la cabeza—, no pienso ponerme esa cursilada.

—Julieta... —Su tono de advertencia no me dejaba muchas opciones—. No hay tiempo para discutir.

Miró hacia la puerta y me hizo seguirla por el pasillo.

—Son las normas.

—Pues no pienso ponérmelo, madre —repliqué—. Tengo mi ropa en la mochila y eso es lo que voy a llevar al funeral. Me gusta ir de negro, no tengo intención de cambiar.

Me clavó aquella mirada seria y contrariada, a punto de decirme alguna cosa, pero de pronto algo a mis espaldas la hizo modificar el gesto y sonreír.

—Oh, fíjate en Víctor. ¡Qué elegante!

Me volví rápidamente. En un principio pensé que estaba ante un modelo de pasarela. El blanco le quedaba de escándalo. Estaba... tan guapo, tan seductor... Hasta que ambas nos dimos cuenta de un pequeño detalle.

—No me dijiste que era tan alto —me reprochó mi madre—. Los pantalones le quedan cortos.

—No sabía que ibas a tener que comprarle un traje. Salvo por los bajos, te queda genial, estás... bien.

Xabi se miró los pantalones y torció el gesto.

—¡Ya lo tengo! —exclamé—. ¡Las botas! Que se ponga el traje con las botas moteras.

Yo tampoco parecía yo. De hecho, era lo menos Julia que había visto en mi vida, y mucho más Julieta, para satisfacción de mi madre. Un vaporoso vestido largo blanco hasta los tobillos, con los hombros al aire.

—¡Oh, Julia, Julietaaa! —canturreó ella—. Estás preciosa de blanco. —Se volvió hacia Xabi—. ¿Lo ves? Víctor se ha quedado sin palabras.

Me sentí enrojecer.

—Te queda perfecto —siguió mi madre y retomó sus comentarios con Xabi—. ¿Qué te parece? Se empeña en tapar sus curvas, con la figura tan bonita que tiene... Desde luego, ese escote te resalta los pechos, estás fantástica... ¿Qué te parece, Víctor?

—Muy bien. —Sonrió mirándome, mientras yo quería que se me tragase la tierra—. Está muy guapa.

—Os dejo, parejita —anunció mi madre, alejándose contenta—. Ya podéis cambiaros, y llevad la ropa en el cuarto de invitados, diré que la plachen. Uy, también tendré que subir la nuestra y la de tu hermano. Si es que no se puede dejar todo para última hora. Claro que cómo iba yo a saber todo lo que me esperaba con la muerte de tu tía, que en paz descansa... —Calló para tomar un respiro y se detuvo en el primer escalón para decirnos—: Bajad enseguida, os esperamos.

—No me lo pondré ni de coña —le susurré a Xabi, antes de dirigirme a mi cuarto—. Creo que el vestido se va a manchar.

—Te queda muy bien, Julieta —respondió él con una mueca seductora.

Me metí rápidamente en la habitación sin hacer más comentarios y empecé a quitarme el vestido. Sin querer, me encontré excitada recordando la situación, pero sobre todo tenía que admitir que me hacía cierta gracia su último comentario. No, no es que Xabi me gustara en el sentido estricto de la palabra, eso era impensable y una tontería. Ummm... Lo que pasaba era simplemente que me ponía mucho, demasiado.

Pero ¿en qué estaba pensando? ¡Había tenido un accidente por su culpa! Y además era un engreído y un prepotente. Pero bueno, al menos, eso era verdad, empezábamos a congeniar de alguna manera.

Sacudí la cabeza para quitarme todos esos pensamientos. En cuanto me pusiera mi ropa, volvería a ser yo.

Salimos a la vez, ambos muy ridículos, con la percha en la mano. Cogí la suya, volví a entrar en mi habitación y las dejé sobre mi cama, en vez de en el cuarto de invitados, como había dicho mi madre.

—No sé cómo acabará esta noche, Xabi. Te lo aviso.

—Todo saldrá bien... espero —contestó él, mientras bajábamos de nuevo hacia el porche.

Mi madre seguía nerviosa, entrando y saliendo de la casa con el teléfono en la mano, cuando desde el vestíbulo mi padre carraspeó para llamar su atención.

De lejos, le hizo un gesto con la mano y señaló su reloj.

—En esta casa siempre se cena a las nueve. Son casi las diez.

—Antón, un poco de paciencia. Estará a punto de llegar Lorena, la amiga...

—No hay por qué aguardar más —la interrumpió él—. Esto ya parece un local de fiestas en vez de una casa, sin parar de entrar y salir gente...

En cuestión de minutos, ya estábamos todos en torno a la gran mesa ovalada del salón. Podía sentir la tirantez de Xabi, que permanecía a mi lado con las manos sujetando el respaldo de la silla, a la espera de que mi padre moviera la suya para sentarse. Parecía un ritual, aquello siempre me exasperaba. Todavía debía apagar su

puro en el cenicero que acababa de vaciar Raky. Parecía que obrara con mala idea, siempre haciéndose de rogar, siempre por encima de todo y de todos.

La disposición de los comensales se había decidido de antemano, porque en casa de los Lasarte nada se dejaba al azar, ni al capricho, ni a la casualidad. Por eso, mi padre presidía la mesa y a su derecha se sentaba mi hermano. Dos metros y medio de caoba lo separaban del otro lado, el de mi madre. Xabi y yo a la izquierda de mi padre, frente a Alfonso y una silla vacía. Vi a Xabi observar la amplísima estancia con admiración. En ese momento tenía la vista fija en la pieza preferida de mi madre: la

[vitrina](#)

vintage Richelieu, comprada en Portobello Street.

Raky nos sirvió el primer plato: una especie de «fideuá» vegetariana. Una cena sana, ligera, como el doctor Lasarte ordenaba. Como era costumbre, mi padre se metió la punta de la servilleta por el cuello de la camisa para no ensuciarse la corbata, luego puso los antebrazos a ambos lados del plato y bendijo la mesa, no sin antes dedicarme una mirada dura de advertencia: «Ni se te ocurra moverte.» Por supuesto, en esa ocasión no me opuse ni empecé antes de que terminase.

Tenía la sensación de que corría siempre el riesgo de que sobre los hombros de mi padre apareciera, no el típico demonio y el ángel para equilibrar el bien y el mal, sino un abogado gordo con un maletín, que dirigiría hacia mí su dedo acusador diciendo: «Cualquier cosa que digas en esta cena podrá ser utilizada en tu contra.»

Así que preferí no mirar a mi padre, evitar encontrarme con sus ojos siempre que me fuera posible.

—¿Y de dónde eres? ¿De la misma Pamplona? —preguntó mi padre para darle conversación a Xabi—. ¿De dónde exactamente?

—No, de Irún. —Xabi lo dijo sin pensar y casi me da algo. ¿Por qué se salía del papel justo entonces?

—Ah..., pensaba que eras navarro. Bueno, casualmente tengo bastantes conocidos por allí, por el País Vasco. ¿Cómo te apellidas?

Xabi pareció vacilar un momento, no quería volver a meter la pata.

—Bueno, en realidad, no tengo un apellido vasco. Mi padre era aragonés, mi madre navarra.

—Buenas tierras de vinos, vive Dios. —Se limpió con la esquina de la servilleta—. Víctor... ¿qué más? —insistió.

—Víctor Romeo Echeverría —contestó de carrerilla Xabier.

—Romeo, Romeo... —repitió mi padre, pensativo—. No conozco ninguno.

—¡Yo sí! —dijo mi hermano y se echó a reír a carcajadas—. Romeo y Julieta. ¡Qué poético!

—¡Tienes la gracia en el culo! —salté yo.

—Bueno, entonces vives en Pamplona, ¿no? —continuó mi padre, persistente.

—Sí, sí... desde hace ya años.

Eso sonó poco convincente, muy a mi pesar. Traté de desviar la atención.

—¿Has probado estos panes, Víctor? Están buenísimos.

A pesar de que teníamos cada uno nuestro panecillo, en el centro había dispuesta una preciosa panera con diferentes clases de pan, así que le ofrecí uno de pasas y nueces. Como si fuese un cuchillo, en cuanto estiré el brazo, sentí cómo la mirada fija de mi padre se clavaba en mi muñeca derecha. Sus ojos buscaron los de mi madre.

—¿Se puede saber qué es eso que lleva tu hija en el brazo?

Sí, aunque parezca sorprendente, en ocasiones sólo era hija de mi madre. Siempre que había algo negativo, algo desaprobatorio para él (cosa bastante común, por cierto), ella pasaba a ser automáticamente la única progenitora y sobre su cabeza pendía la espada de Damocles, que no tengo ni idea de quién fue, pero debió de ser un tipo duro. Así que no iba a permitirlo. Quise ahorrarle el sufrimiento.

—Un tatuaje. —Y mordí un trozo de pan sin inmutarme.

—No es de extrañar que no encuentres un trabajo decente —me atacó él con tranquilidad, antes de llevarse la cuchara a la boca.

De reojo, vi que Xabi mantenía la suya en suspenso a medio camino y luego la bajaba lentamente.

Mi madre suspiró mientras su marido meneaba la cabeza con desaprobación.

—Eso ya no es cosa tuya, tengo veintinueve años —le recordé, mirándolo con dureza.

—Sigues siendo una inmadura. —Y se sirvió agua. Volvió a romper el silencio, dirigiéndose a Xabi—: Tendrás que atar corto a mi hija, Víctor.

Apreté los puños a punto de estallar, de soltar por mi boca todo lo que acumulaba desde hacía años, a golpe de pullas.

Bajé el brazo derecho de la mesa. Notaba mis propias uñas clavándose en la palma de mi mano. Y entonces, de forma inesperada, bajo el mantel sentí la calidez de una mano fuerte, la de Xabi, envolviéndome el puño cargado de resentimiento. Automáticamente, dirigí mi mirada hacia la suya y encontré unos ojos de un tono más azul que gris, que me daban la tranquilidad que necesitaba en ese momento. No apreté su mano, ni siquiera recordé el trato, el código que habíamos pactado cuando quisiera intervenir.

—No. No estoy de acuerdo —contestó con voz pausada y segura—. Su hija no necesita que la ate corto nadie, es libre para tomar sus propias decisiones.

Los contemplé de hito en hito, a él y a mi padre, a mi padre y a él.

Lo suyo hubiera sido ponerme en pie y gritar: «Olé, tus huevos», pero no hubo tiempo de más, porque todas las miradas se centraron en mi padre. Todos esperábamos en absoluto silencio su réplica: mi hermano con deleite, mi supuesto novio en apariencia impasible, mi madre y yo... con temor. Mientras Xabi se llevaba la cuchara a la boca, él se quitó con lentitud la servilleta, la plegó en dos y retó con los ojos al motero que ellos pensaban que era Víctor.

Antes de que aquello fuese a más, mi madre adoptó el papel que mejor se le da: el de mediadora de conflictos generacionales en la familia Lasarte. Por desgracia, lleva décadas teniendo que ejercer ese rol ante mi padre, en mi defensa, en la de sus propios padres, en la de su hermana. Tocó ligeramente el antebrazo de su esposo, que parecía que de un momento a otro fuera a ponerse en pie y abandonar la mesa.

—Antón, tengamos la cena en paz. —La voz de mi madre fue un susurro apenas audible.

—Madre —intervino mi hermano, desviando la atención—, ¿a qué hora es el funeral?

Visiblemente aliviada por la oportuna pregunta, ella se apresuró a responder. Yo, en cambio, consideré la cuestión como un dardo envenenado. Raky se llevó los platos y sirvió el lenguado. Me concentré en el pescado, con la esperanza de que mi madre se ciñese a la pregunta, en el sentido más estricto, sin entrar en detalles que pudieran perjudicar mis intereses. Todavía no le había contado a Xabi todo lo relativo al funeral y no quería por nada del mundo que se enterase en ese momento.

Como cabía esperar, la locuacidad de mi madre pudo más.

—El funeral es a las once y media, así que debemos salir de aquí sobre las nueve si queremos llegar a tiempo. Ten en cuenta que hasta Zarautz por lo menos tenemos hora y media, eso, confiando en que no haya mucho tráfico.

El tenedor de Xabi se desplomó sobre el plato, yo ni siquiera me atreví a levantar la cabeza. Con el rabillo del ojo, observé cómo tensaba la mandíbula. ¡Había dicho la palabra prohibida: «Zarautz»!

Mi madre decidió que era un buen momento para mantener una distendida conversación, así que, mientras troceaba el pescado, intervino de nuevo:

—Bueno... ¿y hace cuánto que os conocéis?

—Seis meses —me apresuré a responder yo, temiendo que después de la noticia bomba de que el funeral sería precisamente en Zarautz, mi «novio» tuviera una

reacción negativa.

—Se nota. —Mi padre volvió al ataque, sonriendo con sarcasmo.

—¿Por qué? —Dejé el tenedor y me incliné hacia delante—. ¿Por qué se nota?

Él masticó despacio, me ignoró y volvió a mirar a Xabi.

—Se nota que no conoces mucho a mi hija. Para tolerar sus ideas libertinas —siguió—, hay que ser un calzonazos.

—¡Pues ni lo uno ni lo otro! —le grité—. ¡Deja ya de buscar bronca conmigo, ¿vale?!

Y mientras podía sentir que su satisfacción iba en aumento, me arrepentía de haber metido a Xabi en aquella insostenible situación.

—¿Lo ves? —Mi padre volvió a dirigirse a él—. A esto me refería. Le dije a mi esposa que tenía curiosidad por conocer al hombre que lograra soportar sus prontos, aguantar su genio...

Me sentí derrotada y agaché la cabeza dispuesta a acabar cuanto antes con toda aquella farsa.

—Verás, tienes razón —admití finalmente, mientras sentía que mi fingido novio giraba la cabeza para mirarme—. La verdad es que él no tiene por qué aguantarme. Joder, ya está bien. ¿Queréis la verdad? Pues os la voy a decir: la verdad es que Víctor no es...

—¡No! No lo soy, no... No tengo por qué aguantarla, pero quiero hacerlo... —me interrumpió él de pronto, impidiendo que destapase la mentira—. Porque, bueno, porque me gusta tal como es.

—¡Qué bonito! —Mi hermano aplaudió tres veces a cámara lenta, con su irónica sonrisa—. Esto sí que se va pareciendo cada vez más al *Romeo y Julieta* de Shakespeare. Emocionante, hermana.

Mi padre le rio la gracia entre dientes.

—Vale, muchacho. Al menos, Romeo, veo que no eres un pusilánime... —admitió luego, alardeando de su estúpido sentido del humor.

—¡Joder! Se llama Víctor, no Romeo —protesté.

—Va, Julieta... —intercedió mi madre con desgana.

—Deja de llamarme Julieta; de hecho, lo odio. Mi nombre, el que tú me pusiste, es Julia... ¿Está claro? Ni él Romeo, ni yo Julieta.

—Brindemos —sugirió mi madre poniéndose en pie—. Vamos, un chin-chin todos.

Miré a Xabi con agradecimiento.

—Por el amor —propuso teatralmente mi hermano, con una mano en el pecho y la otra sujetando la copa al frente.

El único que no se incorporó fue mi padre, simplemente ladeó un poco su copa antes de beber.

—Por cierto, madre —Alfonso le pasó la mano por los hombros confidencialmente—, habrás pensado en dejarles a los tortolitos nuestra suite principal, ¿no?

Y le guiñó un ojo.

—Vaya cogorza está pillando —le susurré a Xabi, mientras nos sentábamos de nuevo.

—Claro que sí —contestó mi madre y se volvió hacia mí—. Ya le he dejado dicho a Raky que os prepare el cuarto.

Aquel timbrazo prolongado, ya en los postres, nos hizo levantar la vista del plato al unísono. Mi corazón se desbocó totalmente. Lorena y el verdadero Víctor aparecerían de un momento a otro por la puerta acristalada y entonces... ¡fin de la farsa!

—¡Ya está aquí Lorena! —predijo mi madre con inusitada alegría.

Oí los pasos ligeros de Raky por el pasillo y ella se puso en pie al mismo tiempo que yo, ante la mirada desaprobatoria de mi padre.

Mi obsesión, mi único objetivo era llegar antes que nadie para abrir la puerta. Era una situación límite. Si hubiese habido un modo, por muy disparatado que fuese, de evitar que mi amiga entrase por aquella puerta con mi exnovio... juro que lo habría intentado. Sólo unos segundos me separaban del caos total, así que reaccioné con tal rapidez que me lancé a abrir, desplazando con mi cuerpo a Raky.

—¡Abro yo! —grité como excusa.

Mi primer sentimiento al tener a Lorena delante, con aquella estúpida sonrisa fingida, fue de auténtica rabia. La eficiente Raky desapareció deprisa, mientras oía acercarse a mi madre. No había tiempo que perder. Simulé darle un beso en la mejilla y le susurré al oído:

—No hay tiempo para explicaciones, tienes que seguirme el juego. Y no intentes nada raro... ¿entendido?

—Escucha, Julia, yo...

—¡No! No hay tiempo... Veas lo que veas, sígueme el rollo. Nadie sabe...

—Lorena... —nos interrumpió mi madre con efusividad, yendo a su encuentro—. Deja que te vea. —Y retrocedió dos pasos sin soltarla del brazo, para mirarla de arriba abajo—. Pero ¡qué rubia y qué guapa!

—Siento lo de la tía Pilar... —La voz de mi amiga fue apenas audible.

Avanzamos hacia el salón y me fui a mi sitio. Alfonso se limpió con la servilleta y se incorporó para darle dos besos.

La recién llegada saludó a mi padre y paseó la vista con rapidez hasta reparar en mi acompañante. Me contempló asombrada, o puede que impresionada, y yo le devolví la mirada, con la respiración contenida, muy seria, en señal de advertencia.

—¡Ostras! ¿De quién es el pedazo de moto que hay ahí fuera? ¿Es tuya, Alfonso? —preguntó.

—Es de Víctor —me adelanté—. Ya te dije que tenía el coche en el taller.

—Pero... siéntate, por Dios, Lorena. ¿Qué haces ahí de pie? Ponte cómoda, hija. ¿Has tomado postre? ¿Te apetece una fruta, una infusión, un helado quizá? —Mi madre y su locuacidad una vez más salvaron la tensa situación.

—No, gracias, ya he cenado en casa de mi tía.

—Claro, ¿y cómo se encuentra? Desde la operación de la pierna, la pobre no ha levantado cabeza. Realmente, tiene una voluntad de hierro esa mujer, y fíjate que no quiere que la ayude nadie... Ahora que ha muerto su prima, prima política, si se puede decir así... —De repente se volvió hacia mí—. Julieta, ¿sabías que tu tía Pilar, mi hermana, era prima del padre de Lorena?

Negué con la cabeza sin más y me metí un gajo de mandarina en la boca.

—Bueno, realmente siempre ha sido tan diferente a toda la familia, siempre tan disparatada, tan especial... —Nadie se molestó en hacer comentarios al respecto y de pronto, por algo que le vino de súbito, mi madre se giró hacia mi amiga—. Estarás al tanto quizá, sí, te lo habrá contado tu padre... aunque fue hace muchos años, cuando tus abuelos tenían todavía aquellos viñedos en la parte alta. ¿Sabes lo que ocurrió,

Lorena? Fueron a juicio y todo por un pedazo de tierra... por media hectárea... Vamos, una pequeñez... pero en aquellos tiempos...

—Carmen... —advirtió mi padre, condescendiente, para que no siguiera divagando.

Me sentía observada por Lorena. Una situación incómoda que debería soportar al menos un día más.

Y mientras terminábamos de cenar, no pude evitar darle vueltas a cómo había cambiado todo.

Me parecía conocerla desde siempre, pero ahora veía a una Lorena distinta. No sé por qué, al mirarla allí tan modosita, tan rubia, tan mona, me chocó que fuera la misma que llevé a casa potando la primera vez que se metió coca. Habían pasado de eso unos siete años, por lo menos. Habíamos vivido tantas cosas juntas...

Ella fue quien me pasó el primer porro. Recuerdo perfectamente cómo fue. Había que celebrar algo y vino a mi casa con unas pintas que te cagas.

Hacía calor, era una noche de pleno agosto. Llevaba un top que dejaba el ombligo al aire y unos pantalones, tipo *leggings*, que marcaban todo, y cuando digo todo es todo.

Total, que ella lo había dejado con un tío del que ni recuerdo su nombre, pero creo que lo apodaban «el mangui».

Creía que la había dejado preñada, porque, según él, se había roto el condón y, según ella, el muy gilipollas no había sabido ponérselo bien, se le quedó a mitad del «cacharro», se debió de ir enrollando con tanto mete-saca y la goma apareció espachurrada entre las sábanas.

A mí me dio por reír cuando me lo contaba así.

—Joder, no te desgüeves, tía, que no me viene y estoy acojonada —me dijo por teléfono a las nueve de la noche—. Pa mí que el muy capullo me ha dejao preñada.

Lorena nunca había sido muy fina hablando, ni yo tampoco, pero en esa época de los diecinueve o veinte era lo más basto y choni que te podías echar a la cara.

—Que no, Loren, que será un retraso.

—Que no, Julia, ¡me cago en todo ya!, que esta mañana después del café he potao hasta las putas letras de las galletas María.

El caso es que se vino a mi casa, porque ella estaba viviendo todavía con «sus viejos».

Para colmo, acababa de quitarse hacía dos días un *piercing* que se le había infectado... precisamente ahí. Ya le dije que no era buena idea, pero en esa época Lorena estaba más loca que una cabra en patinete.

Total, se vino con esas pintas y una botella de agua rellenada con ginebra y cola bajo el brazo.

—Por si hay que coger una cogorza, pa celebrar lo que sea.

Yo me puse a investigar por internet todo eso de los síntomas a ver si salíamos de dudas. Cuando le abrí la puerta y la vi, casi me da algo.

—Joder, tía, la hemos liado parda. Como esté preñada, mi viejo me saca de casa por las orejas. Encima ahora que lo he dejado con éste... —ése fue su saludo.

—¿Lo has dejado? ¡¿Otra vez?! ¿Y ahora...? Joder, tía.

—Que se joda, que no me hubiera preñado.

Lorena y sus disparatadas conclusiones. Nunca he conocido a nadie con tan poca lógica y sentido común.

Por aquel entonces, yo estaba sola, porque mi compañera de piso se había vuelto a su pueblo por vacaciones. Así que teníamos la casa para nosotras.

Me fui a la cocina y empecé a buscar en el armario de arriba. Ella seguía sin parar de quejarse y refunfuñar hasta que me gritó.

—¿Se puede saber qué coño estás haciendo, Julia? ¿No me oyes o qué?

Estaba buscando un bote, un frasco o algo parecido.

—Joder, colega, que estoy echa una mierda y tú ni puto caso —se quejó.

—Lorena —me volví por fin hacia ella—, que vamos a hacer un test casero para ver si

estás o no.

Se puso más pálida que la cera.

—No, no, no, no, no, no, no. —Los pendientes de aro bailaban de un lado a otro al compás de su cabeza—. Ni de coña.

—No tengo frascos limpios, pero aquí hay uno de mermelada. Bien fregado puede servir.

—Ni de coña, tía. No tengo hambre de nada.

La cogí por los hombros, ya cabreada, después de dejar el bote sobre la mesa.

—Mira, tía, no me da la gana de pasarme días escuchándote que si estás o no preñada, que si potas el café o las magdalenas, que te corren culebrillas raras por la tripa, que si esto o lo otro...

Se puso toda seria, bajó la cabeza a punto de hacer pucheros como una cría y supe que tenía que tomar el mando de la situación.

Tiré los restos de mermelada y fregué el tarro hasta que quedó decente. Ahora vendría lo bueno, porque Lorena no tenía ni puñetera idea de en qué consistía.

—Necesito una muestra —le dije como si fuera una experta, después de ajustarme los guantes de fregar.

El caso es que casi me da algo cuando cogió el frasco y se inclinó hacia delante, se metió dos dedos hasta la garganta y empezó a toser como una foca.

—Pero... ¿qué haces?

Le quité el bote de la mano.

—Nada, tía, que no voy a poder potar en el frasco.

Me dio un ataque de risa bestial y ella se fue al baño a encerrarse con un cabreo del quince. Luego le expliqué que había visto en internet que había un truco casero, al que le llaman «el test de la abuela».

—Venga, tía, que ya no me río. Tienes que mear dentro del bote, mañana cuando te despiertes.

Salió del baño y me arrancó el frasco de la mano.

—Yo meo ahora, no puedo esperar a mañana.

Y se volvió a encerrar, dándome con la puerta en las narices.

Se pasó los siguientes veinte minutos fumando y dando vueltas por la cocina, abriendo y cerrando la puerta de la nevera, donde se suponía que el bote tenía que enfriarse.

Me acuerdo de que me apoyé en la puerta del frigo para que no la abriese más, porque si no el resultado no nos serviría.

—La madre que te parió, Julia. Que ya han pasado treinta minutos, abre la nevera y mira el puto pis.

—Te me relajas, tía..., que queda media hora.

Y entonces fue cuando se lio el porro. Había conseguido que yo estuviera de los nervios y me lo pasó después de darle una calada que le debió de llegar hasta el esternón. Abrió el armario y sacó dos vasos, que llenó hasta arriba del combinado que había traído en la botella de agua. No teníamos hielo, así que, sin más, bebimos y brindamos por nosotras.

No sé si fue el porro o los dos cubatas, pero algo me revolvió el estómago, y con ésas llegó el momento de buscar «una nubecilla blanca» en la superficie del líquido del frasco.

Con la nariz pegada al bote, que sujetábamos al contraluz de la bombilla, bastante borrachas, una al lado de la otra estuvimos unos minutos en silencio, buscando la señal esa del truco de la abuela.

—Julia..., ¿tú vez la nubecilla o no?

—Joder, Loren, no lo muevasss tanto, que se va a caer el pis en el cubataaa...

En un momento dado, tras llegar a la conclusión de que mi amiga no estaba embarazada, se puso muy seria, para jurarme su amistad eterna.

—Graciaz, tía, por ayudarme y por todo... eres la mejor amiga que se puede tener...
¡joer, ¡eres la hostia!

Reímos, lloramos durante horas, nos comimos unos salchichas frankfurt frías y pusimos a los tíos a parir. Bueno, a los tíos y a la zorra de Vanessa..., la más choni de todas las chonis, lo peor de lo peor y más fea que el culo de un mandril.

Y ahora... allí tenía a una Lorena bien distinta, la que se acostó con mi novio, la que me mintió, frente a frente, en la mesa del salón de mis padres, desviando mi mirada asesina.

Volvió a sonar el teléfono de nuevo. Raky se aproximó a mi madre y le informó de la llamada.

—Disculpad de nuevo, este funeral es una auténtica locura...

Ceremoniosa, elevó los ojos al cielo y juntó las palmas de las manos. Y fue ahí cuando me di cuenta de que se había hecho la manicura francesa. Un dato curioso, nunca dejaría de sorprenderme.

Apesadumbrada, bajó la cabeza y luego desapareció con rapidez, mientras mi padre bufaba, meneando la cabeza con resignación. Después, dio por concluida la cena, dobló con excesivo cuidado la servilleta en cuatro pliegues exactamente iguales y se sacó del bolsillo de la camisa un puro.

—Bueno... —se incorporó—, según dicen las malas lenguas, ya hemos cenado.

Alfonso nos miró directamente antes de levantarse de la mesa.

—¿A alguien le apetece un chupito? ¿Romeo, Julieta, Lorena?

Lo iba a mandar a tomar por el culo, pero me mordí la lengua.

Lo único que de verdad me apetecía era salir de allí como fuera. Nos levantamos los cuatro para dirigirnos al porche. Yo sólo pensaba en que necesitaba acabar con todo aquello.

Sin previo aviso, sentí el brazo de Xabi rodeándome la cintura en lo que parecía un gesto de lo más común entre novios, pero que a mí me hizo dar un respingo. Lo contemplé asombrada y me puso un mechón detrás de la oreja. Como si fuera a besarme, se acercó hasta que sentí su aliento en mi oído.

—¿Podemos hablar a solas un momento?

Ese tono tan grave, tan serio, me hizo recordar la causa: ¡Zarautz!

Asentí.

—Ahora volvemos, ¿vale? Tengo que hablar con Víctor...

—¿Ya? —Alfonso se echó a reír a carcajadas—. ¿No podéis esperar? Imagino que vais a echar uno rapidito, ¿no? —Y volviéndose hacia Lorena—: Anda, vamos a tomarnos ese chupito, que éstos ya están impacientes por estrenar la cama.

Subimos la escalera deprisa.

Nada más cerrar la puerta, me preparé para la tormenta que se avecinaba. Nunca, en el corto período de tiempo que habíamos pasado juntos, lo había visto tan molesto.

—¡¿Qué cojones significa que el funeral es en Zarautz?! Tú lo sabías, ¿verdad? —Y acto seguido bufó, se pasó la mano por el pelo, volvió a gruñir y dejó la mano apoyada en la cadera.

—Oye... ¡a mí no me grites así!

Arqueó las cejas y abrió los ojos, incrédulo, de par en par, como un aviso. Desde luego, no, no era el camino.

—Vale, lo siento —empecé bajando la mirada, pero acto seguido recordé que no podía tirar la toalla—. Bueno, ¿y qué si es en Zarautz? ¿Qué querías que hiciese? No podía arriesgarme...

—¡¿Que no podías arriesgarte?! —refunfuñó y a continuación negó con la cabeza, soplando, con una media sonrisa de sarcasmo—. Julia, hemos huido de Zarautz, y lo sabes. Me está buscando la policía.

—¡Nadie nos va a ver, vamos a un funeral en un puñetero cementerio! —me defendí.

Empezó a andar de un lado a otro de la habitación, como un animal enjaulado, tocándose alternativamente la barbilla y el pelo.

Y en ese momento, dos golpecitos en la puerta de mi habitación llamaron nuestra atención.

Nos miramos.

—¿Se puede? —Era la voz de Raky—. Vengo a buscar los trajes del funeral para planchar.

—Pasa, pasa... Nosotros ya bajamos, he subido por la chaqueta.

La prudencia de mi querida Raky siempre había sido uno de sus puntos fuertes. Por eso, y por su aguante y su infinita paciencia, llevaba treinta años en la casa. Desde que yo era una cría. Muchas veces, cuando empezaba la adolescencia, encontraba algo de comprensión en su mirada, justo en el momento en que me hacía falta.

Una vez instalados confortablemente en el porche, aunque yo desde luego padecía de una rigidez constante y era lo menos similar a una postura cómoda, empezaron los «clásicos», que me recordaron que en casa de los Lasarte todo seguía tal como lo dejé. Mi padre exhalando bocanadas de humo de su puro, anillos perfectos al viento, mientras apuraba su brandy Conde de Garvey servido solo, en copa de balón de cristal fino. Mi madre, que acababa de dejar el teléfono, sostenía en la mano su copa con «un dedito de vodka y todo lo demás soda». Mi hermano se sentía como pez en el agua sirviéndonos champán a Lorena, a «Víctor» y a mí, mientras mi madre se disculpaba por no acompañarnos con el champán, porque le producía ardores.

Así que, una vez que todos tuvimos nuestra copa en la mano, llegó el turno de los temidos brindis, a los que el pijo de mi hermano nos tenía mal acostumbrados.

—Propongo un brindis por la pareja, porque Víctor logre aguantar a mi hermanita la prófuga...

—¡Alfonso! —le replicó mi madre entre risas, levantando la copa—. Eres incorregible.

—Y volviéndose hacia Xabi, matizó—: Siempre, desde niños, ha sido el más bromista de los dos. Le gusta chingar a su hermana, pero en verdad siente debilidad por ella, te lo aseguro.

—Sí, debilidad va a sentir como no se calle, porque un día juro que le partiré las espinillas —dije, antes de beberme la copa de champán de un trago.

—¡Julieta! —me reprendió mi progenitora sin mucho énfasis.

A punto de terminar con los típicos tópicos, me empecé a temer lo peor. Llegaba el momento crucial de la velada. Acabado el socorrido tema de las bebidas y del tiempo, Xabi y yo pasaríamos a ser de nuevo el centro de atención. Me serví otra copa de champán y rellené la de él. Ni me fijé si Lorena tenía la suya vacía. No me importaba.

—Alfonso, sírvele a Lorena un poquito más de champán, ahora vendrán los dulces para acompañar.

En efecto, Raky se asomó empujando el carrito plateado con varias bandejas pequeñas de frutos secos y bombones. Me hizo un guiño y se retiró. Sabía que yo era la única a la que le apasionaban los frutos secos, en especial los pistachos, y generalmente se olvidaban de que no soportaba aquellos bombones suizos que un paciente le venía regalando a mi padre desde que yo tenía uso de razón.

—Víctor, coge un bombón Donelly, son una maravilla. —Y mi madre acompañó la sugerencia con el gesto, tomando uno para ella con envoltorio verde—. Pero bueno, contadnos... ahora que ya estamos relajados... ¿cómo os conocisteis?

Nosotros nos miramos tratando de aparentar naturalidad, Xabi me cogió de la mano y yo se la apreté, siguiendo nuestra señal gestual para indicarle que empezaba yo. Llamadme desconfiada, pero tenía pánico a que tirase la toalla después de la bronca por haberle ocultado que íbamos a Zarautz.

—Bueno, mamá, nada original. Lo típico, nos conocimos en un bar, un amigo común nos presentó... y bueno, pues comenzamos a vernos, ya sabes.

—Sí, así fue —soltó de pronto Lorena sin venir a cuento. ¿Me estaba retando?

—Yo siempre he pensado —empezó mi madre— que todos nos fijamos en algo casi sin darnos cuenta, esa primera vez. Eso que nos lleva a elegir a esa persona y no a otra, ya me entendéis. Es curiosísimo el mecanismo del cerebro del ser humano. Sin ir más lejos, qué digo lejos... —rio de pronto y le cogió la mano a mi padre, lo que me llevó a sospechar que en la copa había más de un dedito de vodka—, si hace ya siglos que me enamoré de vuestro padre... —Bebió un traguito rápido y continuó—. Pero sí

recuerdo esa primera vez, cuando lo vi y me llamó la atención su mirada tan profunda...

—Carmen, mujer... —se quejó él un tanto cohibido.

—Que sí, que a pesar de que llevamos treinta y cuatro años casados, y aunque es un cabezota que no quiere demostrar sus sentimientos, nos seguimos queriendo como el primer día... —Cogió su copa y la hizo chocar con un gesto cómplice con la de su esposo, que maldita la gracia que le estaban haciendo semejantes confesiones en público. Luego, como si nada, mi madre volvió a mirarnos—. Si no es indiscreción, volviendo al tema y ya que estamos en familia, Víctor, ¿en qué te fijaste la primera vez, qué fue lo que te atrajo más de mi Julieta?

Me removí incómoda en mi asiento, mientras Alfonso apoyaba su copa en la mesita y se inclinaba hacia delante, con los codos en las rodillas, simulando un desmedido interés.

—¿Qué sería...? Eso me pregunto yo también, a saber qué viste en mi hermanita —se rio.

Xabi carraspeó algo antes de contestar. Observó nuestras manos unidas y subió la vista hacia mi rostro, que no podía disimular la tensión del momento.

—Su sonrisa, sin lugar a dudas. Su boca y su pelo —declaró en tono grave y pausado. Volvió a mirarme y me sonrió. Desde luego, sus palabras, su seguridad fueron tan aplastantes que no dejaron ninguna duda. Creíble cien por cien, casi tanto que por un momento me sentí complacida, orgullosa de mi sonrisa y de mi maldito pelo ondulado.

—¿Y tú, hermanita? —volvió a la carga Alfonso.

Lo miré un poco desconcertada, porque esas preguntas se salían por completo del guion que habíamos preparado. Xabi y yo no estábamos entrenados para cuestiones tan sentimentales.

—¿Yo? —Y me fijé en él, en aquel hoyuelo que se adivinaba en su barbilla, en las arruguillas que se le formaban al sonreír, como en aquel instante, en sus ojos tan claros, en aquella nariz casi perfecta, en las espesas cejas, que solía arquear ante cualquier sorpresa...

—Sí, tú. Venga, dinos, Julieta... —lo apoyó mi madre con expectación.

—En sus ojos y en su... sonrisa, no sé, en todo en general. —Y acto seguido estiré la mano para coger un pistacho.

Se hizo un silencio que casi interpreté como de duda... Realmente me preocupó no haber sido creíble, no haber sonado sincera. ¿Qué esperaban?

—A ver cuando Lorena se busca también un novio y nos lo presenta —intervino mi madre.

De haberme metido el pistacho en la boca, hubiera salido disparado como un proyectil. Pero no fui la única a la que ese comentario tan desafortunado le marcó.

Mi amiga, que hasta el momento había sido una mera espectadora, se encontraba bebiendo un traguito de champán y casi se atraganta.

—Eso, Lorena —aproveché para ponerla en un aprieto, no podía evitar devolverle un poco de sufrimiento, castigarla de algún modo por haberme quitado el novio—, a ver si encuentras pronto a un chico tan maravilloso como Víctor.

—Claro que lo encontrará, eso seguro. Con lo guapa que está... —Y mi madre se volvió hacia Lorena con una sonrisa cálida—. Ese rubio te favorece un montón... Son mechas californianas, ¿no?

—Gracias. Sí... me las hice hace una semana.

No pude evitar pensar que quizá en ese momento, al salir de la peluquería, mi exnovio había estado allí, admirando sus mechas. Y mira por dónde, unas jodidas mechas californianas la acababan de sacar del atolladero.

Sonó un mensaje en el móvil que había encima de la mesa, el de Lorena. Pensé que aquella funda de móvil fucsia debería estar prohibida, hacía daño a la vista. Pero ¿cuándo me habían cambiado a mi amiga? ¿En qué momento? ¿Dónde estaba yo

cuando sufrió esa transformación?

Debió de empezar a sentirse incómoda, porque miró su reloj y simuló asombrarse de lo tarde que se le había hecho. Yo, por el contrario, comenzaba a estar mucho mejor, puede que se debiera al alcohol, puede que al nerviosismo de Lorena al sentirse por un instante contra las cuerdas. Leyó con atención el mensaje. Seguro que se trataba de mi exnovio. Seguro que el verdadero Víctor le estaba enviando un whatsapp para ver qué tal iba todo. ¡Qué considerado!

—Cierto, no podemos olvidar que mañana tenemos que salir de aquí a las nueve si queremos llegar a tiempo. Creo que además el parte meteorológico no acompaña, habrá lluvia. Y yo... veremos si logro conciliar el sueño. Este disparatado funeral va a acabar conmigo. —Mi madre puso así punto final a la maravillosa velada.

Al levantarme, enseguida noté el efecto del maldito champán. Por un lado, un ligero ardor en el estómago y, por otro, una chispa de alegría parecían ser el resultado de las tres copas, además del lambrusco en la comida, y bueno, es que además yo generalmente bebía cerveza. Y quizá me notaba aliviada, por otra parte, al tocar a su fin la tensión acumulada por el viaje, las emociones, las presiones familiares, el nerviosismo por la farsa... Ciertamente sólo podía permitirme ese lujo de champán francés en casa de los Lasarte, y no lo iba a desaprovechar.

Nos despedimos en el porche, primero de Lorena, a la que no tuve más remedio que acercarme a mi mejilla para que me plantase los dos besos de rigor. ¡Maldita hipócrita!

Subimos la escalera en fila india, siguiendo a mi madre. Después de recordarnos ésta que debíamos despertarnos a las ocho de la mañana, me encaminé hacia mi cuarto.

—¡Julieta, pero ¿adónde vas?! —me increpó ella—. ¿No te acuerdas de que vosotros dormís en la habitación grande de invitados?

Meneó la cabeza por el hipotético despiste, y le sonrió a mi supuesto novio. Esperé hasta que entramos en la habitación y cerramos la puerta.

—Bueno... —empecé, retirando los cojines de la cama—, elige sitio.

—No tengo preferencias —dijo Xabi, aparentemente sin enfado—. Escoge tú. Seguro que prefieres el lado de la ventana.

—Vale, voy al lavabo a ducharme, cambiarme y... ya sabes. —De pronto me sentí algo estúpida, como cohibida, y, sobre todo, poco hospitalaria, así que me di media vuelta—. Perdona, iré al cuarto de baño de fuera, tú puedes usar éste.

La habitación de invitados tenía unos veinte metros cuadrados y baño incorporado. Ni siquiera me había molestado en revisar que hubiese todo lo necesario, porque nunca faltaba de nada. Así que me dirigí a mi cuarto a buscar un pijama o... algo similar para dormir.

El agua escurriéndose por mi espalda me produjo un agradable escalofrío. Hasta ese momento no me había dado cuenta de cuánto necesitaba la ducha. De todos los geles de baño, elegí el que olía a fresa, sin profundizar en mi elección. Me enjaboné y froté todo el cuerpo, antes de aclararme el pelo.

Al salir, envuelta en la toalla, me examiné en el espejo. No me sorprendió encontrar unas incipientes ojeras bajo mis ojos, después de tanto viaje y tantas emociones juntas. Sí, demasiadas emociones. Pero realmente, en el fondo, tampoco me sentía tan mal, tan hundida... y eso sí que me asombró.

Sacudí la melena y comencé a secarme, pero no como cualquier otro día para irme a dormir, sino con bastante más atención en los muslos, las piernas, las axilas... ¿Todo en orden y bien depilada? Esa pregunta también me llevó a otra: ¿por qué demonios me estaba preocupando por eso? Aun así, me perfumé el cuello antes de salir del baño.

¿Qué se suponía que iba a suceder? ¡Nada en absoluto! Sería absurdo. Quizá deberíamos dormir en habitaciones separadas, sería lo más lógico, pero entonces sospecharían. Tampoco era necesario ni siquiera rozarse, ¿no? La cama medía un

metro cincuenta de ancho y yo soy un retaco. Me quedaría pegada a mi esquina, sin dar vueltas... eso sería complicado.

Salí con la ropa arrebujada entre mis brazos, vestida con un pijama de verano corto que guardaba en uno de los cajones de mi cuarto, y me dirigí hacia la habitación de invitados.

Ya estaba en la puerta cuando me acordé de algo. ¡El puñetero vestido!

Giré sobre mis talones y volví hacia mi dormitorio. Allí estaban las dos perchas, esperando ese toque de gracia de algo que manchase mi vestido. ¿Qué podía ser? Miré a mi alrededor. Debía parecer algo totalmente accidental o de lo contrario mi madre se mosquearía.

Reparé en mi neceser, que estaba apoyado sobre el tocador. Con la barra de labios en la mano, me felicité por haber encontrado tan rápido la solución. Dos toques serían suficientes, dos precisos roces en el escote y en el hombro. Separé la prenda para comprobar si el resultado era creíble y volví a dejarla en su lugar, pero sin el plástico protector. El desastre debía verse al instante. Salí del lugar del crimen de puntillas.

Como era de esperar, Xabi estaba acostado, en el lado contrario a la ventana, boca arriba, al parecer sin camiseta y tapado con la sábana hasta el pecho. Estaba concentrado en su teléfono móvil. Irresistible.

—Voy a dejar la ropa dentro —dije y me metí en el baño.

Antes de salir, volví a echarme un vistazo rápido en el espejo, todavía algo empañado. Juraría que él ni siquiera me había mirado al pasar, puede que estuviera mandando algún whatsapp.

Eso a mí no me importaba en absoluto. Faltaba sólo un día para que toda la farsa acabase y cada uno volviese a su vida de antes.

Avancé con rapidez hacia mi lado de la cama y me senté unos segundos para quitarme las zapatillas. Tenía la sensación de ser yo la extraña en aquella casa en lugar de él.

—Bueno, voy a apagar la luz. —Me giré hacia Xabi, que ya había dejado su móvil sobre la mesilla. Lo señalé—. ¡Ah! Si no te importa... yo he puesto la alarma en el mío, pero deberíamos ponerla los dos.

—Vale, buena idea. —Se volvió y estiró el brazo para alcanzar el teléfono.

Se apoyó con el codo en la cama y dejó su bronceada espalda desnuda a mi vista. No me di cuenta de que estaba aguantando la respiración hasta que no me quedó más remedio que coger una bocanada de aire para no ahogarme. Se dio la vuelta tan rápido que me sorprendió contemplándolo.

—Ya está. —Sonrió al ver que yo hacía una mueca e intentaba disimular mirando hacia el cabecero—. Alarma conectada.

Algo me estaba pasando, y no era nada normal, por muy irresistible que fuese Xabi. Sería el alcohol, desde luego. Por muy atractivo que estuviese, debería continuar cabreada con él y, desde luego, no olvidar que gracias a su imprudencia había tenido un accidente y todo lo que vino después.

Apagué la luz y me tapé con las sábanas como si me fuera la vida en ello. Desde siempre, he tenido la manía de dormir de lado, con el brazo por debajo de la almohada y en posición semifetal.

—No imaginaba —oí que decía en la oscuridad de la habitación su voz grave a mi espalda— que se iba a repetir esta escena, de nuevo durmiendo bajo el mismo techo.

—Pero no compares esta cama de uno cincuenta con la de aquel tugurio de mala muerte, ¿eh? —salté con cierta complicidad.

—Tienes razón. —Y se echó a reír.

—Bueno, a dormir... Que descanses. —Me volví lo justo para no parecer maleducada y me acomodé, algo más relajada.

—Igualmente, buenas noches.

No podría precisar exactamente el tiempo que transcurrió hasta que lo sentí más cerca

y, desde luego, estaba casi segura de que él ya no permanecía de espaldas a mí, o sea que se había vuelto hacia mi lado, aunque ni loca pretendía tratar de averiguarlo. Yo tenía los ojos como platos y aguantaba la respiración de un modo inconsciente. ¿Y si volvía a tener otro ataque de ansiedad como la noche anterior? No, no quería ni pensarlo, ni de coña.

Noté un cierto movimiento en mi pelo, como si Xabi lo estuviera rozando. «Bueno —me dije—, no puedo estar toda la noche pendiente de sus movimientos. Voy a dormir.»

Cerré los ojos, pero mis párpados no lograban relajarse. La persiana estaba casi totalmente bajada, apenas se colaba una raya de luz. En penumbra, y con los ojos abiertos de par en par, me hallaba expectante.

—Qué bien huele tu pelo.

Y acto seguido sentí su respiración cerca, demasiado cerca de mi cuello. Eso me aceleró el corazón... Si seguía por ese camino, sería más que posible que sufriera otro ataque, y no de ansiedad, sino cardíaco.

—Gracias. —Sólo salió de mi boca la mayor estupidez que se puede decir en una situación semejante, lo sé.

Pero mi cuerpo, sin pedirle ningún tipo de permiso a mi raciocinio, ni variar de la postura inicial, se trasladó con disimulo hacia el centro de la cama. Sólo fueron unos centímetros, los suficientes como para sentir su incipiente erección al final de mi espalda.

«¿Incipiente? ¡Madre mía!» «¿Eso que estoy sintiendo es lo que creo que estoy sintiendo?», me pregunté, con la esperanza de que algo sucediese de inmediato, algo que detuviese aquella creciente ansiedad, o algo que provocase el caos total. Mejor sería pensar en otra cosa. ¿Qué tal imaginar cómo sería el funeral? Bueno, pensar en la muerte de otra persona tiene que bajar la libido considerablemente.

Y de nuevo noté muy cerca de mi cuello su respiración. Inspiré despacio. Olía a menta fresca... y sólo imaginar su boca justo ahí, a punto de rozar mi nuca, me ponía a cien.

«Bien, no me he dado cuenta —me dije—. ¿Y por dónde íbamos? Por ejemplo, ¿cuántas coronas de flores se supone que habrá en el funeral de mi tía? ¿Dos, cinco, ocho? ¿Serán muchas o pocas?»

De pronto, Xabi soltó una especie de bufido, como si tratase de controlarse, de retener toda la tensión sexual, toda la química que había surgido de repente. A la vez, sentí que separaba un poco su cuerpo y algo me decía que no por su propia voluntad. Desde luego, era evidente que estaba excitado como yo, por mucho que tratase de imaginarme en el cementerio de Zarautz rodeada de familiares y coches con coronas de flores.

Así que, sin pensarlo, me di la vuelta ciento ochenta grados y me encontré frente a él, sin apenas verle. Sentí tan cerca su respiración que se confundió con la mía y seguidamente en mi boca el calor de sus labios carnosos, su mano enredándose en mi pelo y un sinfín de sensaciones que podían resumirse en una sola: un deseo bestial, desenfrenado. Lo agarré del pelo y lo atraje con más fuerza hacia mí. No podía ni quería dejar de besarle.

Sin mediar palabra, sentimos a la vez esa urgente necesidad de arrebatarnos la ropa, y en eso fue más rápido que yo, porque, en un instante, sus manos y sus labios se deslizaban por mis pechos desnudos. Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo, que se curvaba para él pidiendo más... mientras mis manos trataban de despojarlo del bóxer que habíamos comprado aquella misma tarde.

Gemí, ronroneé, suspiré... y él se colocó sobre mí como si fuese una pluma, sin hacerme sentir su peso. Mis piernas automáticamente trataron de rodear sus caderas, atrapar su cuerpo, atraerlo hacia mí.

—Chis... —me susurró con aquella voz sensual muy cerca del oído, antes de seguir besando mi cuello—. No hay prisa...

Y pensé que iba a derretirme entre las sábanas cuando su lengua fue descendiendo desde mis pechos hasta mi ombligo, hacia el único camino sin retorno. Intuí lo que vendría a continuación y sí, lo deseaba con urgencia.

«Es bueno, muy bueno en la cama», pensé, mientras hundía mis dedos en su abundante pelo. Estiré el cuello para verle, aquello resultaba de lo más excitante. Levantó la vista entre mis piernas, sin abandonarme ni un momento. Sus ojos brillaban en la oscuridad.

«Es increíble... es...»

Si él continuaba, me sobrevendría una grandísima oleada de placer que ya ahora me hacía agarrar las sábanas, poner los ojos en blanco... Sentía que me iba... y entonces tuve como nunca la necesidad de darle todo el placer, no simplemente de corresponderle. Lo obligué a tumbarse, le acaricié los brazos, el torso, sus perfectos abdominales, su pubis con los dedos, con los dientes, con los labios, descendiendo, tal como él había hecho antes...

—Julia... para, para... un momento.

Se volvió para coger el preservativo de la mesilla y, con un hábil movimiento, se lo colocó. Debería haber disimulado durante esos dos segundos, pero no pude evitar que mi vista se quedase clavada en su miembro totalmente erecto, perfecto. ¡Imponente!

Inmediatamente después, con su seguridad aplastante, me tumbó boca arriba, me agarró de las muñecas y me subió los brazos hasta que mis dedos rozaron el cabecero de la cama. Sus pausas, su voz grave, sus acercamientos felinos, como si fuese un tigre antes de atacar a su presa... todo parecía cuidadosamente estudiado para provocarme aún más.

Volvió a mirarme los labios, antes de rozármelos con la boca. Luego se separó unos centímetros. Adiviné una sonrisa maliciosa, pícara. ¡Dios, ya no podía aguantar más! ¡No más sufrimiento, por favor, no más pausas! ¡Lo deseaba dentro ya!

—Necesitarás arañar algo... mejor el cabecero que mi espalda.

Arqueé mi cuerpo, subí las caderas y cerré los ojos totalmente entregada, preparada para dejarme llevar hasta donde fuese, sin límites.

La lengua de Xabi se deslizó por mi cuello mientras sus manos se detenían en mi cintura. Sus dedos se abrieron camino por debajo de mi espalda y, sin previo aviso, me agarró con fuerza los glúteos, los apretó y, con un suave gruñido, los alzó aún más, recreándose en su forma redondeada.

La espera para mí era insoportable, pero él parecía disfrutar excitándose, prolongando el momento.

Saber que estaba a su merced, he de confesarlo, me ponía aún más. Por otro lado, yo deseaba, necesitaba imperiosamente tocarlo, hundir las uñas en su espalda, agarrar aquel potente miembro y obligarlo a penetrarme ya... Pero su sonrisa maliciosa volvió a descolocarme durante un instante.

Sin previo aviso, adivinando mis intenciones, insistió en cerrar mis manos sobre el cabecero, apresó fuerte mis muñecas para imponer su férrea voluntad y levantó la mirada hasta mis ojos. Se quedó observándome un momento, deteniéndose en mis tetas más de lo necesario.

«¡Venga, venga...! —suplicaba mi yo interior—, ataca ya...»

Noté su respiración más acelerada y él se lanzó hacia mis pechos con ansia, con un apetito voraz. La verdad es que su lengua me perdía totalmente.

Sin soltarme las muñecas, fue de nuevo hacia mi cuello. Dos sensaciones al unísono me desgarraron por dentro: un escalofrío al notar aquel suave mordisco en el hombro y un intenso placer dentro al penetrarme por primera vez, de una certera embestida. Delicioso momento que prolongó al moverse despacio dentro de mí, sólo un instante antes de volver a salir y entrar, todavía más despacio, buscándome con su mirada felina.

—Más... quiero más... ¡no pares! —supliqué.

—¿Segura? —Aquel tono sensual me excitó aún más.

—¡Sí!

Me penetró de nuevo lentamente, haciéndome desear más. Se acrecentó mi rabia a la vez que mi deseo, así que, desesperada, solté las manos del cabecero, lo atraje hacia mi pecho y hundí las uñas en su perfecta espalda sin compasión. Gruñó como un animal herido y levantó la vista.

Los mechones de pelo le caían con desorden por la frente y terminaban en puntas que parecían atravesar sus pupilas dilatadas sobre el fondo gris azulado. Una imagen bestial, rebelde, desenfrenada, que se acentuaba en cada embestida dentro de mí. No cerré los ojos, no quería perderme su mandíbula tensa, su expresión mezcla de dolor y de placer. Empezó a moverse con más ritmo. Me ponía muchísimo esa controlada agresividad al penetrarme una y otra vez, cada avance más deprisa, más rápido, más fuerte, más adentro... mientras yo trataba de contenerme, de aguantar un poco más... hasta que mi cuerpo, mi instinto llegaron al punto de no retorno y Xabi, como una máquina, aceleró el ritmo. Con violentas sacudidas me corrí en un orgasmo tan intenso que temí perder la conciencia.

Nada más terminar me quedé traspuesta, y luego no podía dormir. Me había desvelado. Con cuidado, me volví hacia la mesita de noche y pulsé el botón inferior del móvil. Cuando se iluminó la pantalla, mis ojos parpadearon deslumbrados.

Exactamente, dos horas y treinta minutos, y yo continuaba con una media sonrisa casi alelada después del polvo con Xabi.

«Joder, ha estado increíble», pensé.

Busqué a tientas mis zapatillas para no despertarlo, me puse el tanga que había quedado en el suelo y lo primero que encontré fue su camisa. Olía a él y, abrochándomela, me encaminé rumbo a la cocina por un vaso de agua y un cigarrillo, con la esperanza de regresar con más sueño.

Bajé la escalera de puntillas, tratando de no hacer ningún ruido. En el pasillo, me sorprendió oír unos susurros procedentes del salón.

Mi madre, con el mando a distancia en la mano, dormía ante una de las reposiciones de MasterChef. Me disponía a retirarle el mando, cuando me llamó la atención un pequeño álbum de tapas desgastadas abandonado al lado de su codo izquierdo, sobre el sofá. Lo cogí con sumo cuidado y lo abrí. Fotos en blanco y negro de dos niñas sonrientes, cogidas de la mano, con uniformes de cuadros que les llegaban por el muslo, avanzando por una antigua calle empedrada. Y debajo una fecha y dos nombres: Pilar y Carmen, abril de 1964.

Posiblemente, la foto estaba tomada en el pueblo. Me fijé en mi madre y luego en mi tía, tan parecidas físicamente en la foto salvo por la altura, porque Pilar le sacaba por aquel entonces una cabeza.

No me había dado cuenta, y juraría que no sólo me había pasado por alto a mí, simplemente, todos dábamos por hecho que a ella no le afectaba lo más mínimo la muerte de mi tía, con la que ya no tenía relación. Pero todos, incluso mi madre, tenemos un pasado más o menos feliz. Me senté a su lado y pasé las páginas de esos recuerdos de otros tiempos que aún conservaba y que no compartía con nadie. Miré con detenimiento a aquella mujer de cincuenta y tantos años, durmiendo agotada con la cabeza y el cuerpo ladeados, sobre el sofá, y no pude evitar preguntarme si la conocía tanto, si realmente en algún momento de mi rebeldía natural, me había parado a pensar en todo lo que guardaba en su interior.

Cerré el álbum y me levanté. Ahora era demasiado tarde, o quizá no. Puede que volviera un buen día, o la invitase a salir un fin de semana, madre e hija. Quizá por Navidad: vuelve «la hija pródiga, la descarriada».

Seguro que ni su marido ni su hijo habían reparado en su estado de ánimo.

«Sí —me dije—, estaría bien organizar algo para las dos.»

—Mamá —le toqué despacio el brazo para despertarla sin brusquedad—, te has quedado dormida.

Aun así, abrió los ojos alarmada y se reincorporó confusa.

—¿Qué pasa? —Me miró desconcertada—. ¿Qué hora es? ¿Me he dormido? ¡Madre mía!

—Tranquila, vete a la cama, son casi las tres de la madrugada. Yo voy por un vaso de agua. Ya apago la televisión. Y trata de descansar.

Apoiada en el pasamanos de la escalera, subió hacia su cuarto con los ojos semicerrados.

No me molesté siquiera en abrir la nevera, dejé correr el agua y llené un vaso. Me encendí el cigarrillo y aspiré profundamente.

Me apetecía tener mi momento de placentera intimidad, con aquel agradable silencio de la noche, participando de la oscuridad y la paz después de...

«Xabi.»

Su nombre me vino a la mente, respiré hondo y expulsé el aire poco a poco con una sonrisa. Parecía que lo conociera desde hacía más tiempo. Habían sido dos días muy intensos, una de esas aventuras que ya nunca se olvidan.

Posiblemente alguna vez volveríamos a vernos, coincidiríamos, pero no como la primera vez. Meneé la cabeza divertida, pensando en su chupa de cuero y el golpecito en el cristal del coche de Víctor.

«¿Vas a salir del puto coche o piensas quedarte ahí toda la noche?» Ésa había sido su primera frase, las primeras palabras que me había dirigido. Desde luego, nada predecía que aquello fuese a transformarse en una pasión desbordada...

De pronto, allí en la cocina, oí que alguien cerraba la puerta a mi espalda y después me agarraban por detrás unas manos fuertes. Sus dedos se cerraron sobre mi cintura.

—¿Qué haces aquí a oscuras y descalza, eh? —susurró en mi oído, pegándose peligrosamente a mi espalda.

—¡Joder, Xabi, qué susto me has dado! —lo reñí, volviendo la cabeza.

—Chis, Víctor, Víctor —me recordó su falso nombre, ante mi despiste.

Sin previo aviso, sus manos se colaron por debajo de la camisa y agarraron con fuerza mis caderas.

—Ehhh...

Con un brusco movimiento, me empujó contra la mesa de la cocina haciendo que me doblara hacia delante. Levantó los faldones de la camisa y de un tirón separó la tira del tanga. Impresionada, no reaccioné.

Noté cómo pegaba su cuerpo al mío. Después, me deleitó con un gruñido cálido recorriendo mi cuello.

—Para, para, Xabi... pueden venir y...

—Eso aún me pone más...

—Vamos a la cama, mejor... —intenté, sin fuerzas para oponerme.

Me propinó un inesperado azote en el culo, a la vez que me susurraba al oído:

—De eso, nada. Te quiero follar aquí y ahora...

Esas palabras ejercieron un efecto inmediato sobre mí, provocándome una oleada de calor y excitación.

Tuve el tiempo justo de apagar el cigarrillo, porque me separó rápidamente las piernas con una rodilla, dejándome del todo expuesta a su voluntad. Traté de levantar el cuello y volverme hacia él para protestar, cuando apoyó la mano en mi nuca, obligándome a agacharla y bloqueándome, para que me estuviese quieta. Por alguna razón, eso me empezó a excitar mucho más.

Cuando mi cara quedó aplastada contra la mesa, con una de sus manos sujetándome, caí en que, con la otra, estaba agarrando su pene erecto y acercándolo a mi espalda. Descendió y lo frotó despacio en mi abertura, a la vez que su mano se abría paso por la parte delantera de la tela del tanga.

Me desarmó totalmente cuando uno de sus dedos comenzó a acariciar mi clítoris en pequeños círculos. Suspiré sobre la mesa. Estaba por completo húmeda, al notarlo fuera de sí.

—Joder, cómo me pone tu culo... no aguanto más.

Y, sin más palabras, me embistió desde atrás con fuerza. Fue una sensación vibrante, que me dejó por un momento sin respiración. Después se movió, sacando y metiendo despacio la punta, jugando con su miembro dentro de mí, manoseando mi culo a placer. Se notaba que disfrutaba con la visión que yo sólo intuía desde mi posición, y que me hacía ponerme a mil: me veía a mí misma medio tumbada sobre la mesa, con las caderas desnudas levantadas y expuestas a él, pero lo mejor de todo: imaginar a

Xabi, con su perfecto torso al aire, agarrándose por detrás, hundiendo sus dedos fuertes en cada cachete de mi culo y penetrándose a su antojo una y otra vez.

Gruñendo en cada embestida como un salvaje, imprimió más ritmo, empezó a empujar más rápido en cada movimiento, hasta que mis piernas comenzaron a temblar. Con los ojos en blanco y balanceándome a la vez que la mesa, que golpeaba rítmicamente contra la pared, llegué a ese punto en que no aguantaba más. Me iba a venir un orgasmo bestial.

Él se dio cuenta de que iba a correrme y echó el resto: clavó con fuerza hasta dentro su potente miembro, al tiempo que la palma de su mano se cerraba en mi pubis y sus hábiles dedos daban un vertiginoso y exquisito masaje en mi clítoris. No pude evitarlo. Grité sin poder contenerme, entre continuos espasmos, agarrada a los laterales de la mesa. Él bramó y retiró su miembro, terminando fuera de mí.

Después de limpiarme con algo que identifiqué como un pañuelo de papel, me recolocó el tanga y me bajó los faldones de la camisa, mientras yo trataba de acompañar mi respiración y reponerme.

—Venga, ahora sí. Vamos a la cama. —Y añadió—: A dormir.

—Joder, claro que a dormir... —Me incorporé y me di la vuelta riendo. Miré su pelo totalmente salvaje y levanté una ceja.

—Vale, vale. —Levantó las palmas de las manos en señal de inocencia—. No pensaba en otra cosa. Lo dices como si...

—¿Como qué? —me defendí sacando pecho.

Sonrí de medio lado con picardía y miró justo hacia mi escote abierto.

—Como si no te... hubiera gustado —me provocó, dejando una leve interrogación en el aire conscientemente.

—Joder... —Saqué un cigarrillo, lo encendí con mano aún temblorosa y di una calada profunda—. ¡Ya te digo! ¡Ha sido bestial!

—Bueno... —Sin apartar la mirada del inicio de los botones de su camisa, resopló hacia su flequillo—. Mejor será que suba. Si sigo aquí, no creo que pueda contenerme...

Me eché a reír y moví la cabeza, incrédula.

—¡No me provoques, Julieta!

—No me llames Julieta, lo odio y lo sabes.

Se apoyó de espaldas en la encimera, semisentado, sonriendo, y cruzó las piernas y los brazos después de echarse el pelo hacia atrás con aquel gesto irresistible tan suyo.

—Por cierto... —empecé intrigada—, ¿tu apellido de verdad es Romeo?

—¿Tú qué crees? —Sonrió de un modo erótico.

—Que te pega bastante...

—Eso dicen. —Y me miró de arriba abajo—. Pero vamos... en la cama soy mejor que el de Julieta, ¿o no?

En esos momentos me hubiera lanzado a su cuello para comérmelo y volver a empezar de nuevo, pero por alguna razón sabía que tenía que mantenerme como la chica dura y rebelde de siempre, aun a costa de... perderle.

—Bueno, no ha estado mal.

Me fui hacia la puerta, dándole la espalda y aguantando la risa. Inesperadamente, avanzó un paso, me atrajo por la cintura y me dio un pellizco en el culo.

Impaciente, miró su reloj por tercera vez en dos minutos. Mi madre iba como loca de un lado a otro, sin parar de darnos órdenes a Raky, a mi hermano y a mí: que si había colocado los trajes con suficiente espacio, que si ya estaba todo en el maletero, que si nos habíamos acordado de meter también la ropa del día siguiente, que si los de la funeraria no habían llamado para confirmar lo de la hora de salida, que si se habría acordado de decirle a todo el mundo que la ceremonia no se celebraba en la capilla, sino en los jardines de la casa que había alquilado para el evento, frente a la impresionante playa de Zarautz... Nos estresaba a todos. Incluso Xabi, que siempre estaba tan tranquilo y seguro de sí mismo, había comprobado varias veces el depósito de gasolina de su Yamaha y se metía la mano en el bolsillo de la cazadora para asegurarse de que llevaba las llaves y la cartera. Mi padre, que ya no aguantaba ni un minuto más, cerró el maletero de su Audi Berlina gris plomo y se metió en el coche.

—Un segundo... —pidió mi madre, ya con la puerta del copiloto abierta, volviendo sobre sus pasos.

Xabi me estaba pasando el casco para que me lo pusiera.

—Casi se me olvidaba, Julieta. Tranquila por el vestido, esta mañana Raky ha solucionado lo de las manchas de carmín y lo ha vuelto a planchar. Está perfecto.

Sólo pude tragar saliva al recibir la sensacional noticia. Mi madre se dio la vuelta para ir hacia el coche, pero se volvió hacia nosotros una vez más.

—Víctor, conduce con cuidado. Procurar ir detrás de Antón, pero si nos despistamos, acordaos de dónde nos encontramos...

—Que sí, madre. —Puse los ojos en blanco—. Lo llevamos anotado. La casa de la playa, que sí...

—Tranquila, iremos con cuidado —prometió Xabi.

Acto seguido, mi hermano se metió en el coche con mis padres y se pusieron en marcha.

—Vaya, qué suerte, otra vez tienes el vestido limpio... —ironizó Xabi riendo.

—¡Muy gracioso! —repliqué—. Bueno... ¿preparado? —le pregunté, bajándome la visera y abrochándome el casco.

—¡Qué remedio! —contestó, antes de pisar el acelerador.

Sonreí y me agarré con fuerza a su cintura. Se volvió hacia mí.

—Vaya, ya te agarras con más confianza. Me ha costado lo mío... chica dura.

Miré hacia el cielo encapotado, con nubes bajas. No llevaba ropa apropiada para la lluvia, así que confié en que al menos durante el trayecto de ida se mantuviese así. Porque, aún no habíamos hablado sobre el «después». ¿Se marcharía tras el funeral? ¿Sería aquél mi último viaje en su moto? Probablemente todo terminaría en Zarautz y Xabi regresaría en su Yamaha. ¿Todo quedaría en una anécdota curiosa para recordar?

Espantada, traté de ahuyentar todos esos pensamientos que no venían a cuento. Una noche de pasión y sexo sin más no debía confundirme, porque para los dos estaba claro que sólo había sido eso, nada más. Pura química.

Llevamos delante el Audi gris plomo de mi padre hasta que salimos a la autopista.

De pronto, Xabi pisó el acelerador y se inclinó hacia delante al tiempo que me indicaba que me agarrase fuerte. Rebasamos el coche de un tirón y yo ladeé la cabeza hacia su espalda para protegerme del viento.

¿No era muy curioso? Cómo se habían desarrollado los acontecimientos para que, al final, se repitiese todo: otra noche juntos, idéntico viaje, el mismo trayecto. Sólo dos

días se habían convertido en un intenso maratón de sensaciones encontradas, de circunstancias únicas y situaciones límite.

El cartel que encontramos de frente me sacó de todos esos pensamientos. Pasamos por debajo de él camino de la nueva aventura:

FRANCIA
FRANTZIA
VITORIA-GASTEIZ
DONOSTIA
SAN SEBASTIÁN

A continuación, paramos en el peaje. Xabi se quitó los guantes y metió la mano en el bolsillo de la cazadora para sacar el dinero.

Se volvió hacia mí y se levantó la visera.

—Julia... —empezó con tono solemne, mientras esperábamos nuestro turno detrás de un Ford Fiesta rojo.

—¿Qué?

—Si algo se torciese al llegar a Zarautz, si tuviera que salir huyendo de repente...

—¡Eso no va a pasar! —protesté.

—¡Escúchame! —me ordenó, pasándome un papel doblado—. Es mi dirección real y mi teléfono.

—Pero... —agarré el papel, confusa—, pero eso no...

—Puede que no, pero por si acaso. Ahora soy un fugitivo, lo sabes. —Adelantó la moto un poco y se volvió de nuevo, mirándome a los ojos—. Procura no perderlo, ¿vale?

Bajé la cabeza asintiendo apesadumbrada y se dio cuenta.

—¡Eh! —Y con una mueca graciosa me levantó la visera para mirarme—. ¡No te olvides! ¡Que me debes los quince mil!

Nada más pagar el peaje, aceleró rápidamente.

¿Cómo iba a ocurrir algo así? No sería justo, desde luego. Había sido tan egoísta como para meterlo en semejante marrón, para llevarlo a la boca del lobo, a un callejón sin salida. Pero por otro lado, a mí tampoco me quedaba otra alternativa, ¿no?

Los nervios empezaban a apoderarse de mí, y esta vez por él, por cómo concluiría todo aquello. ¿Qué importaba si mis padres descubrían mi mentira? ¿Acaso eso podía compararse con que detuviesen a Xabi al entrar en Zarautz? Viajaba con un delincuente, así que todo podía ser.

Un fugitivo que acababa de confiar a ciegas en mí, que me había dado su número de teléfono y su dirección sin pedir nada a cambio. Bueno, los quince mil... pero eso era una excusa y los dos lo sabíamos. Seguro que mi tía Pilar me dejaba alguna viña como mucho, y mi parte de la casa del pueblo. ¿Qué podía tener más? Si apenas habíamos sabido nada de ella en los últimos años.

Sant Lorenzo, Belabieta, Oindolar... y ahí Xabi disminuyó la velocidad considerablemente.

—Un radar —anunció.

Sentí un pinchazo agudo sin saber por qué y de pronto caí en la cuenta: allí no conocían su moto, la otra vez íbamos en el coche de Víctor. No iba a ocurrir nada.

En ese momento, al llegar a la altura de Bilbao, empezaron a caer minúsculas gotas de agua, un fino sirimiri que prometía un día tan gris como mis reflexiones, que vagaban de un lado a otro de mi mente resacosa.

Sólo faltaba la sucesión de curvas que encontramos al meternos por la nacional que nos llevaría a Zarautz. Señalizaciones de aviso de peligro por curva a la derecha, a la izquierda, y límites de velocidad de cincuenta kilómetros por hora hicieron mucho más pesada esa parte del trayecto.

—¿Estás bien? —me preguntó Xabi casi gritando, al llegar a una rotonda donde se detuvo unos segundos—. En cuanto atravesemos Orio, hasta Zarautz tenemos otro

cacho de unos dos o tres kilómetros de más curvas.

Resoplé y me agarré de nuevo con fuerza. Me sentía segura con él, a pesar de que yo no necesitaba a nadie que me diera confianza, eso lo tenía claro. Pero sí, podía admitir que en esa ocasión no me desagradaba la idea de que se preocupase por mí.

Estaba claro que no me veía como a una chica indefensa, y lo que más me complacía era ese punto justo que Xabi lograba mantener. De siempre, he odiado a esos tíos que te tratan como a una figura de adorno, o a los que, por el contrario, dan por hecho que eres uno más, uno de sus colegas. ¿Tan difícil era encontrar un equilibrio?

Años atrás, llegué a envidiar a Lorena en ese aspecto. Por dos razones.

La primera: había encontrado un tipo que la entendía. Soy consciente de lo extraño que puede sonar, pero así era Juan M. Un hombre con el que se podía hablar de cualquier tema, que se preocupaba por ella pero sin sobreprotegerla, que era servicial y atento sin ser empalagoso.

La segunda: que el tipo en cuestión precisamente tenía un amigo opuesto del todo a él, con el que tuve un rollo. No me atraía en absoluto él, sino la posibilidad que cualquiera desea: salir con tu amiga en parejas. Es matar dos pájaros de un tiro. La situación ideal. Sobre todo porque nunca te aburrías con ellos. J. M. era la caña.

De hecho, a los cuatro días descubrí que me gustaba más el novio de Lorena que el mío y le sugerí medio en broma medio en serio un intercambio, que como es evidente no aceptó. Así que seguí saliendo con el soso de Miguel un poco por inercia, pero cada vez encontraba más excusas para evitarle, hasta que planté cara a la realidad y lo dejamos.

Luego, atravesé una de esas temporadas en las que no quieres nada serio, nadie que te ate. Y así, dando tumbos tanto en el trabajo como en la vida personal, pasé dos años, cambiando constantemente de ambiente, de amigos, de pisos compartidos... hasta que llegó Víctor, justo cuando necesitaba un poco de estabilidad.

Sentí un escalofrío y Xabi lo notó. Su voz a través del transmisor incorporado en el casco me hizo volver a la realidad.

—¿Todo bien? ¿Tienes frío? —preguntó sin desviar la mirada de la carretera.

—Todo bien, ya queda menos. Y además vamos bien de tiempo —le aseguré.

Y ahora, por pura casualidad, me encontraba en la moto de un fugitivo al que arrollé huyendo de mi exnovio y de la capulla de Lorena, o, mejor dicho, huyendo de una realidad que me produjo unshocktan fuerte como para robar el coche de ese imbécil y ponerlo a ciento cuarenta por la autovía.

Pero allí estaba, a punto de llegar a Zarautz, de donde escapé con Xabi hacía dos días, haciéndolo pasar por mi novio en el funeral de mi tía.

Giró en la segunda salida de la rotonda: Zarautz, Bilbao.

—A ver, pásame el papel —me pidió de nuevo. Y sujetó su casco con la mano, apoyándolo en la pierna derecha.

Estábamos parados casi en la puerta del coqueto hotel Aiten Etxe. Él con los pies en el suelo y la moto entre las piernas. Yo detrás de su hombro, desde la posición de paquete en la Yamaha, asomando la cabeza y estudiando el boceto de cuatro líneas a bolígrafo con la dirección debajo.

—Tiene que ser, Xabi. Mira... —le señalé con el dedo el papel arrugado—, tenemos que volver a salir a la carretera, seguir todo recto y, según esto, llegamos a donde termina la playa.

Apoyé la barbilla sobre su hombro con una sonrisa y él giró el cuello lateralmente. Por unas milésimas de segundo, me di cuenta de que su mirada descendía hacia mis labios, los contempló y apretó los suyos. Me tiró suavemente del mentón y meneó la cabeza, como quien se sacude un pensamiento no apropiado.

—Venga, vamos. En marcha. —Se puso el casco, con la bota pisó fuerte el acelerador y arrancó con rapidez.

En unos minutos llegamos a lo que se suponía que era nuestro destino, justo al otro extremo de playa donde nos encontrábamos. Con muchas dudas, nos adentramos en un camino, bastante lejos del centro.

Tras otro complejo residencial, se divisaba una valla negra de forja, a más altura. Al detener la moto, ambos nos quedamos atónitos mirando hacia ese punto. Se oía música.

—¿Lo oyes? ¿Viene de ahí?

—Sí... eso parece.

Permanecemos en silencio, aguzando el oído. Avanzamos un poco.

—¡La hostia! —saltó él—. Pero ¡si eso suena a heavy...!

—Nada, nos hemos vuelto a equivocar, joder —protesté, pero volví a sacar el plano y vi que tenía que ser allí.

Xabi calzó la moto al lado del muro y caminamos hacia una escalera que ascendía hacia la casa de la playa, como la había nombrado mi madre. Y en parte tenía razón, porque justamente allí debajo se veía la playa.

Nuestra sorpresa fue mayúscula cuando ascendimos por el acantilado y vimos a un tipo más alto que Xabi apostado en la verja, vestido de negro y con gafas de sol oscuras. Parecía recién sacado de Matrix.

—¿Llevan entrada? —nos preguntó con cara de pocos amigos.

Xabi y yo nos miramos.

—¿Lo ves? Nada, que no es aquí. —Saqué de nuevo el manoseado trozo de papel y se lo mostré—. ¿No es ésta la dirección?

El tipo examinó el papel durante un rato excesivo, a mi parecer. Empezaba a cansarme su prepotencia. Ya iba a decirle algo, cuando levantó la vista.

—Sí, es aquí. ¿Llevan invitación o tienen entrada? —repitió sin inmutarse.

—Pero... ¿qué esto? ¿Un concierto? —preguntó Xabi, tratando de mirar hasta donde le alcanzaba la vista, para averiguar algo más. Se volvió hacia mí—. Suenan de puta madre, desde luego.

En ese momento oímos voces a nuestra espalda que se aproximaban.

—¡Julieta!

Venían apretando el paso cuesta arriba. Al frente de la comitiva iba mi madre, cargada con dos bolsas, mi padre fumando su puro, vestido con un esmoquin blanco que

parecía que le fuera dos tallas pequeño, y mi hermano también de etiqueta, con un maletín y una cámara colgada del hombro. Una escena ridícula para un funeral al lado de la playa.

—¡Madre, ¿qué es esto de que hay que pagar entrada?!

Las bolsas pasaron a la mano de mi padre y ella rebuscó algo en su bolso con nerviosismo.

—Me he dado cuenta tarde... ¡las invitaciones! Por Dios bendito, creo que me va a dar un síncope. Vamos, que tenemos el tiempo justo.

El tipo abrió la verja sin mover un solo músculo de su anatomía facial y nos adentramos en un camino flanqueado por árboles y césped verde, que parecía recién cortado para la ocasión.

A veces me pasaba. No sabría bien decir si podría calificarse de presentimiento, aquella corazonada de que algo grave o extraordinario iba a ocurrir allí, en aquella casa...

—¿Seguro que el funeral es aquí? ¿Y esa música?

—Claro que es aquí. Esta casa la compró tu tía hace diez años, lo dijo el notario. ¿Qué música?

En ese momento debían de haber cesado de tocar; los músicos se habrían tomado un descanso.

Todos nos habíamos quedado parados tras pasar la verja, en silencio, concentrados en escuchar algún sonido. Nada, tan sólo nos llegaba el oleaje, el piar de algún pájaro y el ruido del plástico al rozarse entre sí las bolsas que llevaba mi padre.

—Parecía un grupo de rock —intervino Xabi.

—Por ahí abajo hay algún hotel, puede que con un poco de suerte haya algún concierto que valga la pena después del funeral —opinó Alfonso medio en broma—. Yo me he traído el bañador, por si acaso.

—Vamos... El tiempo apremia y todavía hay mucho por hacer —dijo mi madre—. Espero que hayan llegado los de las flores. Y los de la funeraria. ¡Se me había olvidado, creo que no apunté el teléfono que me dio la de la empresa!

Seguimos andando en silencio, rodeados por todas aquellas variedades de árboles, hasta que, después de unos doscientos metros, el camino se abrió para dar paso a una grandísima plazoleta. Casi nos dimos de bruces con una extraordinaria pérgola blanca con el techo todo adornado de flores. En el tremendo porche redondo se distribuían mesas y sillas como si se tratase de un bar improvisado.

Nos detuvimos en seco, totalmente impresionados. A la izquierda, a unos trescientos metros, se divisaba una piscina inmensa. Pero al mirar hacia la derecha, en efecto, allí mismo había una especie de escenario móvil con un montón de instrumentos. Tres tipos subieron entonces las escalerillas, sin reparar en nosotros, que seguíamos mudos y estáticos.

El más delgado lanzó la colilla de su cigarrillo al suelo y se colgó la guitarra eléctrica del cuello. Los otros dos se colocaron a los lados y un cuarto integrante, al que todos apremiaban, subió de dos zancadas y se sentó tras la batería.

—Y un, dos... —empezó este último, antes de aporrear el platillo.

—¡Mamá! —llamé su atención señalándolos y alzando la voz—, ¿y esto?

Pero mi madre parecía en estado *deshock*, con la mandíbula descolgada y los ojos abiertos sin pestañear.

—Estos muertos de hambre no debían de tener un local para ensayar y no se han enterado de que hay aquí un funeral... —bromeó mi hermano, tratando de hacerse oír por encima de la música.

—Carmen —mi padre quiso tomar el mando de la situación—, habrá que ir a decirles algo. —Y avanzamos detrás de él hacia el tablado.

—¿A quién me recuerda el cantante? —le susurré a Xabi.

—¿A Mick Jagger? —bromeó él.

—No, tonto... —Y le propiné un manotazo en el brazo—. Va en serio...

En ese momento tocaban *Start me up*

[2]

y Xabi llevaba el ritmo dando golpecitos con la palma de la mano en sus vaqueros.

De pronto cesó la música.

El doble de Jagger se puso en cuclillas desde el entarimado, cuando mi padre le llamó la atención.

Todos nos pusimos a su alrededor.

—Buenos días, ¿qué están haciendo aquí?

—Ensayamos. Tenemos que tocar después de la ceremonia.

El veterano cantante aún parecía más mayor de cerca; diría que no le cabía ni una arruga más en el rostro.

—¡Dios bendito! —exclamó mi madre—. Pero ¿ustedes no saben que esto es un funeral?

—Tú no sabías nada, ¿no? —pregunté alucinada.

En ese momento, sonó el móvil del tipo del bajo y vino hacia nosotros.

—Rafa, que dice el segurata que esta gente ha entrado con invitación, pero que hay otros que van llegando con entradas fotocopiadas falsas.

—¡Joder! Os dije que no era buena idea —se volvió furioso el cantante.

—¿Alguien nos puede explicar qué es esto? —gruñó mi padre.

El tipo se incorporó, obviando al prepotente doctor Lasarte, y giró sobre sus talones.

—Gorka, vete cagando leches a decirle al de la puerta que la deje abierta y que no pida entrada, o nos buscamos una bronca —dijo el doble de Jagger.

Como una flecha, el otro saltó del escenario guitarra en mano y se fue a grandes zancadas, atravesando el porche.

Cabreado, después de desahogarse con dos o tres tacos, el cantante volvió a acordarse de nosotros.

—Antón, por Dios, haz algo —suplicó mi madre, agarrándolo del brazo.

—¿Y bien? —le espetó mi padre al tipo.

—¿Qué quiere que le diga? A ver, ¿ustedes no serán familiares de la difunta?

—Sí, sí... Pilar era mi hermana, que en paz descance. ¿Y ustedes?

Cambió la expresión en el rostro duro del bajista y saltó del entarimado. Metió la mano en el bolsillo trasero del pantalón negro de cuero y sacó un papel doblado.

—Aquí está. El contrato.

Mi madre iba a coger el papel con mano temblorosa, pero mi padre se adelantó.

—¿Qué contrato?

La pregunta quedó en el aire. Xabi y yo nos miramos con cara de circunstancias. Al poco, detrás de nosotros, vimos que empezaba a llegar más gente joven.

Mi padre seguía leyendo para sí mismo con rapidez y con el cejo fruncido, hasta que mi madre no pudo más.

—¡Antón, ¿qué pone?!

—Y por la presente... para que tenga efecto, firma este contrato doña Pilar Gómez Bernal, con don Rafael Iturriaga López como representante del grupo Apóstoles del Infierno... En Zarautz, el día treinta y uno de enero de dos mil ocho.

—¿De dos mil ocho? —repitió mi madre, mirando alternativamente a mi padre y al cantante—. Yo no entiendo nada.

—Su hermana, Zutoia, como la conocíamos aquí, Pilar en vasco —aclaró el tipo—, nos contrató para que tocásemos aquí este día.

—¡Por Dios bendito, lo que nos faltaba! —exclamó mi madre palideciendo—. ¿Cómo sabían que era hoy?

—Nos avisó el notario, señora —dijo con impaciencia el cantante, mientras buscaba su

tabaco. Se encendió un cigarrillo y yo hice lo mismo—. A ver, se firmó un contrato abierto sin fecha determinada. Por la amistad que nos unía —tragó saliva, afectado—, Zutoia quería que hoy mi grupo tocara aquí para los invitados, incluso eligió el repertorio ella misma.

—Madre mía. Entonces —se volvió hacia mi padre como buscando algo—, ¿esto no se puede parar?

El guitarrista, el tal Gorka, acababa de volver y subir al escenario, así que el doble de Jagger recogió su contrato, se lo metió en el bolsillo y se fue hacia la escalera.

—A perdonar, pero tenemos que seguir con el ensayo.

—Perdona... —Alguien me tocó en el hombro—. ¿Sabéis a qué hora empieza el concierto? Parece que va para largo...

Me encogí de hombros. Si no hubiera sido por la lástima que en ese momento me inspiraba mi madre, habría explotado en una carcajada.

Entrábamos en la casa para cambiarnos de ropa, cuando me volví para mirar al cantante.

—¡Ya lo tengo! Ahora sé por qué su cara me resultaba tan familiar...

—¿Por?

—¡Fue su novio! ¡La pareja de mi tía hace años! ¡Vi su foto! —Me quedé pensativa—. Por eso, ahora todo tiene sentido.

—Vaya con tu tía, la verdad, debía de ser una caja de sorpresas.

—¡Diferente! —Me encogí de hombros divertida.

Mi madre ya le estaba dando órdenes a todo el mundo. Acababan de aparecer los *delcatering*, otra de las novedades del funeral, y nos encontramos ante un ejército de camareros masculinos, ataviados para la ocasión con el traje regional de gala, a los que ella pasaba revista.

No pude aguantar la risa. «Víctor» me apretó la mano para que me controlase.

—Ya, ya sé... Julieta —dijo mi madre, comprensiva—, esto de las últimas voluntades de tu tía va a acabar conmigo.

De pronto, llamó la atención de un imponente barman. Se agachó y le arrancó de un tirón la etiqueta que le colgaba por la parte de detrás del chaleco, donde claramente se podía leer: «Fornituras Galdakao», y debajo el precio. La tiró al suelo con rabia.

Suspirando, sacó del bolso lo que parecía una cuartilla con anotaciones, pero en cuanto comenzó a desplegarla, nos quedamos atónitos al ver un folio tamaño DIN A3 repleto de apuntes. Estaba atendiendo varias cosas a la vez cuando sonó su teléfono móvil y directamente me lo pasó.

—Contesta tú, Julieta, yo estoy muy ocupada. —Y salió de la sala con el encargado de la funeraria.

Me llevé el móvil a la oreja con poca decisión.

—Buenos días, señora Carmen. Soy el notario Félix Kortajarena.

A punto estuve de soltar: «¡Hostia, como el modelo! ¿No será pariente?»

—Sí, dígame, soy su hija. Ahora mismo no puede ponerse.

—No hace falta que la moleste. Simplemente, como le dije que la lectura del testamento completo de su tía, doña Pilar Fuencisla, y de los anexos de últimas voluntades se leería mañana a primera hora, llamo para comunicarle que tendrá que efectuarse hoy después del funeral, no hay más remedio.

—Ah, vale.

—Que avise a los familiares que tras la ceremonia y el convite será la lectura del testamento, para que nadie se marche. No obstante, acudiré en un par de horas, porque primero es el sorteo.

—Ah. —No tenía ni idea de a qué sorteo se refería, pero no me atreví a preguntar.

Volvimos a salir al porche en busca de mi pobre madre, que andaba como loca de un lado a otro. Iba a comentarle lo del notario, cuando una mujer joven y muy atractiva, con una carpeta bajo el brazo y pintas de ejecutiva, llamó su atención y, por desgracia, también la de Xabi, que se quedó mirándola más de lo necesario.

—Buenos días, ¿Carmen?

—Sí, sí.

—Soy Karla, directora de Dolce Vita, organización de eventos. —Para colmo, su voz también era de lo más sensual.

—Perfecto. Realmente, esto es una locura, no sabe cuánto me alegro de tenerla ya aquí. —Y mientras la preciosa Karla abría su portafolios, mi madre siguió hablándole

sin cesar—... Y, claro, no tenía ni idea de que actuaba este grupo, ¿cómo se llaman? Los Evangelistas del Infierno o algo así...

—Apóstoles, mamá, Apóstoles... —la corregí.

—Imagínese —continuó ella sin prestar atención a mi rectificación—, un grupo de esos *heavys* para una ceremonia tan... en fin, que si realmente era su voluntad. Aunque no entiendo por qué tanta fiesta, la verdad. La muerte es algo triste... —Se volvió hacia nosotros por fin.

—Ha llamado el notario y dice que la lectura del testamento no se hará mañana, sino hoy. Esta noche después del funeral y todo lo demás, para que avises a la familia.

—Traté de decirlo todo de un tirón.

—Uy, pues casi mejor, aunque acabemos agotados. Al menos una buena noticia. —Me cogió inesperadamente de un brazo y del otro a Xabi—. Venid, que os presento a la que será mi sombra, mi mano derecha en la organización: Karla, ellos son mi hija Julia y su novio Víctor.

Los ojos verdes de la rubia escultural se posaron en los de mi supuesto novio antes que en mí. En ese preciso instante, sentí una gran antipatía por ella. Es más, ya desconfiaba de aquella mujer que acercaba muy despacio su perfecta mejilla a la de Xabi para darle dos besos.

—Encantada.

Y, como una gran profesional, volvió a centrarse en su carpeta. Estaban empezando a llegar algunos familiares lejanos que yo ni conocía. Se acercaban a mi madre para darle el pésame, ella me los presentaba, o trataba de recordármelos, y yo me veía obligada a asentir sin más, como una idiota, sin saber quién me estaba hablando.

—Víctor, me muero de sed —le dije, sobre todo para alejarme de allí.

—Venga, sí... marchaos a beber algo —nos animó mi madre—. Karla piensa hacer una pequeña visita guiada por las instalaciones y luego, como ya habréis visto no es un funeral típico, nos informará a todos del orden del día.

—Que no se olviden —intervino Karla—, dentro de una hora, todo el mundo tiene que estar vestido y preparado. En media hora haré la visita guiada por la casa, tal como quería doña María Pilar.

Xabi me cogió de la mano y nos encaminamos al pórtico de la entrada. Traspasamos el gran arco para adentrarnos en la misteriosa vivienda de la tía Pilar hasta sus últimos días. Nos quedamos boquiabiertos en el vestíbulo, admirando todo lo que allí se encontraba.

Cuadros de muy diferentes estilos, muebles originales de colores impensables para una señora casi anciana, objetos antiguos y otros que ni siquiera conocía. Sonaba de fondo, muy bajito, un hilo musical de Dire Straits.

—¡Esto parece un museo del rock! —Xabi estaba encantado y sorprendido al mismo tiempo.

Al parecer, mi tía era para todos nosotros una gran desconocida con diferentes tratamientos, dependiendo del círculo en el que se moviera.

Zutoia para el cantante del grupo Apóstoles del Infierno (y posiblemente expareja de ella), doña Pilar Fuencisla para el ilustre señor notario, doña María Pilar para la escultural Karla de Dolce Vita Eventos, y simplemente la tía Pilar para el resto de mortales. Aunque todavía faltaban por venir los de la funeraria y sólo ella sabía cuánta gente más.

—¿Es la señorita Julia?

Me sorprendió el tratamiento de aquella empleada con acento extranjero.

—Sí, soy yo. Él es Víctor, mi novio. —Traté de ser cordial ante la sonrisa de la chica.

—Soy Candela, la empleada de la señora Pilar. Mucho gusto en conocerla.

—Igualmente.

—¿Podría acompañarme? Su tía me dejó encargado que a su muerte le entregase

algunas pertenencias que tiene en su habitación.

—Claro. —Apreté fuerte la mano de Xabi, que parecía tan extrañado como yo, y seguimos a la empleada con cierto reparo.

Yo pensaba encontrar una habitación lúgubre, con olor a naftalina y a difunto, un cama de forja antiquísima y varios recuerdos arcaicos. Posiblemente unas cortinas de blonda en tonos blancos y la persiana bajada en señal de duelo completarían el cuarto tétrico y mortuorio de la anciana.

Pero en cuanto Candela abrió la puerta de la habitación de mi tía en aquella casa de la playa, me di cuenta de la gran verdad. Nunca podría haber imaginado que la excéntrica y locuela tía Pilar, o Pili, como la llamaba de niña, esa a la que no me permitían visitar por mi supuesta alergia a los gatos, tendría un cuarto tan espectacular, tan lleno de vida, de luz y con tantas fotografías. Era el típico cuarto de una rockera.

Sobre la cama se extendía un edredón nórdico de color granate y gris, con cojines a juego. Al lado, una mesilla gris y negra. El armario de cuatro puertas, blanco y negro, tenía dos espejos centrales con la forma de guitarras eléctricas. ¡Alucinante! La alfombra era una foto en blanco y negro de Elvis Presley. En lugar de pósteres tenía fotografías ampliadas y otras más pequeñas a lo largo y ancho de toda la habitación.

—Mire, Julia, su tía hablaba mucho de usted y de su hermano. —Y la empleada señaló unos cuantos marcos con fotos de mi infancia.

Tomé uno entre mis manos, con la emoción agrisada de descubrir demasiado tarde un afecto al que no había correspondido. Y, lo más importante, por qué razón y desde cuándo se nos había ocultado a mi hermano y a mí todo eso.

¿Acaso no habría tenido derecho, como sobrina suya, a disfrutar de su compañía, a escucharla...?

—¡Mira esto, Julia! —exclamó Xabi desde el otro extremo, señalando en la pared una foto de mi tía sonriendo con un guitarrista—. ¿Sabes quién es, no?

Negué con la cabeza, en ese momento no me sonaba.

—¡Uli Jon Roth! —Y al ver mi total ignorancia, exclamó—: ¡De Scorpions!

—¿Eh? —Observé la fecha escrita debajo—. ¡Octubre del setenta y ocho!

Me volví buscando las miradas de Xabi y de Candela, que sonreía con los brazos cruzados.

—La señora sabía que esto le encantaría y que disfrutaría mucho aquí...

—¡Mira, mira...! —me apremió Xabi—. ¡Kirk Hammett!

—¡No! —Salté hacia él como una flecha, al borde de un ataque de nervios—. ¡Metallica! Mi tía se hizo en... —busqué la fecha, desesperada— en el año noventa y uno una puñetera foto con Kirk de Metallica... Es la caña... ¡¿Qué digo?! Es...

—Señorita Julia —me llamó la atención Candela—, esto podrá verlo luego, pero tengo que entregarle algo muy importante. Me lo confió su tía para que se lo diese hoy personalmente, con órdenes de que esta habitación quede cerrada tal como está durante su funeral. En esos armarios hay mucho más... pero eso será en otro momento.

Dicho esto, con diligencia, se apresuró a sacar de un armario un montón de sobres y cartas con una cinta negra alrededor. Candela desató el lazo y me pasó la primera de ellas. El resto quedó atado por una desgastada goma negra algo estropeada que había debajo del lazo.

—Me dio instrucciones de que le entregase ésta primero.

Miré a Xabi expectante.

—Les dejo a solas un momento, en diez minutos volveré para cerrar con llave y acompañarlos abajo, ya que será la hora de la visita guiada.

Dicho esto, salió del cuarto dejándonos a ambos con la sensación de habernos perdido en un maravilloso cuento.

—Vamos, ábrela —me animó Xabi con una gran sonrisa.

—Estoy atacada, en serio —le confesé, con el sobre temblando entre mis manos. Leí en voz alta, para que él pudiera enterarse del contenido. No podía soportar yo sola toda aquella tensión.

Querida Julia:

Si estás leyendo esta carta será por varios motivos:

- 1. Que ya no estoy entre vosotros*
- 2. Que Candela, mi empleada, me ha sido leal hasta el último momento y el más importante de todos*
- 3. Que nunca te llegaron el resto de mis cartas, esas que durante los primeros años de vivir aquí te envié, cuando tú tenías unos dieciocho años.*

Levanté la vista hacia mi acompañante.

—No me llegó ninguna carta de ella —admití decepcionada.

—Continúa leyendo, quizá te aclare algo.

Me habría encantado que hubieras podido viajar conmigo, porque sé que te gustaban las mismas cosas que a mí, aunque yo ya fuese un«vejestorio».No culpes a tu madre, ni a nadie, porque hemos vivido dos realidades tan distintas que no se pueden comparar.

Ahora no quiero lágrimas, porque me voy cuando me toca, en la vejez, con la mochila bien cargada de experiencias vividas en los últimos veinte años. La suerte de haber conocido a gente tan distinta, tan variopinta, te abre la mente y eso es precisamente lo que me hubiera gustado compartir contigo, Julia.

Desde que me di cuenta de que no respondías a mis invitaciones, a mis postales, a mis cartas... empecé a pensar que no te las hacían llegar y que, lo mejor sería, a partir de ese momento, escribirlas y guardarlas para que el día de mi funeral te fueran entregadas. Ahí hay muchas vivencias, tantas como se pueden resumir en todos esos años.

He dejado todo muy preparado, para que el día de hoy sea único e irrepetible. Quiero darte esas alegrías que no te he dado en vida, que no me han permitido ofrecerte. Sé que me llamaban loca, y quizá lo sea, pero no me ha importado, porque yo he vivido plenamente cada instante hasta sentir vértigo.

Así pues, disfruta de este día, querida sobrina, y de todas las sorpresas que te quedan por vivir. No olvides que una fecha, o un número, puede cambiar tu vida.

P.D.: Por si tienes que elegir un número que te dé suerte... sabes que yo nací en el cincuenta y cuatro, ¿verdad?

¡Larga vida al rock!

Con todo mi cariño,

Pilar

Qué curiosa es la vida. De repente da un giro de ciento ochenta grados y te quedas con cara de pasmada, preguntándote: «¿Qué está pasando?»

Efectivamente, todo puede cambiar en un abrir y cerrar de ojos, en cualquier lugar, en un instante, para bien o para mal.

Y entonces, de pronto, sientes un nudo en la garganta, tú que presumes de imperturbable, dura, rebelde, indomable, inalterable... tú que has dejado de creer hace años, a golpe de desencuentros e infortunios, en cuentos de hadas, en el amor, en la amistad, en la familia, dejas que escape la lágrima recorriendo la mejilla lentamente para ir a emborronar la perfecta caligrafía de una tía a la que apenas recordabas. Y se agolpan las preguntas sin respuesta, y dejas fluir tus emociones abiertamente y no te importa sentir el surco caliente de esa pequeña gota de sentimiento que tratas de arrastrar con el dedo, aun a sabiendas de que se ha abierto la compuerta y que vendrán otras...

—¿Estás llorando?

Xabi me levantó el mentón para mirarme y sólo me encogí de hombros avergonzada. ¡Maldita fuera, sí, estaba llorando, y qué!

Sonreí y lloré a la vez, ya hecha un mar de lágrimas. No, no me iban a salir las palabras. En su lugar, escapaba por mis ojos una nueva emoción después de tanta tensión reprimida, tanta incompreensión, tanta dureza en las palabras de mis padres a la que ya me había habituado.

El poder de unas líneas de alguien que se acuerda de ti, alguien a quien ya no puedes agradecerle todos esos minutos, horas, días de su vida que ha dedicado a escribirte, aun sabiendo que todas esas cartas no llegarían a tiempo.

—Normal, Julia. Te has emocionado con la carta de tu tía. —Y Xabi me abrazó por los hombros, comprensivo, y luego me dejó seguir llorando en su pecho, aplastando ahí el papel arrugado en mi puño, justo al lado de su corazón.

Así transcurrieron dos minutos o tres, hasta que me di cuenta de que no debía llorar más y reflexioné sobre lo que ella había escrito: «No quiero lágrimas, me voy cuando me toca irme, en la vejez, con la mochila cargada de vivencias...» «Que el día de hoy sea único e irrepetible, quiero darte esas alegrías que no te he dado en vida.» Aspiré su olor antes de separarme lentamente del acogedor pecho del motorista al que arrollé en la carretera nacional, y me sequé las mejillas con las palmas de las manos, borrando así cualquier indicio de debilidad.

—Ya está, vamos a vestirnos o llegará la de los eventos con la maldita visita guiada.

Y como si la empleada de mi tía, la señora Candela, me estuviera leyendo el pensamiento, justo cuando iba a abrir la puerta, apareció con los trajes que colgaban de las mismas perchas, tal como estaban en casa de mis padres, salvo por un detalle: el mío llevaba una funda protectora de tela con cremallera de arriba abajo. Creo que mi madre debió de sospechar en el último momento que un plástico podría no ser suficiente ante mi negativa a ponerme de largo.

—Traigo los trajes —anunció la mujer, mientras nos los entregaba con rapidez—. Y dense prisa, porque en diez minutos tienen que estar abajo.

Asentimos y nos empezamos a cambiar allí mismo, uno delante del otro, sin mirarnos.

—Desde luego, esto es lo más raro con diferencia que me ha pasado en la vida. A quien se lo cuente... —empezó Xabi, sonriendo ampliamente, mientras se quitaba la camiseta. Se quedó en silencio, alerta—. Ya no se oye la música.

—¿Y no tienes la corazonada de que aún va a pasar algo más? —pregunté,

metiéndome el vestido por los pies.

—Ni puta idea —soltó entre risas—. Me espero cualquier cosa, pero prefiero no pensar. Todavía estoy acojonado por lo mío...

—Ya...

Saqué los zapatos de tacón de su bolsita individual y me los puse. Me miré en el espejo. Definitivamente, no era yo... pero tendría que aguantar unas horas en equilibrio con los zapatos y el vestido de gala.

Por mucho que me empeñaba en taparme más, el escote siempre quedaba abierto, mostrando los hombros.

—Deja de estirarte del vestido, es así.

—No me queda bien, ¿ves? Llevo los hombros casi destapados —protesté frente al espejo con una mueca.

—Es así. Cuando nos casamos, mi ex llevaba un vestido con ese cuello...

—Escote, se llama escote —lo corregí.

—Bueno, pues era así y a ti te queda... ¡brutal!

Prorrumpí en una carcajada.

—¿Yo... brutal? No me digas que te gusta el vestido. Es lo más rococó y hortera que debió de encontrar mi madre. Muy Julieta.

Xabi se echó a reír y se contempló a sí mismo de arriba abajo.

—Mírame a mí. ¿Qué parezco? Ah, espera. —Y se sentó en la esquina de la cama para calzarse las botas—. Ahora... ¿qué?

Sinceramente, no es que el traje fuese mi estilo ni el suyo, desde luego, pero aquel esmoquin blanco le quedaba como un guante, tanto como la camisa color gris y la corbata granate. Las botas moteras no eran el complemento ideal, pero bien podían pasar desapercibidas si se estiraba al máximo el pantalón hacia abajo. Eso traté de hacer: me agaché y tiré de cada pernera un poco.

—Eh, eh..., ¿tratas de quitarme ya los pantalones? ¿No puedes esperar a la noche?

Le pellizqué en la pantorrilla. ¡Dura como una piedra!

—Te lo debía.

Fui hacia el lavabo y decidí maquillarme un poco, algo de *deeye liner* en los ojos y color en los pómulos para disimular que había llorado. Después me peiné y, bajando la cabeza, me apliqué una espuma de pelo que encontré allí. Bueno, el resultado había mejorado bastante.

En sólo veinte minutos escasos se había duplicado el número de asistentes. Calculé a simple vista unas cincuenta personas. Todos reunidos en el vestíbulo, vestidos de blanco o color crudo, en grupos pequeños, charlando.

Divisé a mi madre justo al lado de la guía, Karla. Por inercia, busqué la mano de mi presunto novio y lo arrastré entre la gente hacia allí.

—Pero ¿dónde te habías metido? —Nos miró sin esperar respuesta y dio dos pasos atrás—. ¿Ves? El vestido ha quedado impecable, ni se nota el cerco. Lo que no consiga Raky... Estáis guapísimos.

No me molesté en contestar. Ahora que había descubierto a través de la carta de mi tía toda la verdad, dentro de mí tenía una espina clavada que sería muy complicado sacar. La miré a sus ojos hinchados y de inmediato pensé que no podía tener la conciencia tranquila. Ésa sería su condena siempre. Quizá se habría arrepentido en más de una ocasión y no supo cómo manejar la mentira para transformarla en verdad. Quizá ni siquiera fuera idea suya, esas artimañas parecían orquestadas por mi padre, por el doctor Lasarte, que influyó tan negativamente en la relación con la tía Pilar.

Ahora ya era tarde, y allí estaba, vestida de largo para despedir a aquella gran mujer a la que pocos conocían.

También yo podía haberme empeñado en saber más de ella, haberla buscado en esos años, y no lo hice. También yo era culpable.

—Bien, por favor, vengan hacia aquí.

Karla, la estúpida guía de eventos, se acababa de colocar un pinganillo encima de su preciosa melena rubia. Con un poco de suerte, a ver si se le aplastaba el peinado, o se le enredaban los pelos y dejaba de estar tan perfecta.

La gente fue acercándose, sin cesar los murmullos.

Miré hacia Xabi. Reconozco que me molestaba que la rubia escultural gozara de su atención. ¿Quién se pone una minifalda rosa chicle y unos tacones de infarto para un funeral? Claro que, pensándolo bien, aquello parecía de todo menos un entierro.

Con su sonrisa espectacular, se echó la melena hacia atrás y acercó dos dedos al pequeño micrófono.

—¿Me oyen bien? —preguntó, consiguiendo ser el centro de atención de todos—. Vamos a hacer una visita turística a la casa y alrededores, como primera actividad de los actos que doña Pilar organizó, dentro de sus últimas voluntades.

Ya se había hecho el silencio, y nos mantenía expectantes.

—Me llamo Karla y soy la directora de Dolce Vita, una empresa de organización de eventos. Doña Pilar fue en los últimos veinte años cliente nuestra, como les iré explicando.

Nos miramos sorprendidos. ¿Qué eventos organizaba mi tía?

—Por lo tanto, cuando le diagnosticaron la enfermedad, se puso en contacto conmigo, porque quería un funeral acorde con su estilo de vida, con su filosofía. Todo esto lo irán viendo durante el día y la noche de hoy. Tengan en cuenta que cada detalle ha sido concebido y planificado por ella, hasta sus últimos momentos lo supervisó todo. —Se detuvo un instante y continuó con un tono distinto, más profesional—. En primer lugar, tenía claro que se debía presentar el lugar, que ella llamaba «Casa de la Playa». Esta mansión consta de seiscientos cincuenta metros cuadrados de superficie construida y una parcela de unos ochocientos metros cuadrados, que alberga el porche, los jardines y la zona deportiva con la piscina, como luego veremos.

Murmullos y exclamaciones de asombro ante la grandiosidad de aquel chalé de auténtico lujo, un tanto escondido, eso sí. Creo que a todos se nos pasó de pronto por la cabeza cuál sería la traducción en precio, y sólo imaginarlo parecía de locos.

La eficaz y preciosa Karla quizá sospechaba lo que rondaba por aquellas mentes calculadoras e intervino con la explicación más escabrosa que jamás había escuchado.

—La difunta Pilar adquirió esta magnífica mansión hace muchos años. —Echó una ojeada rápida a su portafolios—. Exactamente el día veintiocho de febrero de mil novecientos noventa y cinco...

De la impresión, apreté la mano de Xabi.

—¿Qué? —me susurró, bajando la mirada hacia el suelo.

—¡Mi cumpleaños! El veintiocho de febrero es mi cumpleaños. ¿No es alucinante? ¡Qué casualidad!

Otro apretón con los dedos entrelazados con los míos fue su única respuesta, porque la guía continuaba su explicación, pidiéndonos que la siguiéramos hacia una de las imponentes terrazas que daban al mar, desde donde se podía contemplar el vecino Zarautz, ya que aclaró que aquel chalé no formaba parte de la población.

—... Y firmado ante notario. Y se preguntarán cómo doña Pilar pudo adquirir este lujoso chalé que debía de costar una fortuna, sólo al alcance de unos privilegiados, generalmente turistas extranjeros, como todos esos otros. —Señaló en dirección al centro del pueblo y a las montañas. Hizo una pausa para crear expectación, mientras todos mirábamos las vistas—. Pues bien, aquí es donde entra mi participación. Pocos, muy pocos, conocen el origen de la famosa y tétrica leyenda que rodea esta mansión. Se diría que al escuchar esas palabras captó la atención de todos por completo.

—¿Leyenda? —oí detrás de mí.

—Data de hace más de ciento cincuenta años y la verdad es que por ese motivo nunca

se había vendido. Quizá hayan oído hablar de la leyenda de la Casa del Acantilado, más conocida como la Casa del Loco.

Murmullos, susurros, exclamaciones de sorpresa entre los asistentes al funeral de mi tía.

—Vaya, esto se pone interesante. —Me froté las manos ante la sonrisa ladeada de Xabi.

—¿Han oído hablar de esa leyenda? —insistió Karla.

Juraría que mi madre había palidecido. Podía cortarse la tensión que emanaba de los allí presentes. Todos enmudecieron de repente.

La verdad es que aquella casa, en principio nada tenía de tétrica, ni de misteriosa. Todo lo contrario, al menos hasta donde yo había visto; cierto que tampoco era mucho.

—Pues bien, tal fue su repercusión, que a mediados del siglo veinte pensaron en derribarla, porque estuvo abandonada a su suerte durante muchas décadas. Cuenta la leyenda que la familia de origen nobiliario Salazar eran terratenientes y propietarios de la mansión. Se dice que el noble tuvo un hijo al que abandonó, porque desde que vino al mundo padecía fuertes ataques de demencia. Desde que lo dejó, el noble empezó a sentir intensos dolores de cabeza, tan grandes que no encontraba ningún alivio, hasta que lo enviaron a una hechicera. Nada más verlo, esa mujer se echó hacia atrás espantada y se negó a ponerle las manos encima, porque, según ella, aquel hombre estaba maldito.

»Según la leyenda, aquella noche, el noble, en un arrebató psicótico mató a su esposa y huyó hacia las montañas, puede que cruzara la frontera francesa. Nadie lo sabía. La casa quedó deshabitada y unos sobrinos del noble decidieron ponerla en venta. —Hizo una pequeña pausa para observar las expresiones contenidas de todos los presentes—. Una familia rica se interesó por ella y la compró por un precio desorbitado. Antes de que hubiese transcurrido un año, el infortunio se cebó en los padres y los hijos. Uno a uno, los siete integrantes de la familia fueron apareciendo muertos en diferentes lugares de la casa. El último de ellos consiguió escapar, pero sólo pudo llegar hasta el muro, donde dejó su advertencia antes de morir: «Cuidado con el loco.»

—Por Dios bendito, ya vale —protestó mi madre, aterrorizada.

—Por supuesto, todo esto son viejas leyendas —la tranquilizó Karla con una sonrisa—. Mucho tiempo después, en mil novecientos noventa y cinco, la señora Pilar compró esta mansión que no lograban vender por el mal estado en que se encontraba, la rehabilitó con mucha paciencia, poco a poco, dejándola espectacular, como van a ver, y ha vivido en ella muy tranquilamente hasta su fallecimiento a causa de su enfermedad, como todos saben. —Dicho esto, se volvió de espaldas y señaló hacia el pasillo—. Síganme, vamos a visitar las habitaciones superiores y terminaremos en la bodega, si les parece.

—Habrán observado que la entrada tiene las puertas de hierro forjado y el suelo de baldosas originales de barro cocido que son clásicas de las misiones coloniales españolas, y los remates de azulejos pintados al estilo de Talavera. Esto, por supuesto, se conserva desde el año de construcción de la casa.

Yo hacía como que la escuchaba, pero me resultaba difícil concentrarme en seguir todos los comentarios.

Imagino que lo mismo les pasaba a los demás, porque no habían cesado los murmullos desde la explicación anterior. Avanzamos hacia el porche. Karla consultaba los apuntes del portafolios para indicarnos las especies de árboles y arbustos del camino.

—La propiedad también consta de dos apartamentos independientes, una casa de invitados junto a la piscina y un spa al lado del gimnasio. Daremos la vuelta por la parte trasera y les mostraré los exteriores...

¿Por qué mi tía adquiriría semejante mansión? No acababa de cuadrarme con su espíritu bohemio ese afán por la propiedad privada o los lujos. Aunque bien es verdad que la Casa del Acantilado no parecía tan ostentosa en cuanto a su decoración, sino un reflejo de ella misma, de sus gustos y aficiones.

Con la monótona voz de Karla como fondo, mi mente inició un viaje en el tiempo, tantos años atrás como fui capaz de recordar. Puede que hubiera alguna explicación a todo aquello que estaba viviendo, o puede que no. Pero mi intuición seguía latente, algo me decía que aquel día que comenzaba iba a suceder algo inaudito

Me vi a mí misma, veinte años atrás, en su casa del pueblo, balanceándome, con los patines todavía puestos, en una vieja mecedora que crujía, muy cerca de la chimenea, escuchando una historia de esas increíbles que nos contaba la tía Pilar. Mi hermano hacía rodar un pequeño camión de juguete por el suelo, persiguiendo a uno de los gatos. Los envoltorios de los regalos todavía estaban por el suelo, arrugados. Era el día seis de enero y acabábamos de recibir nuestros obsequios de Reyes.

—Y justo en la parte trasera —todos seguíamos los pasos de la guía, yo en particular abstraída en mis pensamientos—, como les decía antes, pueden ver una casa para guardeses de dos dormitorios y salón comedor, amplios armarios empotrados, totalmente decorada, con una superficie de ochenta metros cuadrados, que está contigua a la casa principal. Doña Pilar mantuvo tal cual estas dependencias, aunque nunca tuvo otra persona a su servicio que Candela.

Me encantaba balancearme en aquella vieja mecedora mientras mi tía me observaba por encima de sus gafas, que se le mantenían en equilibrio en la punta de la nariz. Estaba haciendo una bolsa de colores para guardar mis cosas y de vez en cuando levantaba un poco la vista hacia la televisión. En cuanto llegó mi madre, dejó su labor de punto abandonada en el sillón y mi hermano y yo nos quedamos en el salón. Me había dicho con un guiño: «Julia, te dejo encargada de vigilar a los gatos, y cuida de que Rasputín no moleste a Blanquita. Vamos a preparar un café en la cocina.» Cuando empezaron los dibujos animados en la tele, dejé de columpiarme, y al cesar el crujir de la madera me llegaron las voces, a pesar de que la cocina quedaba al final del pasillo. No podía entender lo que decían, pero me pareció que estaban discutiendo.

—Y este primer porche fue uno de los cambios que hizo doña Pilar, ya que le gustaba recibir a sus amistades aquí durante los meses de buen tiempo. Solían bañarse en la piscina y utilizar la barbacoa. La cubierta, a dos aguas, se revistió con madera y viguería vista y en el centro se colocó un ventilador de tipo colonial. Simplemente, ¡un rincón delicioso! —continuó Karla con su explicación—. Su distribución es muy distinta

a la del porche de «descanso» que veremos en la parte superior de la casa. Me llamó la atención descubrir allí aquella mecedora, idéntica o muy parecida a la que yo solía usar.

—Salimos a los jardines que nos llevarán hasta la puerta de entrada principal, por donde han accedido todos los que han venido en coche.

Entonces, al ver el camino hacia las pérgolas donde estaban aparcados todos los automóviles de los visitantes, me acordé de que la moto de Xabi la habíamos dejado abajo.

—Víctor, deberías ir a buscar la moto y entrarla al aparcamiento —le susurré.

—Sí, eso mismo estaba pensando yo. —Me soltó la mano y salió discretamente.

Seguimos caminando tras la guía por aquella tremenda mansión, hasta encontrarnos con una sorpresa maravillosa..., una escultura de jardinería de Michael Jackson.

Se sucedían murmullos de verdadera admiración: en los jardines de la entrada nos iban sorprendiendo las diferentes formas de arbustos recortados como una guitarra eléctrica, una batería e incluso una réplica de los Beatles frente a la fuente. Justo allí coincidí al lado de mi madre. No puedo negar que hacía bastante rato que me rondaba una pregunta: «¿Y Lorena?» Y pensé que no iba a poder continuar con aquella inquietud por más tiempo. Me encendí un cigarrillo y miré mi reloj un tanto nerviosa. Así que toqué el brazo de mi madre para llamar su atención.

—¿Y Lorena? No la he visto.

—Tu tía Pilar hizo, digámoslo así, una distinción entre los familiares y amigos más allegados y el resto. Los demás, los que no han sido invitados «de forma oficial» acudirán directamente al cementerio a las siete de la tarde, para el entierro civil.

Esto último lo dijo con tono de fastidio. Conociéndola, lo último que mi madre querría sería una ceremonia no religiosa.

Faltaban diez minutos para la una del mediodía. ¿Era posible que llevásemos más de dos horas allí, sin casi darme cuenta?

¿Cómo habría cambiado mi vida si yo hubiese recibido las invitaciones y hubiera podido viajar y conocer a todas aquellas estrellas de la música?

—¿Y a ti qué te gustaría ser de mayor? —me preguntó un día mi tía Pilar, dejando la labor sobre su regazo.

—Guitarrista y cantante, o si no... astronauta.

—Pero ¿cantante en un grupo o tú sola?

—Me da igual, pero tendría una guitarra eléctrica roja muy grande y viajaría por todo el mundo.

—En cuanto al mobiliario y la decoración, no sorprende que muchos de los muebles, como por ejemplo los del despacho, sean de estilo renacimiento español, con sillas y sillones de barrotes y cuero repujado de cordobán, con maderas oscuras, y sin embargo, en las zonas reformadas como el porche, las mesas y butacas sean más bohemias, en concreto éstos, de estilo hindú. —La mano perfecta de Karla se posó sobre uno de los asientos y continuó avanzando.

Xabi llegó abriéndose paso entre la gente.

—¿Me he perdido algo interesante?

—Nada especial, ahora subiremos a la planta de arriba, creo.

Media hora duró la visita guiada por la increíble mansión de mi tía. Luego bajaríamos a las bodegas para el almuerzo.

—El semisótano consta de bodega totalmente equipada, con cocina completa con mesa de roble y sillas, para esta ocasión se han colocado cuatro mesas, aire acondicionado y chimenea. Como ven, hay un armario empotrado en la zona de paso, además de dos aseos y cocina independiente. En esta misma planta, por esta puerta, se tiene acceso a la zona de garaje, con capacidad para tres coches.

La explicación terminó justo cuando todos bajábamos las escaleras hacia la bodega.

Unos diez camareros nos flanquearon, acompañándonos a las mesas dispuestas en U frente a la pared. En las centrales había dos carteles con la leyenda «Familia Lasarte» y «Familia Gómez».

Una vez que todos estuvimos situados, el ejército de camareros del *catering*, vestidos con el traje regional vasco de gala, empezó a servir la comida.

—¿Qué tal? —le pregunté a Xabi con desenfado—. ¿Qué te parece todo esto?

—¿La verdad? Me parece surrealista total. Todavía no me hago a la idea de que esté en un funeral.

Mi madre llegó la última a la mesa, después de hablar un momento con la guía. Se colocó frente a nosotros, al lado de mi padre y de Alfonso.

Yo me sentía hambrienta y la comida tenía una pinta deliciosa. Xabi tenía toda la razón: más bien parecía el banquete de una boda que de un funeral. Con todo lo que habíamos visto hasta ese momento, el ambiente era distendido y casi podía decirse que alegre.

Un menú cuidadosamente elegido para rendir su último homenaje a los diferentes puntos geográficos con los que, de una manera o de otra, mi tía había tenido relación: merluza al orio (homenaje a su tierra adoptiva vasca), espárragos y pimientos rellenos de bacalao (plato auténticamente típico navarro), chuletas al sarmiento de La Rioja, todo ello regado con dos fantásticos vinos aragoneses denominación de origen y un rioja.

Mi madre acababa de terminar de hablar por teléfono con el notario y le comentaba a mi padre que después del banquete llegaría para realizar el sorteo y proceder a la lectura del testamento. A las siete de la tarde tendría lugar el entierro y a partir de las nueve, la actuación musical de los Apóstoles del Infierno.

El rictus de mi padre se había ido relajando al final de la comida; por fortuna, porque las miradas que nos cruzamos no dejaban lugar a dudas. Por un lado, yo acababa de ser consciente de que ellos llevaban veinte años coartando mi libertad de elección, de que me arrebataron la posibilidad de pasar alguna temporada cerca de mi tía Pilar, y eso podía considerarse una falta de respeto... No sé si les podría perdonar todo aquello, al menos, por el momento no encontraba justificación. Tampoco me parecía el sitio adecuado para pedir explicaciones, pero lo haría en cuanto llegásemos a Pamplona. Una persona visceral, rebelde por naturaleza como yo, no podía guardarse mucho tiempo lo que juzgaba una injusticia, una ofensa semejante.

—Está buenísimo, ¿quieres probar? —dijo Xabi, levantando su cucharilla con un pedazo de *demuxu goxo*, típico postre navarro.

Abrí la boca y paladeé con exagerado entusiasmo.

—Mmmmmm... buenísimo.

Mi padre carraspeó, incómodo ante la situación, por lo que decidí ofrecerle a Xabi un buñuelo de viento con mis propios dedos.

Mi madre levantó un poco la vista hacia nosotros, pero volvió a retirarla, cohibida ante la escena. Prolongué el instante intencionadamente. Mientras mi supuesto novio estaba cerrando la boca al recibir el bocadito, yo aproveché para posar la yema de mi dedo índice entre sus labios. Un detalle de lo más sensual y divertido, que no procedía en una situación como aquella.

—¡Víctor...! —protesté riendo. Luego me llevé el mismo dedo a la boca.

Mi padre, más tirante que la cuerda de una guitarra, desvió la mirada para improvisar alguna conversación con mi madre. Eso me hizo sentir un poco mejor. Xabi me pellizcó el muslo por debajo del mantel.

—Capulla... —me susurró con una sonrisa ladeada—. Ésta te la debo.

Ya con los cafés y el cava, la guía volvió a hacer su aparición, ajustándose el pinganillo con profesionalidad.

Mi madre pareció sorprenderse de que se encaminase hacia el centro de la bodega y

desde allí llamase la atención de la gente. Las voces empezaron a bajar de intensidad ante la presencia de Karla, hasta que se quedaron en silencio.

—Hola a todos. Esperamos que la comida haya sido de su agrado. Según el orden del día, en estos momentos se iba a servir una copa en el porche exterior, pero... —Hizo una pausa—. Bueno, parece ser que doña Pilar aún tenía reservada una sorpresa más para todos los asistentes, e incluso para la organizadora de eventos. —Sonrió—. La empleada me ha hecho entrega de un sobre sellado acompañado de una carta dirigida a mi persona, de puño y letra de la fallecida. En ella, me dice que es su voluntad incluir una grabación de vídeo para todos y que sea proyectada en la bodega al finalizar la comida.

Nos miramos unos a otros con absoluta sorpresa. Mi madre se había quedado pálida, quizá porque se daba cuenta de que aún había algo que no acababa de controlar, un pequeño cabo suelto.

—Les pido que entiendan —continuó Karla— que desconozco de qué se trata exactamente. Por lo que ahora procederemos a bajar de intensidad las luces y a proyectar la grabación. Creemos que posiblemente se trata de un saludo para ustedes, en persona... Una última despedida.

Se incrementaron los murmullos. La guía continuó, subiendo el volumen de voz:

—Por lo que si alguien se siente demasiado sensible, vulnerable para ver este vídeo, puede salir al porche...

A la mayoría de la gente le va el morbo, la curiosidad. A otros nos enganchó a la silla el puro deseo de verla a ella otra vez, de saber algo más, y a mi madre, que estaba del todo lívida, el nerviosismo de controlar como única hermana suya todo lo que estaba sucediendo en su funeral.

Nos miramos unos a otros estupefactos. Las luces bajaron de intensidad. Algunos de los que ya habían olvidado que se encontraban en un funeral y se habían reído a carcajadas con el nudo de la corbata a la altura del ombligo y las mejillas sonrosadas por los efectos del alcohol, se quedaron mudos al comenzar la proyección.

—¡Dios bendito! —exclamó mi madre en voz alta.

Acababa de aparecer en la pantalla la imagen congelada de mi tía Pilar en el sofá del salón.

Busqué la mano de Xabi y se la apreté con fuerza. No hubo necesidad de pedir silencio.

Alguien le dio al botón de *play* y la imagen parpadeó... La tía Pilar, sonriente con buen aspecto, maquillada y arreglada como para una boda, miraba a la cámara que realizaba la grabación.

—Buenas tardes, queridos amigos y familiares. Bueno —empezó jovialmente—, bienvenidos a mi funeral.

De la mesa de atrás nos llegaron varios carraspeos y toses nerviosas. Pero en general había un silencio sepulcral.

—Espero que os estéis divirtiendo, porque ésa es, bueno, era, mi intención. —Hizo un guiño a la cámara— Tendré que acostumbrarme a hablar de mí misma en pasado...

Vestía una especie de túnica azul muy elegante, con mangas de capa y un escote pronunciado donde se veía una joya. Resaltaba su media melena ondulada, impecablemente peinada hacia un lado. En su regazo, sus manos reposaban sobre unos papeles, posiblemente su testamento.

—Karla, la directora de Dolce Vita Eventos, ha sido contratada por mí para organizar esta despedida tan especial. En ningún momento he querido que sea triste, por ello, todo ha sido cuidado y elegido bajo mi supervisión, para que unos y otros pudierais celebrar esta noche y os llevéis un grato recuerdo de mi persona. —Bajó la mirada un

momento y volvió a sonreír—. Puedo decir que en estos más de sesenta años de existencia he tenido momentos buenos y malos, como cualquiera de los que estáis ahí sentados. Pero ¿sabéis qué? ¡Lo mejor de todo es poder vivirlos! Y hacerlo con intensidad.

Mi madre rebuscó en su bolso con desesperación, hasta que sacó un paquete de pañuelos desechables.

—Quisiera saludar a todos los invitados a esta fiesta de despedida; prefiero llamarla así, porque el funeral será abierto a todo el mundo y vendrá el resto de personas con las que no he tenido tanta relación. Espero que hayáis podido asistir desde los diferentes lugares, desde Córdoba, mis amigos de toda la vida, desde Zaragoza y Navarra, primos, hermana y sobrinos, desde La Rioja y Castilla-La Mancha, desde Valencia, mis queridas falleras... pero también desde otros puntos de fuera de España, por donde he viajado y conocido a grandes personas, ligadas casi siempre a la música, que ha sido en los últimos tiempos mi gran pasión: Argentina, Estados Unidos, Londres...

Yo ni parpadeaba, totalmente absorta en la grabación. Ni siquiera me había dado cuenta de que los camareros habían traído las copas de cava a las mesas.

—Bien, no voy a nombraros uno por uno a todos, pero sabéis el aprecio que os he tenido siempre. Los amigos, en ocasiones, son la mejor familia, ¿no os parece? En mi caso, por suerte o por desgracia, así ha sido. En estos últimos años me he sentido muy arropada por ellos, puedo decir que han sido los amigos quienes me han acompañado hasta el último momento.

Ahí no pude evitar mirar a mis padres, que claramente habían sido aludidos de un modo elegante, sin nombrarlos. A mi madre parecía que le hubieran metido un palo de escoba por la espalda. Tuve el presentimiento de nuevo de que ahí no iba a quedar todo.

—Haciendo en estos últimos años un repaso de mi vida —continuó la fallecida tía Pilar desde la pantalla— después de hacer un balance de lo bueno y de lo menos bueno, me he dado cuenta de varias cosas: la primera, que damos por hecho que las etapas de la juventud y los comienzos de la madurez son los mejores, pero os aseguro que no siempre son sinónimo de felicidad. Al menos, así ha sido en mi caso, luego os contaré el porqué. Y la segunda, que hay que perseguir los sueños, por complicados que éstos nos parezcan. La constancia, el inconformismo y el optimismo serán la clave para seguir luchando por nuestros objetivos.

Con el rabillo del ojo, observé que mi madre se removía incómoda en su asiento y se servía un vaso de agua.

Miré a Xabi a los ojos y él me sonrió.

—Tu tía me está dejando alucinado, cuánta verdad —susurró.

Tras una pausa, ella continuó:

—A veces nos ponen trabas, zancadillas que nos parecen imposibles de saltar o de vencer, pero os muestro mi ejemplo porque sé que muchos os preguntaréis cómo he remontado, cómo he sido capaz de darle la vuelta a la tortilla, de empezar de nuevo y crear todo esto que tenéis alrededor. Pues bien, cuando más hundida estaba por las circunstancias que luego explicaré, unos amigos me empujaron a confiar en mis posibilidades. Con muy pocos recursos, aposté por lo que creía junto a un socio que ya no está entre nosotros y que fue quien me introdujo en el mundo de la música como secretaria y asistente de manager. Con mucho esfuerzo y dedicación, y sobre todo confianza e intuición, logramos representar a los que serían primeras figuras de los últimos diez años.

Se oyó algún murmullo de admiración. ¡¿Que había conseguido hacer qué...?! ¿Mi tía había sido ayudante de un importante representante musical? ¿Cómo?

No salía de mi asombro. Me tapé la boca con las manos y Xabi resopló.

Quería hablar, comentarle todo lo que pasaba por mi cabeza, pero no me quería perder una sola de las últimas palabras de mi tía Pilar.

—Y también tuve mis malos momentos, algunos de vosotros lo sabéis. Mis familiares más allegados fueron juez y parte de esos momentos.

¿Había dicho «juez y parte» consciente de lo que eso significaba?

Su rostro había adquirido una seriedad que imponía. Fijó la mirada en la cámara como

queriendo dirigirse a ellos.

Mis padres fueron por un instante el centro de atención de los asistentes. Mi madre se sirvió otro vaso de agua. Su mano temblaba considerablemente. Empecé a preocuparme, puede que las próximas palabras de mi tía nos descubrieran a mí y a todos el porqué de su nerviosismo.

—Allá por el año ochenta y cuatro, me diagnosticaron una aguda depresión... Pensaron que mi embarazo podía constituir un peligro y barajaron todas las posibilidades dentro de la legalidad, para finalmente ingresarme en un centro psiquiátrico a petición de mis familiares y quitarme a mi hija... Nunca olvidaré la cara de mi niña...

Mi madre se tapó los ojos, bajó la cabeza y se sumió en un amargo llanto silencioso. Mi padre se removió en su asiento, finalmente arrastró la silla y se puso en pie:

—Creo que ya es suficiente, por favor. —Y salió de la sala entre los murmullos de la gente, en busca de la directora de eventos.

Sentí la mano de Xabi apretando la mía. Yo me había quedado contemplando la pantalla con la imagen detenida. La imagen de mi tía congelada con la mirada fija... muy fija... Hubiese querido oír el resto de la grabación, pero no pudo ser. Con pasos apresurados, Karla se acercó hacia el centro, mientras las luces recuperaban su intensidad anterior y la imagen de mi tía desaparecía. Yo me quedé mirando la pantalla azul del escritorio de un ordenador con el logo de Windows.

—¿Estás bien? —me preguntó Xabi, dándome la vuelta despacio, cogiéndome de la barbilla—. Tu madre...

—Siento mucho que estos últimos minutos hayan sido... desagradables para algunos de ustedes, familiares o allegados —se disculpó con torpeza la guía—. La verdad es que no sabíamos... Como les he dicho... En fin, creo que podemos seguir con el programa y salir al porche a tomar una copa si lo desean.

Sí, en el fondo no me quedaba otra que compadecerme de mi madre. Rodeada por cuatro personas que trataban de consolarla, se disponía a tomarse el calmante que le ofrecía la espléndida Karla de Dolce Vita.

De pronto volví a la realidad y sentí un impulso. Llevada por la intuición, la corazonada más fuerte hasta ese momento, arrastré mi silla y me levanté como una flecha.

Xabi, sorprendido por la premura y brusquedad de mis movimientos, me cogió por el codo.

—Julia, ¿estás bien?

—Tengo que subir a la habitación, voy a buscar a Candela... —le susurré sin pararme.

—Voy contigo.

Ser impulsiva, visceral puede tener sus ventajas:

- No se suelen medir los riesgos.
- Se toman decisiones con rapidez.
- No se pierde el tiempo en analizar la situación.

Y, por supuesto, sus inconvenientes:

- No se suelen medir los riesgos.
- Se toman decisiones con rapidez.
- No se pierde el tiempo en analizar la situación.

Pero además, ser demasiado impulsiva puede hacer que te lleves a dos o tres invitados por delante si sales corriendo de una bodega escaleras arriba, arrastrando del brazo a un motorista que se hace pasar por tu novio.

Eso restó dos minutos de mi tiempo, porque tuve que detenerme para disculparme con un matrimonio por haber tirado su copa de champán encima del vestido, evidentemente blanco, de la señora, con tan mala fortuna que mi padre, desde su privilegiada posición desde arriba, me vio y me fulminó con la mirada.

—Como una loca, siempre igual...

No presté más atención a su comentario.

Me frené al llegar al vestíbulo, donde miré hacia los lados como buscando la salida de un laberinto. ¿Dónde estaría Candela?

Xabi aprovechó para intentar sonsacarme algo más, pero no le di tiempo. Volví a avanzar a grandes zancadas hacia el salón, cogiéndome el vestido para ganar en rapidez. Asomé la cabeza por la puerta, pero no vi a nadie.

—Puede que esté en la cocina... —sugirió Xabi.

—Buena idea.

Seguí avanzando sin dejar de buscarla entre la gente. No era complicado, porque la mayoría de invitados estaban en el porche y algunos todavía en la bodega, de sobremesa.

Reparé en varias réplicas de discos de oro con marco negro que colgaban en la pared, pero me dije que no disponía de mucho tiempo, que eso podría esperar.

Candela tampoco estaba en la cocina.

—Mierda, ¿dónde coño se habrá metido esa mujer? —solté entre dientes.

—Julia, tranquila, ¿se puede saber qué buscas?

Lo cogí de la mano y lo arrastré de nuevo, esta vez hacia el piso superior, ya con la seguridad de que encontraría a Candela allí. Me levanté el vestido hasta las rodillas para correr escaleras arriba.

Candela salía en ese momento de una de las cinco habitaciones de arriba, llevando en las manos un juego completo de ropa de cama.

—¡Candela! —Se detuvo en seco, asustada, y miró hacia atrás—. ¡Espera!

—¿Qué ocurre?

—Déjame la llave, por favor —pedí jadeante.

—¿La de la habitación de doña Pilar? —preguntó ella, indecisa.

—Sí.

—Pero... las órdenes de la señora fueron que se mantuviese cerrada hasta que termine

el funeral, ya se lo he explicado.

—Candela, es muy importante. —La miré con gravedad.

Desvió la vista hacia el juego de cama, como si allí se encontrase la respuesta a su duda.

En ese momento supe que si la dejaba pensar un poco más la respuesta sería negativa y tenía que entrar urgentemente en ese cuarto.

—Me he dejado allí una cosa... —Mi tono era suplicante.

Se palpó el bolsillo por fuera, volvió a mirar el juego de cama y se me acercó confidencialmente.

—Dejo esto en la habitación de doña Carmen y ahora vengo y los acompaño.

Por supuesto, era una empleada eficaz. Nos iba a acompañar para no dejarnos solos en la habitación de su señora... pero eso a mí ya no me importaba.

Vimos cómo se alejaba a pasos cortos y rápidos. Entonces le solté a Xabi la mano y lo miré a los ojos. Él tensó la mandíbula, sosteniéndome la mirada. Y me cogió la mano entre las suyas.

—Tienes las manos heladas... ¿Estás bien?

Pensé que, como mínimo, debería darle las gracias en algún momento, pero no sabía cómo hacerlo. ¿Sería exagerado si me tiraba a su cuello y me lo comía a besos? Vale, en ese momento parecería forzado y fuera de lugar. Quizá resultase más apropiado en la despedida o durante la noche.

¿Despedida? Pero ¿él accedería a quedarse una noche más? Casi lo había olvidado. Me quedaban menos de doce horas para separarme de él definitivamente y quién sabía si volveríamos a encontrarnos alguna vez más en la vida.

—Estoy bien, Víctor. Gracias.

Candela volvió con la respiración agitada.

—Sígueme, pero por favor, que sea rápido —nos pidió, sacando las llaves del bolsillo de su bata.

Quizá no me había dado cuenta antes, la primera vez que entré en la habitación de mi tía, pero ahora notaba un aroma riquísimo a vainilla. Me pregunté qué clase de ambientador usarían.

—Gracias, Candela. —Le apreté con cariño el brazo.

Fui directa hacia la caja de cartón que había en el armario. Recordaba el lugar exacto donde la empleada había vuelto a guardar las cartas.

El corazón empezó a desbocarseme, estaba a punto de descubrir lo que mi intuición me decía que podía hallar entre aquellas cuartillas y aquellos sobres que tenía en mi mano. Me dejé caer sobre la cama inspirando profundamente, mientras deshacía el lazo negro.

Al levantar la vista, me encontré con aquel atlético hombre de metro ochenta de altura, cruzado de brazos, observando con atención cada uno de mis movimientos. Me paré conscientemente para fijarme en su pelo moreno, en aquellas facciones tan marcadas de su rostro, la barba de dos días que cubría su mandíbula cuadrada y en aquellos ojos gris azulado que iban de mi rostro a mis manos y de mis manos a mi rostro, esperando impaciente.

Quise hacerlo cómplice de todo, se lo merecía. Así que di dos golpecitos en la colcha, a mi lado, invitándolo a sentarse conmigo. Archeó las cejas agradecido, supongo, asintió y se acomodó a mi derecha.

Candela seguía al lado de la puerta, de pie. Diría que ella también intuía que era un momento delicado, pero su lealtad no le permitía dejarnos a solas en la habitación.

—Vamos, ábrelas... —me animó Xabi.

Nos quedamos un instante mirándonos a los ojos con intensidad, como si quisiéramos transmitirnos algo difícil de expresar, algo que podía flotar en el aire pero que ninguno probablemente seríamos capaces de pronunciar.

Resoplé al desdoblar la primera carta.

Paseé la mirada por ella, sobre todo por el comienzo. No, no me servía, ésa era la primera y yo quería ver las últimas.

¡Estaban totalmente desordenadas! Me temblaban las manos y, en la búsqueda, se me cayeron cuatro o cinco al suelo. Las cogí con rapidez y las abrí una por una, esperando encontrar otro inicio, otro tipo de saludo, otras palabras, pero por el momento todas empezaban con un rutinario: «Querida Julia.» La última carta que cayó al suelo, boca abajo, estaba fuera del sobre, de modo que no me encontré con el principio, sino con el final, con su firma, y entonces... me llevé las manos a la boca para no gritar.

En cuanto vi escrita la despedida «mil besos y abrazos de tu madre, Pilar», el papel cayó de mi mano como una hoja cae del árbol, lánguidamente. Y se me quedó la mirada perdida hasta que Xabi se agachó con rapidez para ver qué había leído que me había impresionado tanto.

No me moví hasta que él, tras leer y darse cuenta de mi descubrimiento, me estrechó entre sus brazos, sujetando mi cabeza contra su pecho.

—Tranquila, Julia... Ahora intenta no... no pensar en...

Desde luego, tenía que resultar muy difícil dar un consejo en una situación como aquella. Supongo que uno debía de sentirse estúpido, impotente, y lo único que se le ocurría era abrazarme fuerte, como si apretarme contra su pecho fuera a protegerme de todas las explicaciones que tendría que pedir, por lo que tendría que pasar a partir de entonces.

—Tranquila... —Me acarició la cabeza.

—Es... era... mi madre, ¡joder! —Me incorporé de repente, buscando su mirada.

—¡Dios mío! —exclamó Candela impresionada.

—Recoge esas cartas —me ordenó Xabi—. Ella no quería que las leyese todavía. Y tendría sus razones, Julia.

Candela se acercó para ayudarnos, porque yo todavía seguía sentada mirando hacia la puerta, absorta en aquellas palabras con las que había descubierto la verdad de mi vida.

Quizá ahora encajaba todo, pero no era momento de forzar más mi mente. No iba a ser nada fácil asumirlo.

—Señorita Julia, tengo que volver a cerrar con llave esta habitación. —La voz de Candela me hizo volver a la realidad.

Me levanté de la cama y fui reuniendo, sujetándolas como si me fuera la vida en ello, todas las cuartillas y sobres esparcidos sobre la colcha hasta hacer un montón. Impaciente, busqué con los ojos por todos lados el lazo negro, hasta que Xabi lo cogió de un extremo y me lo puso delante. Lo metí todo rápidamente en la caja de cartón.

—¿Dónde está mi mochila? —le pregunté desorientada.

—En la otra habitación. Pero será mejor que las dejes aquí hasta que...

No le dejé terminar la frase. Agarré entre mis manos la caja y salí de forma apresurada del cuarto.

Xabi me siguió y oí cómo Candela cerraba con llave nada más salir nosotros.

—Julia, espera... Julia... —Probablemente Xabi trataba de tranquilizarme, pero yo sólo pensaba en guardarlo todo, ¿y después? Todavía no sabía qué haría después.

Eché la mochila sobre la cama, abrí la cremallera, saqué sin cuidado mi ropa y coloqué la caja al fondo. Luego volví a meter a presión todas las prendas.

—Espera, deja que te ayude...

Cerré la cremallera casi con violencia y luego me lancé entre sus brazos. Casi desprevenido, Xabi se tambaleó y me acogió de nuevo.

—¿Sabes lo que vamos a hacer? —Su tono era cálido, envolvente, protector—. Vamos a ir a dar un paseo, a que te tomes una copa.

—¡Necesito un cigarro! —anuncié, separándome de él de repente, con la mirada

vidriosa.

Abrí la cremallera del bolsillo exterior de la mochila y cogí mi paquete de tabaco y el mechero.

—Bien, pero escúchame. —Me cogió la barbilla para que lo mirase—. Hazme caso, ahora tú y yo nos vamos a dar una vuelta sin hablar con nadie, ¿entendido?

Dejé que tomase el mando de la situación. Puede que por primera vez no me encontrara en condiciones de saber qué dirección tomar. Él se abrió paso llevándome de la mano, hasta que me hallé frente a un camarero que me daba una copa. Fui a cogerla, pero tenía el paquete de cigarrillos en la mano, así que Xabi sujetó los dos vasos alargados con una de las suyas y, entrelazando mis dedos con la otra, volvió a llevarme hacia el porche, donde si no hubiera sido por él, habría tropezado varias veces con la gente.

Las voces, los murmullos, las risas se me antojaron como si de pronto todo hubiera pasado a otra dimensión, algo surrealista, o dentro de una pesadilla en la que yo parecía un zombi, o una marioneta, sin voluntad propia.

De pronto, me pareció oír mi nombre, pero no estaba segura si era dentro o fuera de mi cabeza. Xabi se detuvo y noté que me pasaba un brazo alrededor de los hombros y me empujaba suavemente hacia delante.

—Vamos a dar un paseo, ahora volvemos —le dijo a alguien a su espalda.

Y con aquella seguridad aplastante suya, continuó hasta que nos encontramos en el camino por donde habíamos entrado aquella mañana.

Ralentizó sus pasos y aflojó un poco el agarre de su mano sobre mi hombro. Señaló el banco, nos sentamos y me pasó el gin tonic.

—Vamos, bebe. —Me sorprendió su mirada preocupada clavada en mis ojos... y por un momento me acordé del otro día, cuando, tras el accidente, me puso tres dedos delante y me preguntó: «¿Cuántos dedos ves aquí?» Y yo pensé que me trataba como si fuera gilipollas.

Recordar eso me dio risa, la verdad, y me eché a reír a carcajadas.

Creo que lo asusté aún más.

—¡Joder! Julia, ¿estás bien?

—Al verte preocupado, me estaba acordando de la primera vez. Parece que haya pasado tanto tiempo y han sido sólo dos días.

—¿La primera vez de qué?

—Cuando sucedió el accidente, me mirabas como ahora. Cuando viniste hacia el coche y me enseñaste tres dedos, los pusiste delante de mi nariz y me preguntaste cuántos dedos veía... Pensé que creías que yo era gilipollas y que el gilipollas eras tú.

Xabi se echó a reír. Inesperadamente, se inclinó hacia delante, apoyó los codos en las rodillas, juntó las manos alrededor del puente de su nariz, pensativo, y giró la cara hacia mí.

—Puede que lo pensara... en un primer momento. —Su voz sonó grave, firme—. Pero si ahora alguien dijera de ti que eres gilipollas... juro que le partiría la cara.

Y entonces, justo entonces, en ese preciso instante, algo hizo que me elevase dos metros del suelo, que me costase tragar mi propia saliva de repente y que mi corazón botase en mi pecho de golpe. Aunque luego no le partiese a nadie la cara, me pareció la cosa más auténtica y más sentida que me habían dicho en toda mi puñetera vida. No era romántico ni moñas, era algo que le había salido de dentro.

Vale que nos fuésemos a despedir en unas horas, pero en ese instante supe con toda seguridad que aquel tío merecía la pena y que me iba a costar olvidarle. Bebimos en silencio.

—¿Qué vas a hacer? Después, quiero decir —aclaré—. ¿Te quedarás esta noche?

—¿Me invitas? —contestó con otra pregunta, mirándome los labios.

Fui yo quien se acercó hasta rozar los suyos, despacio. Podía oler el aroma del limón

que acababa de beber. Después me hundí en ellos, cerré los ojos, sentí su boca y me dejé llevar.

Un carraspeo interrumpió de un modo cruel ese momento de intimidad.

—Perdonad, tortolitos —empezó mi hermano—, hace un rato que os están buscando. Dentro de diez minutos han dicho que nos tenemos que reunir en la biblioteca para la lectura del testamento, hermanita.

—Vale, iremos ahora. —Y me quedé esperando a que se fuera, pero se quedó allí un momento—. ¡Vamos! ¡Mueve el culo, pesado!

Se marchó protestando por lo bajo y volví a prestar atención a Xabi. Acababa de sacar su móvil y tenía el cejo fruncido.

—¿Qué pasa?

—Ah... Nada. —Se guardó el teléfono sin mucha convicción.

—Xabi... —le advertí—. Dímelo.

Resopló de nuevo, volvió a la postura de los codos sobre las rodillas y masaje en el puente de la nariz. Levantó la mirada, indeciso.

—Xabi... —Mi tono fue claramente de aviso.

—Julia... Es que ahora ya tienes bastante con lo tuyo y... —empezó.

—Xabi, no me ocultes nada... ¿Qué ha pasado?

Entonces me di cuenta de que con todo el jaleo del funeral ya no habíamos vuelto a tocar el tema de la huida de Zarautz antes de devolverle el Clio azul a Víctor.

—No quería preocuparte... Han vuelto a contactar conmigo desde otro número, creen que la policía nos está buscando.

¿En serio? ¿Por qué se torcía todo de esa manera? ¿Cómo íbamos a salir de aquello? ¿Por qué y cómo?

Le cogí la mano. Suspiró preocupado, con la vista al frente.

—Debería marcharme ya, ahora mismo, para no ponerte en peligro...

De un respingo, lo cogí por las solapas del esmoquin blanco, obligándolo a mirarme.

—¿Estás loco? ¡De eso nada!

—Puedo inventar cualquier excusa, tus padres no...

—¡Imbécil, que no es por eso! —alcé la voz—. Si te vas ahora... es más fácil que te trinquen. Aquí estás más resguardado.

—No sé, Julia.

—Vamos, nos están esperando para leer el testamento. —Me levanté y lo agarré de la manga—. Puedes marcharte durante la noche, será más fácil que a plena luz.

Resultaba sorprendente mi capacidad de razonamiento en ese momento, pero sus palabras habían activado el engranaje de mi cabeza. Me observó unos segundos y no pudo rebatir mi argumento.

Caminamos deprisa de vuelta a la casa.

La puerta de la biblioteca estaba abierta de par en par. La habíamos visitado hacía unas horas con la guía, que nos explicó todos los detalles del mobiliario y de las colecciones antiguas que allí se conservaban tal como las encontró mi tía al adquirir la mansión.

Sentado a la mesa rectangular estaba el que supuse que sería el notario, y mis padres, bueno..., el doctor Lasarte y su esposa, iban a tomar asiento frente a él. Mi hermano hablaba de pie con otros dos hombres, que me habían presentado como primos de la fallecida. Inspiré profundamente antes de entrar y mi supuesto novio me apretó la mano para darme fuerzas. Las iba a necesitar.

—¿Podemos empezar? —El notario levantó la vista por encima de las gafas y observó a los que allí estábamos.

Presentó a su secretario, que llevaba dos carpetas y que tomó asiento a su lado. Miré a mi madre, a la que había considerado mi madre. La examiné con cuidado buscando algo más. ¿Debería odiarla por haberme mentado durante toda mi vida? ¿Cómo iba a afrontar aquello a partir de ahora? Posiblemente estaría pasando uno de los peores momentos de su vida, se sentiría abochornada, y con la conciencia intranquila. Se lo merecía. ¿Y si realmente Pilar no estaba en condiciones de tenerme? Pero habían tenido toda la vida para darme explicaciones, para dejar que la visitara... Me dije que no me acostaría hasta leer aquellas cartas, no iba a poder conciliar el sueño sin saber algo más.

El notario había empezado con el protocolo. Estaba examinando las copias de los carnés de identidad de los familiares allí presentes y hablaba con su secretario.

Este último comenzó con las explicaciones sobre la fecha en la que se redactó el testamento, las posteriores rectificaciones, que habían sido dos en los últimos diez años, y la validez legal de todas ellas.

Siguió con la lectura de las últimas voluntades de doña Pilar Fuencisla Goicoechea, que constaban de dos folios por lo menos. Casi todas ellas habían sido cumplidas: la organización del evento, la contratación del grupo Apóstoles del Infierno para despedir el funeral, las flores de la entrada, el coche fúnebre, el *catering*, el menú de la comida, el sorteo de algunas pertenencias... y la hora de la lectura del testamento. Se repasó uno por uno cada punto del orden del día para comprobar que se habían cumplido a rajatabla sus deseos, sin lo cual no se podría abrir y leer el testamento.

Mi mente vagó por otros derroteros en ese primer cuarto de hora soporífero e interminable.

Distraída en mis pensamientos, me acordé del verdadero Víctor y de Lorena, y de que pronto tendría que volver a enfrentarme con ellos. No pude evitar sentir cierto desasosiego.

Hubiera sacado el móvil para entretenerme, pero no procedía en un momento como ése; mi padre me hubiera fulminado directamente ante notario, y, además, desde la mañana lo tenía arriba, en la mochila. Es lo que tenía llevar un vestido largo de ceremonia sin bolsillos.

Calculé que la señora Lasarte habría gastado ya cuatro o cinco paquetes de clínex y ahora volvía a sacar otro más del bolso. Me pregunté dos cosas: una, si la fábrica de celulosa le daba comisión, y dos, si realmente aquellas lágrimas eran de verdad, ¿por qué no hizo algo cuando todavía no era tarde? El doctor Lasarte mantenía las manos cruzadas sobre la mesa, uniendo y separando los pulgares, posiblemente impaciente por que finalizase toda aquella pantomima. Sí, así con esa palabra había definido el funeral de la loca de su cuñada.

—Bien, y finalizada la comprobación, vamos a proceder a extraer del sobre cerrado con lacre el testamento.

Ceremonioso, el secretario tomó el sobre de la carpeta y se lo entregó.

—Señor notario...

Con un afilado abrecartas, éste rompió el lacre de un sobre grande y, con sumo cuidado, como si en lugar de notario fuese un cirujano a punto de colocar un marcapasos, extrajo poco a poco los folios y los fue depositando sobre su mesa.

Volvió a nombrar a los familiares de la fallecida uno por uno por orden de proximidad, de grado de consanguinidad... y entonces pensé: «Qué curiosa hipocresía, según eso yo sería la primera.» Y ellos tenían que saberlo.

Cuando el notario llegó con su voz pausada y monótona al momento clave de la lectura, busqué una vez más la mano de mi supuesto novio por debajo de la mesa. Eso empezaba a ser un hábito del que tendría que desengancharme cuanto antes, porque él estaba a punto de marcharse, de terminar todo.

Escuché con atención cómo aquel hombre, con los papeles en la mano, miraba a mi

madre. La nombraba y leía en voz alta y clara que doña Pilar Fuencisla le dejaba a su hermana en herencia todas sus joyas, así como los cuadros y pertenencias de sus padres. Entonces, el notario se quedó mirando el papel, creo que, como todos, esperando algo más... Le dio la vuelta a la hoja y echó un vistazo rápido a las dos hojas siguientes. En la espalda de mi madre, seguro que se podrían partir nueces, de lo tensa que estaba.

Sin embargo, el señor notario levantó la mirada dubitativo y continuó:

—Como iba leyendo... los cuadros y pertenencias de sus padres.

Y punto. Nada más. Ahora sí que había hecho la pausa correcta.

Mi hermano me miró. Le brillaban los ojos, con toda probabilidad esperanzado al ver que el trozo de tarta posiblemente sería mayor para él. Sentí asco, impotencia, rabia...

Llegó el momento de los primos, que tenían que repartirse unas hectáreas que ni supe calcular si era mucho o poco. Tan sólo que entramos en otro aburridísimo momento al mencionar la localización, las lindes, los registros, sacar otros papeles que mostraban la propiedad de esas tierras...

Ni siquiera sabía si yo también compartiría con mi hermano y mis primos esos terrenos. La verdad era que de poco me servirían, porque no tenía ni idea de dónde ni cómo estaban, de si eran rentables o no, de si alguien los cultivaba o por el contrario eran secarrales. Si alguna vez me hubieran dado la oportunidad de hablar con ella, si no me hubieran arrebatado a mi madre... Volvía a evadirme con mis elucubraciones, cuando al oír mi nombre regresé de golpe a mi cuerpo, como si hubiera hecho un viaje astral.

—A Julia Lasarte Goicoechea —pronunció mi nombre, pero sin añadir «mi sobrina».

El notario se detuvo más tiempo del necesario, o era mi impaciencia lo que me hacía pensar que lo había hecho. Le susurró algo a su secretario. ¿Qué demonios pasaba? El asistente sacó el otro portafolios y lo colocó sobre el anterior, lo abrió y extrajo otros documentos que desde mi posición yo no alcanzaba a ver.

—A Julia Lasarte Goicoechea —repitió el notario, levantando la vista hacia mí—, le dejo en herencia la mitad de la titularidad de mi empresa internacional WorldMusic S.L., junto con Alfonso Lasarte Goicoechea. Además, dejo a Julia Lasarte Goicoechea en herencia esta mansión en su totalidad, su continente y su contenido, salvo los objetos que se mencionan en el anexo II del presente testamento y que serán sorteados entre mis amistades, con dos únicas condiciones: la primera es que no sea vendida ni alquilada al menos hasta después de seis meses de mi fallecimiento. Y la segunda: en el caso de que la nueva propietaria resida en ella, no se despida a la empleada doña Candela Torres Gracia en cinco años. Además, hereda también una cuenta corriente abierta en el Banco S. V. A. con un depósito a plazo fijo.

¡Acababa de quedarme muda de asombro! ¡No sólo yo, sino todos!

Me llevé una mano a la boca totalmente impresionada. ¡Todo aquello era mío!

Sentí la mano de Xabi presionando con fuerza la mía y lo miré. Sus ojos sonreían, más azules que nunca, su boca, sus manos... irradiaba felicidad.

—¡Enhorabuena, propietaria! —me susurró al oído, antes de besarme la mejilla.

Pensé que nunca iba a olvidar los rostros de cada uno de los que allí estaban y sus expresiones de asombro, de incredulidad y en algún caso... de envidia.

—A mi sobrino Alfonso Lasarte Goicoechea —el notario nombró a mi hermano, pero casi todas las miradas seguían sobre mí en ese momento—, le dejo en herencia la mitad de la sociedad WorldMusic, que le corresponde junto a Julia Lasarte, como consta en los anexos, además del total de mis acciones en las dos empresas que figuran en dichos apartados.

Alfonso se quedó boquiabierto cuando el notario procedió a leer el anexo donde figuraban esas empresas, una de ellas era una importante asesoría y la otra una compañía que empezaba a adquirir fuerza en el sector de las telecomunicaciones. Al parecer, Alfonso al final acabaría por desvincularse de la medicina, a juzgar por la

expresión de felicidad de su rostro.

Siguieron durante cerca de una hora más todos los parientes, primos e hijos de éstos, a los que se les dejaban parcelas y participaciones en acciones principalmente.

Miré el techo alto de aquella biblioteca que por lo menos tenía cuarenta metros cuadrados, con aquella mesa inmensa de roble, la librería con las colecciones antiguas. ¡Todo! ¡Todo eso ya era mío!

Al fin de la lectura, de las firmas de los presentes y de los ruegos y preguntas comenzamos a levantarnos de allí.

Me sentí abrumada al verme rodeada de todos para darme la enhorabuena. Mi madre, bueno, la señora Lasarte, y mi padre, su marido, sólo fingían que se alegraban, eso lo tenía claro.

El señor notario me llamó para darme los detalles sobre la firma de las escrituras y otros documentos que iba a tener que firmar. ¡Y las llaves de mi mansión, la Casa de la Playa!

—Hermanita, creo que este funeral nos va a cambiar la vida —me soltó Alfonso, mientras pasaba una mano por mis hombros.

—No te imaginas cuánto, capullín... ¡No te imaginas cuánto!

Resoplé con rabia. Puede que fuese la ansiedad, que me mantenía en una continua excitación, pero no había manera de cerrar la cremallera. Nada, los papeles no cabían en la puñetera mochila. De mi garganta salió un gruñido de desesperación.

—Trae, Julia, ya te ayudo yo. —Xabi me los quitó finalmente de la mano y trató de hacer hueco.

Confieso que me molestó un poco no ser capaz de hacerlo yo. Me estaba dejando llevar demasiado por él y eso no era bueno. Además, se iba a marchar, y yo tenía derecho a estar rabiosa por todo.

—Quién iba a decir que volvería del funeral llevando en esta vieja mochila las escrituras de mi nueva mansión y un montón de antiguas cartas. Es que aún no me lo creo. —Hablabas más para mí que para él.

—Ya no tendrás que buscar otro piso compartido... —bromeó él.

Giré sobre mis talones, mirándolo todo desde la perspectiva bien distinta de que fuese exclusivamente mío. Dos sentimientos encontrados: la alegría lógica por haber heredado una mansión que debía de valer una fortuna, y la tristeza aplastante por haber descubierto que, hasta ese momento, mi vida se había construido sobre los cimientos de la peor mentira imaginable.

De repente, vi venir el proyectil en forma de interrogante. Como si alguien hubiese apretado el gatillo de mi cerebro, se disparó en mi cabeza con la velocidad y la fuerza necesarias como para salir de mi boca sin darme tiempo a analizarlo. La impresión de oírme pronunciar en voz alta una cuestión tan vital, me hizo caer sentada sobre la cama.

—Entonces... ¿quién es mi padre?!

Xabi se detuvo en seco, como si le hubieran dado al botón de pausa, congelando por completo su imagen. Con las manos aún dentro de la mochila, levantó la cabeza levemente. Cerró los párpados con resignación y torció el gesto, sin mirarme. Aunque no dijo nada, su expresión hablaba por sí sola. Él se lo temía, se esperaba que de un instante a otro me lo cuestionase y volviese de nuevo a aquel shock del primer momento.

Miré a mi alrededor sin ver nada, buscando algo más tangible. Pero en aquella habitación no había nada a lo que agarrarse. Ninguna explicación. A no ser...

—¡Quita, déjame...! —Me levanté de pronto e intenté empujar a Xabi para cogerle la mochila—. Tiene que estar todo en esas cartas... ¡Dámela!

Pero él, con su seguridad aplastante, apartó la mochila con una sola mano y la colocó fuera de mi alcance.

—Ya tendrás tiempo, Julia. Ahora no...

Necesitaba leerlo escrito del puño y letra de mi madre y el gilipollas ese me estaba impidiendo el paso hacia mi mochila, mis papeles, mis verdades... ¿Qué se habían creído todos? ¿Que yo era una marioneta y podían manejarme a su antojo?

Pero ¿qué mierda le pasaba a mi vida, a mi mundo? ¿Quién era quién? ¿Quién era yo? Me lancé contra él de nuevo, con los brazos extendidos. Jurando que si hacía falta emplear la fuerza, le pegaría una patada en la espinilla o en los huevos, pero que no podría impedirme coger mis cosas...

—¡Dámela! —grité de puntillas, tirando de su brazo—. Trae la puta mochila...

—¡Para, Julia! ¡Ahora no!

—¡Maldito gilipollas de mierda! —chillé con rabia, fuera de mí—. ¡Tú no eres nadie...!

De pronto, al oír mi insulto, bajó el brazo y la mochila con tal seriedad que me asustó. Vi cómo se tensaba su mandíbula y echaba la bolsa sobre la cama con desgana.

Entonces caí de bruces sobre el colchón y lo empecé a aporrear con los puños cerrados, fuera de mí, descontrolada, presa de la histeria, berreando.

Por una milésima de segundo, creí que Xabi se marcharía en ese mismo instante, pero me levantó por los brazos y me obligó a ponerme de pie frente a él. Yo continuaba dando manotazos a diestro y siniestro, como si estuviera poseída, y él me zarandeó dos o tres veces. Luego me agarró fuerte y me abrazó contra su pecho.

Mis músculos se aflojaron poco a poco y me vino un llanto atroz, tan angustioso que temí ahogarme con mi propia furia.

Él no dejó de abrazarme en todo el tiempo que duró ese ataque bestial de cólera. Poco a poco me fui calmando, recuperando el control sobre mi cuerpo, mi respiración, mi yo interior. Y entonces empecé a sentirme avergonzada, cansada, derrotada, exhausta... y sin fuerzas para hacerme más preguntas ni para enfrentarme a una discusión con Xabi sobre mi comportamiento. En cuanto él aflojase sus brazos y me liberase, me sentiría tan perdida, tan abandonada... Pero le entendería, porque no tenía ninguna obligación de aguantar mis berrinches, mi mala hostia, mis circunstancias.

Bastante había hecho, no olvidemos: un motorista al que había arrollado hacía dos días en la carretera, haciéndose pasar por mi novio para mi propio beneficio, poniéndolo en peligro al volver al lugar de donde tuvo que huir, Zarautz, aguantando mis impertinencias y mis malos humos.

Había tenido que hacer acopio de paciencia para soportar al imbécil de mi novio cuando le devolvió el coche, los ataques de mi padre durante la cena, las gilipolleces del pijo de mi hermano, las miraditas de Lorena o de algunos familiares en el funeral.

Suficiente entereza había demostrado en sólo dos días para vestirse con un esmoquin blanco, comprar un casco de moto para mí, pagar mis gastos, costear el arreglo de su Yamaha.

Pero sobre todo, ante todo... nada podía compararse con su infinita resignación ante mi actitud. Porque... ¿qué había hecho yo por él, aparte de insultarlo, provocarle un accidente, meterlo en líos? ¿Prometerle que le pagaría quince mil euros que no tenía? Bueno, ahora sí, pero entonces no sabía que los tendría.

Xabi podía parecer prepotente a veces, pero no tenía nada de estúpido. Respiré hondo, apoyada todavía sobre su pecho. Él sabía muy bien que igual no le podía pagar los quince mil.

Entonces, ¿por qué lo hacía? ¿Por qué no se había largado? Y sobre todo... no colaba que una noche de sexo —que dicho sea de paso, podía conseguir en cualquier momento dado su físico— mereciese tanto riesgo.

Me separó poco a poco de su pecho, con las manos en mis hombros, para examinarme bien.

—Gracias. —Mis ojos, aún llorosos, trataban de expresar eso, un profundo agradecimiento, ahora que se iba a despedir de mí.

Negó con la cabeza en silencio, bajó la vista y la levantó de nuevo.

—Todavía no —me dijo con su habitual seguridad.

Abrí los ojos esperanzada. ¿Quería decir que aún no se iba? ¿Que se quedaba esa noche? ¿O que simplemente aún no le diera las gracias?

—¿Todavía no qué...?

—No te voy a dejar sola esta noche.

Hay palabras que son como un bálsamo. Cuando te sientes perdida, puedes agarrarte a ellas aunque sea un solo instante, para recuperar la serenidad y la confianza. Puede que Xabi, con su fingida prepotencia y su seguridad en sí mismo, tuviera ese don para transmitir tranquilidad en los momentos clave. Puede que funcionase conmigo. El caso es que aquella frase me reconfortó.

No fue sentimentalismo barato, un romanticismo moñas, sino algo más profundo, más sentido. No me iba a dejar sola esa noche. Se trataba de una promesa en una situación

comprometida, algo mucho más arriesgado que un ramo de flores en una cena romántica... Aquello había sido algo definitivo, una declaración de intenciones, de sus valores como ser humano, de sus principios. Una demostración de su valentía, de su honradez... todo resumido en una sola frase: «No te voy a dejar sola esta noche.»

Ni en su tono ni en su mirada ni en su gesto había un ápice de picardía ni dobles intenciones, ni resultaba apasionado o sensual. De haber sido así, lo habría mandado a la mierda por no saber elegir el momento.

Una vez más, sólo podía estarle agradecida, pero me parecía tan estúpido resumirlo en una palabra tan socorrida... Preferí mirarlo con gratitud, procurando relajar mi gesto y dibujar una sonrisa amable.

Entonces, unos pitidos en mi móvil, que aún estaba en la mochila, llamaron mi atención. Cuando lo saqué y miré la pantalla, casi me da algo: tenía siete llamadas perdidas y un montón de mensajes desde la mañana.

¿Por dónde empezar?

Por las llamadas. Las últimas dos que aparecían reflejadas en el registro del teléfono pertenecían a Lorena, las anteriores a Víctor.

—Ellos... me han llamado. —Mi tono podía haber sido un poco menos dramático, pero sonó como si se mascara la tragedia en una peli de terror.

Solté el aire que había retenido involuntariamente en mi pecho, mientras pulsaba las teclas con rapidez para leer los mensajes. Xabi se colocó a mi lado y en ese momento empezaron de nuevo los ensayos de nuestros Apóstoles del Infierno.

—Son seis mensajes —conté a simple vista, mientras abría cada uno—. Vale, el último, adivina...

Mientras Xabi se frotaba aquella atractiva barba de dos días, me entraron unas ganas irracionales de darle un mordisco voraz al hoyuelo que tenía en el mentón, pero desvié la mirada a tiempo. Me repetí una vez más: «Empieza a olvidarte de él.»

—¿De Víctor? —Sus ojos grises se entrecerraron al pronunciar su nombre.

—Frío, frío —contesté.

Arqueó las cejas, adelantando la cabeza y encogiéndose de hombros, dándose por vencido. Comenzaba a sonar *uncoverde Logical Song* de Supertramp.

[3]

—Mi hermano. —Bajé la mirada hacia el móvil y leí en voz alta—: «Tortolitos, sé que estáis en la habitación a puerta cerrada y no quiero interrumpir, pero el sorteo comienza en quince minutos. Lo mejor: está viniendo gente de... bueno, mejor te vistes, bajas y lo veis XD.»

Xabi sonrió abiertamente.

—Nos van a dar un Oscar —bromeó sin demasiado énfasis.

Eso me dolió un poco, aunque no dejaba de tener razón. Siempre me cabría la duda de si entre nosotros todo había sido una farsa.

—Sí, somos la leche. Todos se han tragado que tú y yo estamos... —Darle la razón no era tan difícil como terminar la expresión.

Nos quedamos mirándonos como idiotas, yo con esa frase inacabada que se me había atragantado a medio camino de los labios, sin saber cómo acabarla, y él frente a mí sin saber qué hacer con las manos, buscando los bolsillos del pantalón de gala.

Torpes, desorientados, perdidos en aquella habitación, como si el tiempo se detuviese mientras buscábamos en nuestras miradas, el uno al otro, ese «algo» que completase la frase inacabada, que nos sacase de dudas sobre lo que se suponía que había habido entre nosotros. Y todo volvió a la normalidad cuando Xabi resopló y desvió ligeramente la mirada hacia su reloj, despertando de ese instante raro.

—¿A qué hora lo ha enviado? Ya habrá empezado, ¿no? —Su voz casi sonó antinatural, forzada.

—A las seis y trece.

—¿Y nuestras papeletas para la rifa?

—Lo he olvidado, no he cogido...

—No importa. —Desvió la vista y trató de disimular—. Bueno, además estará ya empezado...

—Bueno, pues sí, ya habrá empezado.

De pronto recordé que tenía más mensajes.

—Los otros son... de Lorena y de Víctor —añadí con un suspiro mientras los abría.

Me quedé en silencio, leyéndolos.

—¿Y? —De repente Xabi tenía interés en saber qué decían.

—Lorena me dice que me ha llamado, que Víctor y ella quieren hablar conmigo. En el siguiente me dice que él quiere hablar a solas conmigo, que tenemos que aclarar todo esto...

—¿Y? —volvió a preguntar Xabi, buscando mi mirada.

—Nada más, eso —respondí con la voz apagada, cerrando los mensajes tomándome mi tiempo.

Al cabo de unos segundos, su dedo índice me obligó a levantar la barbilla y prestarle atención.

—Te puedo preguntar... qué vas a hacer.

A veces su mirada resultaba tan profunda que parecía traspasarme, sumergirse en mi interior y llegar al fondo. No parecía fácil despistarle como un pez escurridizo, su seguridad y todo lo demás me lo impedían.

—Quiere que nos veamos y hablar conmigo de lo que pasó...

—Lo sé —contestó muy serio—. Ya sé lo que él quiere.

—Pues eso... —ratifiqué, encogiéndome de hombros, desviando la mirada hacia la izquierda.

—Me interesa saber qué es lo que tú quieres. —Enfatizó el «tú» con sus ojos, con su voz y con su gesto.

No podía pronunciarlo, era imposible soltar lo primero que venía a mi mente: «Estar contigo.»

Improvisar una frase para sustituir a ésa tan arriesgada, cuando lo que te gustaría sería gritarla, puede sonar antinatural. Generalmente, optamos por algo socorrido, algo que sea como un comodín y que no implique demasiado esfuerzo. Sí, sé que fue una cobardía no decirlo, de la que podría arrepentirme siempre.

—No lo sé.

—Venga, Julia... —insistió un poco preocupado. Hizo una pausa y continuó—: Y... y si te dice que podéis solucionar lo vuestro, ¿qué harás?

Un bufido incómodo salió de mis labios. Aquel interrogatorio me estaba agobiando un poco, no me lo esperaba, aunque tenía razón. Pero bueno, tendría que hablar con Víctor, ¿no? Aunque sólo fuera para terminar con él, para oficialmente acabar aquella puñetera relación, ¿no? Para mí se trataba ya de mi ex, pero estaba claro que para él había algunos cabos sueltos, que todavía no se había dicho la última palabra.

—Entiendo. —Xabi dio un paso hacia atrás, con las manos de nuevo en los bolsillos, ante mi mutismo.

No, no lo entendía. Se equivocaba. Tenía allí la oportunidad de decirle que la decisión estaba tomada, que nunca volvería con Víctor porque yo le quería a él. Pero ¿cómo iba a decírselo en ese momento?

Con aspecto derrotado, cogió la chaqueta de su esmoquin de la cama.

—Bueno, vamos a ese sorteo.

Mi hermano tenía razón.

Por si faltaba algún ingrediente más en aquel curioso funeral, acababan de empezar el sorteo de una manera bastante peculiar, por decir algo.

De hecho, Xabi y yo nos quedamos parados como estatuas cuando vimos aquel bombo dorado y gigante lleno de bolas, la mesa donde estaba el señor notario con su secretario a la derecha, y ¡los niños de San Ildefonso! sobre el escenario donde tan sólo unas horas antes ensayaban los Apóstoles del Infierno.

Bueno, posiblemente no fueran auténticos niños de San Ildefonso, pero daban el pego, porque iban vestidos igual: ocho criaturas que recogían las bolas con atención, las depositaban en los alambres y cantaban el número, imitando la misma tonadilla que el famoso sorteo de Navidad.

Con una excepción: no se cantaba el premio. De eso me di cuenta luego, después de que una niña con coletas y gafas entonase alegremente el ciento veintitrés. Una señora de la segunda fila, que llevaba un pelo más espeso y abultado que Marge Simpson, salió de su silla disparada como una flecha para recoger el lote de libros que mi... madre... había ordenado sortear antes de su fallecimiento. Había sido el secretario del notario el que, con voz aflautada, había dicho:

—Lote de cincuenta libros de la colección Grandes Biografías de Ayer y de Hoy, de mil novecientos sesenta y tres.

Por supuesto, la mujer no podía cargar con los cincuenta libros si no quería morir aplastada y hacerle la competencia a mi tía. No hubiera sido un detalle de buen gusto tener que improvisar otro funeral sobre la marcha. Recogió su justificante, o lo que fuese aquel papel que ahora agitaba en la mano con el brazo estirado. Nunca había visto a alguien tan contento por haber ganado algo que no fuese dinero. A decir verdad, tampoco solía frecuentar salas de juegos, ni tómbolas. Y, dicho sea de paso, de toda la vida me daban un miedo atroz las ferias.

La siguiente pregunta que me vino a la cabeza: ¿por qué números tan altos si allí no habría más de cincuenta personas? Y miré a Xabi con la sorpresa en los ojos.

—Han dicho el ciento veintitrés, ¿no? —Y continué—: ¿No te parece raro, si aquí sólo habrá cincuenta personas?

—Para el sorteo hubiera quedado de pena que un niño de San Ildefonso cantase el diez o el tres. Así que imagino que habrán puesto el uno delante.

Asentí con la cabeza. Tenía respuesta para todo. Lo que yo decía.

Desde luego, no hay la menor duda de que el azar es caprichoso. ¡Y un hijo de su madre!

Mira que habría gente interesada en aquel pedazo de guitarra eléctrica del famoso irlandés Robert Gallert. El secretario se había puesto en pie, avanzó dos o tres pasos y levantó los brazos al frente, sujetando el instrumento con más solemnidad que el Rey León mostrando a su hijo.

Ni Xabi ni yo entrábamos en el sorteo, desde luego. Pero aun con todo, me habría gustado que el azar, el bombo, la suerte hubieran apuntado hacia otro sitio.

Observé a la gente, que no perdía detalle del bombo cuando giraba. Parecía que tuviera un poder hipnótico sobre ellos, o quizá sería el efecto de los brillos dorados.

—Doscientos cincuenta y cuatro —canturreó la niña por segunda vez.

«¡El cincuenta y cuatro!», pensé.

Un abuelo de la segunda fila se incorporó con dificultades, levantó la mano para que lo vieran y avanzó por el pasillo, encorvado y apoyado en su bastón.

—¡Vaya por Dios, si en mi vida he tocado una guitarra! —fue su primera reacción ante un premio por el que más de uno hubiera matado.

«¡Pedazo de guitarra eléctrica! ¡Ojalá hubiera cogido la papeleta! ¡Mierda!»

Esperamos más de dos minutos a que el hombrecillo llegase hasta el escenario. Sufrí lo indecible cuando se la entregaron, porque, aunque no pesaba lo mismo que la colección de cincuenta biografías, había que reconocer que para un señor que por lo menos tendría ciento veinte años, con un acusado Parkinson que se reflejaba en el movimiento del bastón, llevar una guitarra eléctrica de semejante valor sin que ninguno de los dos sufrieran daños iba a ser misión imposible.

Supongo que por eso, el secretario, justo en el momento de la entrega, dejó al anciano esperando con el brazo estirado, mientras empezaban a oírse murmullos en las primeras filas. Se volvió para buscar la aprobación del notario, que en ese instante estaba entretenido en buscar un papel del portafolios, y por último, sin soltar la guitarra, se dio media vuelta para acercarse a la mesa y consultarle si debía hacer la entrega o podían aguardar al final del sorteo.

—¡Coño! —gritó el abuelo levantando el bastón hacia el cielo—. Pero ¿me la da o no me la da?

—Un momento, caballero —pidió el secretario, enrojándose por momentos.

—Si me la cambian por otra cosa, tanto me da, ¿eh? —volvió a intervenir el viejo, ya dirigiéndose al público, como si de un actor cómico se tratase—. A mí es que los sorteos me aburren, no sé a ustedes. Pero para una vez que me toca algo...

Se oyeron algunas risas espontáneas y el abuelo se vino arriba.

—¡Rediós, qué cabeza! —Se dio un golpecito en la frente—. ¡Debe de ser cosa del riego, cómo he podido olvidarlo! En mil novecientos treinta y nueve, en el sorteo de la beneficencia, al tío Fulgencio le tocó un premio de los gordos con un solo boleto de cinco pesetas. Así que al año siguiente decidió repartir suerte entre sus convecinos y familiares...

El hombre ya tenía al público en el bolsillo, cuando apareció el secretario del notario para hacerle entrega de la guitarra.

—Señor, disculpe las molestias, ya puede recoger su premio.

—Bueno, pues nada, si yo les quería terminar de contar lo del pobre Fulgencio a esta gente, que fue muy divertido, pero si no me dejan, pues hala, queden con Dios...

Desde el público, donde había un reducido sector más joven, se oyeron unos tímidos silbidos y risotadas, y seguidamente alguien empezó a dar palmas y jalearse al viejo:

«¡Que lo cuente, que lo cuente!»

Me pareció la situación más surrealista que había vivido en mucho tiempo, aunque después de los últimos acontecimientos, mi vida ya nada tenía que envidiar a una película de Almodóvar.

El anciano reía, animando a que lo vitorearan a ritmo de bastón, agitándolo en el aire como un director de orquesta. El secretario no daba crédito y la cara del notario era un poema.

Aquella anécdota había despertado a los aburridos asistentes a un soporífero sorteo y no querían perderse la batalla del viejo agraciado con la guitarra de Gallert.

De hecho, el anciano estaba disfrutando más de su minuto de gloria que del hecho de haber ganado la guitarra, bien por desconocimiento de quién era el famoso en cuestión, bien porque realmente no le encontraba utilidad a ese premio.

—Como les decía, Fulgencio decidió repartir su suerte animado por los demás, y allá por el año cuarenta, volvió a jugar, pero en lugar de cinco pesetas, se gastó el triple. Esta vez, el pobre Fulgencio no encontró el apoyo que esperaba, porque nadie pensaba que pudiera tocarle de nuevo, con lo que, a la hora de la verdad, teniendo en cuenta las apreturas del momento, nadie quiso sacar un céntimo del talego para comprarle la participación de la rifa de la beneficencia. Hay que decir que yo siempre

he sido más agarrao que un chotis y que aquello me pareció un total dispendio: ¡quince pesetas! Pero con la suerte del Fulgencio, seguro que le iba a tocar de nuevo, así que le dije que me guardase una participación, pero no de cinco pesetas, sino de cinco céntimos. Me insistió en que eso no era nada, que apostara algo más. Pero yo no las tenía todas conmigo. Ya pensaba que me diría que no, pero aunque fuera por recuperar algo, me extendió un recibo donde ponía: «Vale para la participación de cinco céntimos, en la rifa de la beneficencia del sorteo del veintidós de diciembre.»

El hombre hizo una pausa, sacó un pañuelo, se sonó estrepitosamente la nariz, y, tomándose su tiempo, volvió a guardárselo en el bolsillo.

El público asistente al funeral estaba por completo entregado a la historia de aquel anciano y su participación en una rifa allá por el año cuarenta.

—¿Y saben lo que pasó? —continuó el anciano, encorvándose cada vez más—. Que Fulgencio volvió a tener la suerte de cara, le tocó el premio en la rifa. Cuando me enteré, casi daba saltos de alegría, pero mi tío me dijo que aún tardaría unos días, en cuanto recibiera el premio, en hacer las particiones, y que ya vendría para darme mi parte.

»Yo acababa de casarme y habíamos comprado la casa del pueblo con un corral, me venían de perlas los dineros. Aunque tuviera que esperar, diantre. Casi ya me había olvidado de mi premio, después de tres meses de la rifa, cuando mi tío Fulgencio apareció por la casa, después de las Navidades. Lo convidé como Dios manda con un vino delante. Se lo tomó de un trago, porque tenía prisa, y con una sonrisa dijo: «Hala, por fin vas a cobrar tu parte, sobrino, lo que te corresponde por los cinco céntimos que te jugaste.» Abrió el talego y puso sobre la mesa algo duro y pesado, envuelto en un trapo más bien grasiento. —El viejo movía la cabeza apesadumbrado al acordarse—. Yo le dije: «Pero ¿qué es esto? ¿Una broma?»

»Al desplegar el trapo me encontré con el hueso repelado de un jamón y él, muy serio, me dijo: «Para el caldo de varios meses te vendrá bien.» «¿Y mi dinero?», le pregunté impaciente. «¿Qué dinero?», me contestó... «Quiero mi parte, lo que he ganado en la rifa.» «Ésta es tu parte», insistió. «Pensaba que sabías que lo que se sorteaba era un cerdo. Y, calculando, está claro que esto es lo que te corresponde por tu participación de cinco céntimos.»

Las risas y aplausos ensordecieron al pobre secretario, que ya no sabía qué hacer en tan ridícula situación. Así que el anciano por fin bajó a duras penas del escenario, vitoreado por todos y seguido por el secretario, que portaba la guitarra como si fuese su lacayo.

—Bueno, quería decirles —añadió el anciano dirigiéndose a su asiento— que si a alguno le toca otra cosa y lo que quería era la guitarra, que podemos llegar a un acuerdo. ¡Que hablando se entiende la gente, qué narices!

De nuevo más aplausos.

Ésta fue la anécdota más divertida del funeral de mi madre, y la más comentada, por supuesto.

Pero en cambio Xabi no había sonreído.

Faltaba tan sólo un cuarto de hora para las siete de la tarde, cuando mi madre, escoltada por la fantástica Karla, se acercó apresuradamente y me agarró por el codo.

—Julieta, vamos...

—¿Qué pasa? —Me revolví incómoda.

—El sorteo ha retrasado todo esto, el entierro es a las siete en punto. No hay tiempo que perder.

Xabi se miró el reloj de forma instintiva.

El organizado séquito de camareros estaba despejando a toda velocidad el porche de sillas y los músicos ya empezaban a colocar de nuevo sus instrumentos en el escenario.

—¿Dónde está el cementerio?

—Yo sé dónde está, a unos diez minutos escasos —me contestó mi supuesto novio.

—Cada uno irá con su coche... —empezó mi madre.

—Así está organizado —apostilló Karla consultando su agenda.

Nos encaminamos hacia el camino de entrada. Mi hermano y mi padre iban detrás, en silencio. Nosotros con mi madre y la guía delante.

Todavía no había oscurecido, pero de pronto sentí cómo se colaba el frío de la tarde por mi cuerpo. Xabi debió de darse cuenta de ello, porque me pasó el brazo por los hombros.

—¡Por fin! —exclamó de pronto mi madre, acelerando el paso—. Ahí está el coche fúnebre.

Un segundo más tarde, ante nosotros se abría el camino y nos permitía ver en la verja de la entrada un magnífico carruaje tirado por dos preciosos caballos blancos y sobre él una urna de cristal con el ataúd en su interior. Resultaba una curiosa imagen, mucho más bucólica y alegre que el típico automóvil negro con el logo de la funeraria.

A esas alturas de la ceremonia del entierro de mi tía, nada me resultaba ya demasiado extraño, visto lo visto.

Los dos caballos, imponentes, esperaban pacientemente la orden del cochero para avanzar. Mi madre y la guía se acercaron hasta el hombre vestido con un esmoquin negro, que descendía en ese momento del carruaje, se quitaba el sombrero de copa y les estrechaba la mano, supongo que dándoles sus condolencias con cortesía.

Nos mantuvimos en un discreto segundo plano mientras intercambiaban los saludos de rigor, hasta que la señora Lasarte se volvió y señaló hacia el aparcamiento.

—Vamos, seguiremos al carruaje hasta el cementerio cada uno en su coche.

Xabi me tomó de la mano para llevarme hasta donde había aparcado la moto.

Muchos de los invitados al velatorio subían a sus vehículos con la intención de acompañarnos a poner punto final al funeral de mi tía, en realidad, mi madre. No dejaba de ser un dato curioso, y bastante doloroso, descubrir el día de su entierro quién era ella, la mujer que me dio la vida, y, al mismo tiempo, darte cuenta de que tu existencia se ha sostenido sobre una gran mentira.

En esos momentos prefería no pensar demasiado, dejarme llevar, arrastrar por los hechos sin terminar de analizarlos. Ya habría tiempo después para tomar decisiones importantes. Porque si algo estaba claro era que aquellos últimos tres días acababan de dar un giro drástico a mi vida: lo que creía tener seguro no era sino una ilusión óptica que nada tenía que ver con la realidad.

Además, avanzaba de la mano de un hombre al que no conocía absolutamente de nada tan sólo tres días antes, el mismo al que arrollé en la autovía con el coche de mi

exnovio, que me había engañado con mi mejor amiga. Ni siquiera eso era verdad, otra mentira más. Lorena no había sido mi mejor amiga, ni Víctor mi hombre ideal.

Me quedé mirando al motorista con el que me había acostado la pasada noche, tratando de descifrar por primera vez cómo podía sentirse él. En esos momentos, descalzaba la moto con la habilidad de quien hace ese gesto una y otra vez, con aquella seguridad aplastante que tenía, lo que me cautivó de él desde el principio.

¿Se sentiría como un títere llevado de un lado a otro, como un simple actor interpretando un papel extraño en una comedia o, al final, se sentiría utilizado?

—¿Qué te pasa, no subes? —Fruunció el cejo al percatarse de que estaba allí de pie, inmóvil, observándolo—. El casco...

Se subió a la moto y esperó, con el suyo en la mano todavía.

Puede que no fuera el momento ni el lugar, pero yo no fui la que lo elegí. El instante me eligió a mí para avanzar dos pasos hacia él, buscando su mirada con ternura. La encontré tal como yo pretendía. Una visión tan limpia, sincera, de aquellos ojos azul gris que ahora me traspasaban en busca de una explicación...

Puede que por primera vez me dejara llevar, arriesgando demasiado. Avancé hacia él hasta rozar mi cuerpo con el suyo. Dejó caer los brazos a los lados, mientras yo ponía mis manos en sus hombros, sin prisa, con la certeza de que eso era lo que yo quería hacer en ese instante. Intuyó la importancia del momento, a juzgar por su seriedad tranquila. Las frías palmas de mis manos sostuvieron con delicadeza su cuello fuerte, para mantener aquella mirada en mis ojos.

—Xabi... —susurré—, te quiero.

Creo que sus pupilas se dilataron al oír eso, pero no pude terminar de comprobarlo, porque nos fundimos en un abrazo intenso, apretados con fuerza el uno contra el otro, en silencio, hasta que yo me separé muy despacio. Nos buscamos de nuevo con la mirada y descubrí sorprendida una lágrima en sus ojos.

—¿Nos vamos? —Sonreí.

Afirmó con un movimiento de cabeza y nos pusimos en marcha.

Ninguno de los dos podía saber lo que iba a venir luego, pero en ese momento me encontraba tranquila, en paz conmigo misma, fuese lo que fuese.

Me agarré a su cintura y cerré los ojos, apoyando la cabeza, experimentando aquella sensación que posiblemente no volvería a sentir y que deseaba exprimir al máximo.

Quería decírselo antes de volver a ver a Víctor y Lorena; sabía que tendría que enfrentarme a ello. Todavía desconocía cómo me afectaría, si él me pediría disculpas, si ella estaría presente cuando lo hiciese, si él me mostraría su arrepentimiento. Pero yo estaba segura de que ya no era la Julia de hacía tres días, había cambiado.

En pocos minutos, entrábamos en el recinto de la mano Sentí aquel apretón entre mis dedos, su manera de apoyarme una vez más cuando acudieron a nuestro encuentro mis padres y mi hermano, con Karla, que iba comentando cómo estaba distribuido el camposanto, su parte antigua, las dos ampliaciones que habían hecho en los últimos años, como si estuviera enseñando un museo, por pura deformación profesional.

El cementerio me sorprendió por su forma circular. Avanzamos por la parte antigua, con unos recorridos concéntricos bordeados de setos. Pasamos por panteones y capillas adosados al muro. Quizá la serenidad de un lugar como ése contagiaba aún más mi espíritu relajado y melancólico. Sentí tristeza cuando nos aproximamos a un espacio que, según explicó Karla, estaba destinado para inhumaciones de niños.

—Ahí es —indicó la guía, señalando el nutrido grupo de personas que había a unos trescientos metros.

Sentí cómo se me encogía el estómago cuando divisé en esa reunión a Víctor y Lorena, que hablaban con otros dos jóvenes.

Había llegado el momento de la verdad. La hora de enfrentarme a mis sentimientos reales.

—Y esta segunda ampliación fue hecha en mil novecientos setenta y seis, con un diseño octogonal...

La voz de Karla acompañaba nuestros pasos, mientras mi yo interior se debatía entre la posibilidad de soltar la mano de Xabi o apretársela aún con más fuerza.

Lo resolvió él mismo. Como si me hubiera leído el pensamiento, enseguida sentí la mía liberada.

Lorena se acercó dos pasos por delante de mi exnovio, que parecía no tener muy claro qué decir o qué hacer. Saludó a mi madre, tratando de evitar mirarme directamente. Yo me encendí un cigarrillo y me preparé para que sucediera lo que tuviera que suceder.

Apenas unos segundos más tarde, varios hombres pasaron por delante hacia uno de los nichos, portando la urna de cristal con el ataúd. Y detrás de éste, un montón de coronas, ramos de flores... Entonces me quedé con la mirada fija en unos gladiolos, pensando que ni siquiera le había comprado un ramo.

Me volví y vi a Xabi, inmóvil, con un rictus de preocupación que me llegó al alma.

—Siento lo de tu tía —dijo de pronto mi ex—. Me gustaría que me dieras la oportunidad de vernos más tranquilamente cuando volvamos a Pamplona. Tenemos mucho de lo que hablar.

Levanté la cabeza y le clavé una mirada que no dejaba lugar a dudas.

—No, Víctor, no tenemos nada más de que hablar.

Empecé a darme la vuelta para dirigirme hacia donde estaba mi fingido novio, pero sólo había dado dos pasos cuando Víctor me tiró del brazo.

—¡Espera, Julia! —gritó—. Un momento.

—¡Déjame en paz!

Traté de zafarme de su mano y Xabi en dos zancadas se presentó ante nosotros.

—Ya la has oído. Suéltala. —Su tono era tranquilo y su seguridad, como siempre, aplastante.

Víctor dudó un instante, pero me soltó antes de hinchar el pecho y plantarse ante el motorista.

—Mira, colega, no tengo ni puta idea de quién eres, pero estoy hablando con ella.

—Estabas —precisó Xabi.

—Creo que no me has entendido, tío, vete por donde has venido y no te metas. No me gustaría que...

—Ya la has oído, no quiere hablar más contigo. —Xabi se colocó a mi lado, me miró un instante a los ojos confirmando lo que decía y luego se giró hacia él, tensando la mandíbula, con una advertencia—: Déjala en paz, ¿vale?

Me sentí afortunada de tenerlo allí a mi lado. Me tocó el brazo para guiarme de nuevo hacia fuera.

No había dado dos pasos cuando sentí otra vez que me tiraban de la manga.

—¡Julia! Pero ¿quién cojones es este gilipollas?

Por un segundo temí lo peor cuando Xabi se volvió ciento ochenta grados y avanzó con una zancada hacia él. Lo apartó un poco, pero aun así pude oírlo.

—Cuando quieras ya te lo explico, si tienes tanto interés, pero no es el sitio ni el momento.

Víctor se rio en su cara para provocarlo.

—Claro, claro...

—Te tengo muchas ganas, cabrón, pero por tu bien, no me busques. Y mucho menos a ella.

Agradecí que no se enzarzaran allí, que todo quedase en un intercambio de palabras. Xabi le dio la espalda y en unos segundos estuvo a mi lado.

—¿Estás bien? —me preguntó, mirándome a los ojos.

—Sí, mejor que nunca —le respondí con una sonrisa de agradecimiento.

Lorena se aproximó hasta mí con la mirada baja. Realmente se notaba su

arrepentimiento.

—Te llamaré en unos días, porque me gustaría...

Justo en ese instante sucedió algo del todo inaudito. De pronto, vi que mi padre se dirigía con dos policías hacia nosotros. Busqué la mano de Xabi, mientras el corazón me daba un salto en el pecho. Encontré su mano, él me la apretó un segundo y luego me la soltó...

«No, no..., no, por favor —me dije—. Ahora no... Que no lo detengan, por favor. Yo lo quiero, no pueden detenerlo ahora...»

Juraría que Xabi incluso se apartó un poco de mí. Aquellos trescientos metros que nos separaban de los *ertzainas* y mi padre eran como una escena a cámara lenta. Los tres los observamos, mientras Víctor seguía mirándonos a nosotros a cierta distancia.

Mi madre, que presenciaba el término del funeral en primera fila, se volvió y vio sorprendida cómo mi padre, escoltado por los policías, avanzaba con gesto serio hacia donde estábamos. Abandonó su posición mientras acababan de introducir el féretro en el nicho, le dijo algo a Karla y corrió hacia nosotros.

En ese instante, algunos de los asistentes se percataron de lo extraño del asunto, y lo señalaron o comentaron, ajenos a lo que yo sabía que iba a suceder de un momento a otro. Aparecieron otros dos policías por un camino lateral y esperaron allí, a bastante distancia.

Un segundo antes de que los dos agentes y mi padre llegasen hasta donde estábamos, Xabi me miró con intensidad. Parecía tranquilo, pero yo reconocí la preocupación en sus ojos grises. Entonces se inclinó hacia mí y me susurró al oído:

—Yo también te quiero.

¿Ésa era la frase que había elegido como despedida?

Hubiera querido abrazarle, besarle por si aquéllos eran los últimos segundos que íbamos a estar juntos.

—Buenas tardes —saludó uno de los agentes.

—Mi hija Julia, su novio Víctor y una amiga —fue la escueta presentación de mi padre.

El corazón se me iba a salir del pecho de un momento a otro, pero quise aparentar toda la normalidad posible ante lo que se avecinaba.

—¿Ha ocurrido algo, papá? —Hacía siglos que no lo llamaba así.

—Bueno, parece que sí. Sospechan que hay...

—Estamos buscando a una persona —lo interrumpió uno de los *ertzainas*, consultando una libreta de notas que llevaba en la mano.

Había llegado el momento y no había marcha atrás. Mi madre llegó jadeando.

—¿Qué sucede, Antón?

—Buscan a un fugitivo que al parecer está en el cementerio.

—¡Por Dios bendito! —Mi madre se llevó la mano a la boca.

—Lleva mucho estrés con el funeral de su hermana —explicó mi padre.

—Siento este incidente, pero comprenderán que es necesario... —continuó el policía

—Por supuesto, faltaría más... —Mi padre hizo un gesto con la mano, invitándolos a que siguieran adelante.

El *ertzaina* que permanecía en silencio no quitaba los ojos de Xabi, lo miraba fijamente sin pestañear.

—¿Pueden decirnos si alguno de ustedes es propietario del Renault Clio azul con matrícula 8835VVDK aparcado a la entrada?

—¡Joder! —gritó alterada Lorena—. Pero ¡si es el coche de Víctor!

Los dos policías cruzaron una significativa mirada. Yo aún no había reaccionado.

—¿Está él aquí? —El *ertzain* se dirigió a Lorena, que parecía asustada.

—¿Víctor? —empezó mi madre, aturdida y a destiempo, mirando a Xabi—. Pero...

La agarré por el codo y señalé hacia el auténtico Víctor, a mi exnovio, el propietario del maldito Clio azul.

—Ése de allí es el Víctor que buscan, mamá, es que se llaman igual. Es un amigo de Lorena.

—Bien —dijo el primero de los agentes, volviéndose y observando a mi amiga—. Acompáñenos.

Uno de los otros se llevó el *walkie* a la boca.

—Lo tenemos —dijo en tono grave—. No son necesarios refuerzos, pero por si acaso cubrid la entrada.

Los policías se alejaron con Lorena, que iba balbuceando nerviosa, y se encaminaron hacia Víctor, que justo en ese momento levantaba la vista de su móvil y parecía confuso.

Nos quedamos en silencio y yo busqué a tientas a Xabi con mi mano sudorosa. Me la apretó durante un instante y me tranquilicé un poco.

—Antón, ¿qué es lo que pasa?

—Parece ser que ese chico ha cometido algún delito, no me han explicado exactamente cuál, pero será algún asunto de drogas, me imagino.

En ese instante sonó el móvil de Xabi, que me soltó con rapidez la mano. Se fue caminando, alejándose unos cuantos metros, cada vez más, y yo me centré en la conversación con mis padres.

—Dios mío, espero que Lorena no se vea involucrada en esas cosas, pobre chica.

—De pronto, mi madre se volvió hacia el muro donde estaban todos despidiendo a doña Pilar, mi verdadera madre—. Parece que esto ha terminado.

—Voy a ir a hablar con la policía, por si nos necesitan para algo más o nos podemos ir —dijo mi padre.

—Me gustaría volver ya a Pamplona, Antón —lo retuvo mi madre por el codo—. Yo necesito descansar. —Me miró un momento—. ¿Os quedaréis vosotros al concierto?

—Sí. Además, tengo que pensar en el traslado de la Casa de la Playa...

—Suponía que querrías venirte aquí. —Sonrió con un poso de amargura.

Xabise presentó ante nosotros en dos zancadas y me cogió con suavidad por el codo. Sus ojos brillaban, tenía la mandíbula muy tensa.

—Julia, me adelanto y voy sacando la moto por la parte lateral para no encontrarnos con todo el tráfico. —Me pareció que no perdía de vista a los dos agentes de *laertzaintza*.

Los policías acababan de detener a Víctor y él trataba por todos los medios de explicarles que cometían un grave error. Lorena caminaba detrás de ellos sin saber muy bien qué hacer, mordiéndose las uñas y resoplando. Le oí decir que él no había cogido el coche en los últimos días, y que Lorena era testigo, porque habían estado juntos.

—Tengo que irme ya...

—¿A qué viene tanta prisa, Julia? —saltó de pronto mi padre—. Creo que deberíamos hablar antes de irnos...

—Prefiero no hacerlo ahora, sinceramente.

—¿Hay algo que debemos saber? Parece que nos ocultas algo.

—Lo mismo digo —solté de pronto, aguantando su mirada con valentía—. Pero no es el momento ni el lugar adecuado.

—De todas maneras... —dijo él despacio, tratando, supongo, de retenerme— ya sabes dónde está tu casa. No hace falta que te diga...

Asentí sin decir palabra. ¡Tenía que irme, Xabi me esperaba!

Me di la vuelta sin aparentar nerviosismo, pero tenía unas ganas enormes de echar a correr hacia la moto.

Comprendía los motivos de Xabi: estaba evitando encontrarse de frente en el aparcamiento con la policía y mi exnovio detenido, y su urgencia por salir de aquel cementerio era comprensible. Hice un esfuerzo por acelerar el paso. Me temblaban las

piernas sabiendo que de un momento a otro podía destaparse toda la mentira. Viví esa sensación única de tener la adrenalina a tope, como en una situación límite. Avancé tan rápido como me permitieron mis fuerzas, sin volver la vista atrás, consciente del peligro, planteándome de nuevo si había merecido la pena meter en problemas a Xabi por mi mero beneficio, mi propia hipocresía familiar, personal... Pero al atravesar la puerta del cementerio, vi lo que estaba ocurriendo.

Perdiéndose en el horizonte, divisé a Xabi montado en su Yamaha negra, alejándose del cementerio a toda pastilla. Procuré correr, pero di un traspié por los malditos tacones. Me quité los zapatos y corrí con ellos en la mano, clavándome las piedrecillas en los talones en un intento por alcanzarlo.

—¡Xabiiiiiiiiiii! —Mi grito fue tan desgarrador como inútil.

Me quedé paralizada al borde de la carretera.

«Se ha marchado, se ha ido sin mí. ¡Será cabrón!» Me doblé hacia delante jadeante, mirando hacia los lados con rabia.

A doscientos metros, los dos *ertzainas* metían en el coche patrulla a mi exnovio, a Víctor. Me quedé en blanco ante aquellas dos situaciones tan surrealistas.

Supongo que ya era insoportable tanta tensión. Y es que podía asegurar que aquéllos habían sido posiblemente los tres días más intensos de mi vida.

¿Y ahora qué? Mis padres, bueno..., los que yo creía que eran mis padres, volvían a Pamplona. ¿Y yo? ¡¿Qué coño iba a hacer yo ahora?!

Se me estaban congelando los dedos. Me los llevé a la boca para calentarlos con mi aliento, pero aquel frío era más bien interno, mucho más profundo. Jugué con las llaves de la Casa de la Playa, la mía desde ese momento. Sólo tenía que ir hasta allí y tomar una decisión: intentar olvidar y recuperarme de todo aquello, o revolcarme en mi propia mierda, ésas eran mis alternativas.

Estaba claro que no tenía otras a corto plazo. Comencé a caminar despacio, arrastrando los pies por el arcén, con la mirada triste y perdida, y los puñeteros zapatos en la mano. Me vi como la protagonista de una patética peli romántica en una escena dramática y sentí pena de mí misma.

—Bueno —comencé a decir entre dientes—, así que éste es el final de mi historia, de esta aventura de tres días con un delincuente.

Podía habérmelo imaginado, pero no me había atrevido a enfrentarme a la realidad.

«¿Y qué esperabas, imbécil? —me pregunté de pronto con rabia—. ¿Qué coño esperabas de un fugitivo?»

«Bueno, vale, el polvo..., los polvos... no han estado mal, eso que te llevas por delante», me dije como si fuera mi segundo yo.

—¡Y una mierda! ¿A quién pretendes engañar, gilipollas? ¡Mírate! —me recliné ya en voz alta—. ¡Estás totalmente pillada por un capullo!

«¡¿Por qué? ¿Por qué?!», me preguntó mi yo interior con rabia.

Una lágrima caliente fue descendiendo por mi mejilla. Vacía, desengañada, sola... así me sentía. Y no era justo

«¡Joder! ¡No es justo!»

Saqué el paquete de tabaco. Al encender el cigarrillo, me percaté de que ya había oscurecido totalmente, y en un rato comenzaría el puto concierto de los Apóstoles del Infierno. Todo me daba igual a partir de ese momento: qué más me daba que hubieran detenido a Víctor, que la zorra de Lorena se quedase sola. No me importaba un carajo que mis padres volvieran a Pamplona sin mí, ni siquiera que Xabi hubiese huido...

—¡Que os den! —grité como una loca—. ¡Por el culo! ¡Que os den a todos!

Solté una bocanada de humo y apreté los puños con rabia y helada de frío. Me paré para ponerme los zapatos y vi pasar un par de coches. No quería que nadie me viese llorar y mucho menos mis padres, ni, por supuesto, que se enterasen de que regresaba sola a la Casa de la Playa. Ojalá me hubiese vuelto invisible en esos momentos, o se

me hubiera tragado la tierra.

Agaché la cabeza tratando de pasar desapercibida. Por suerte, ninguno de los pocos vehículos que circulaban por la carretera del cementerio se detuvo a mi lado.

Tras veinte largos minutos andando, abandoné la carretera hacia el camino por donde habíamos llegado con la moto y subí la cuesta.

Al llegar a la verja, se oía la música *heavy* de los Apóstoles del Infierno y, sin poder evitarlo, me vinieron a la cabeza los recuerdos de cuando había llegado con Xabi a la Casa de la Playa esa misma mañana.

Había empezado el concierto, pues vale. Mira, mejor... ¡Ni puta gana de escuchar a cuatro viejos desgañitándose por parecer *heavy* a sus sesenta tacos!

Pasé por el porche, abriéndome camino a codazos, sin miramiento, entre la gente. De pronto me dieron ganas de volverme y gritarles a todos: «¿Qué coño hacéis en mi casa? ¿Por qué no os largáis de una vez? ¡Quiero estar sola!»

Pero entonces me acordé de ella, de la persona que había organizado todo aquello: mi verdadera madre. Agarré el bolso con fuerza, abrí la puerta de casa y cerré de un portazo monumental.

¡Tenía gracia! Podía apostar algo a que ella nunca hubiera imaginado que yo subiría la escalera hacia mi nueva habitación desesperada, histérica...

Abrí la puerta y me dejé caer de bruces en aquella colcha de colores intensos. Golpeé con los puños la cama, descargando toda mi impotencia. Me puse en pie, me quité los zapatos y los lancé contra la pared con todas mis fuerzas. El cuadro del guitarrista que me miraba de frente, ajeno a mi frustración, se torció ligeramente, a punto de caer por el taconazo que alcanzó el marco.

Miré a mi alrededor buscando algo más para lanzar y destruir, aunque fuese alguna de esas fotografías que parecían burlarse de mí, pero descubrí que todo aquello me gustaba y en un instante de cordura me advertí de que me arrepentiría después.

«Al fin y al cabo —me dije—, esto es lo único que te queda...»

Y me eché a reír sin venir a cuento, con una risa nerviosa, que volvió a terminar en un llanto amargo que descargué lanzándome en plancha sobre la cama y hundiendo la cara en la almohada.

De pronto, algo me hizo reaccionar. Me limpié las lágrimas y, con decisión, me incorporé descalza.

—¡Las cartas!

Recordé la última vez que las había visto, miré hacia el rincón donde debería estar la caja, aquella especie de cofre donde habían quedado guardadas.

—¡No, no están!

Y enseguida vino a mi mente la siguiente escena: Xabi intentando frenarme y yo corriendo y guardándolas en mi mochila. Descalza, sujetándome el maldito vestido blanco, salí de mi cuarto hacia el de invitados, donde tenía que estar la vieja mochila. Como si me fuera la vida en ello, abrí la puerta de par en par. Allí estaba, abandonada como un perro viejo. En la colcha todavía estaban las marcas incluso... las huellas de Xabi, de sus manos hundidas, cuando se apoyó para ayudarme a... meter los sobres dentro.

Ahora no estaba la lazada negra perfecta rodeando aquellas cartas, tal como las vi la primera vez. Algunos papeles se habían doblado. Pasé la palma de la mano sobre ellos, para tratar de planchar las cuartillas.

Respiré hondo, había vuelto a cobrar fuerza en mi mente la imagen de Xabi sujetando la mochila en el aire...

Pero no era momento de venirse abajo con sentimentalismos. Me había recuperado un poco, o al menos, eso intentaba.

Zarautz, 28 de febrero de 1995

Querida Julia:

Puede que te sorprenda esta primera carta que te escribo hoy, día 28 de febrero de 1995, para felicitarte en tu décimo cumpleaños.

Hoy además ha sido un día muy señalado para mí también, y ahora me dispongo a explicarte el porqué, ya que esta carta, si todo sale como tengo previsto, no llegará a tus manos ahora, sino cuando seas una mujer y puedas entenderlo todo.

Como te decía, hoy he firmado la compra de una vivienda, es un día especial... No es una casa corriente, como la que tenía en Valdez, ¿te acuerdas del pueblo? Estaba en la parte alta, camino de la ermita. Tú eras muy pequeña, insistías, pero no te dejaban venir sola. Algunos días, convencía a tu madre para que te quedases a comer. Lo que más te divertía era jugar con los gatos. Me contagiaba tu risa. Tu preferido era Domingo, el más pequeño de todos. Tú les pusiste los nombres de los días de la semana. Les hacías mil travesuras y yo me contagiaba con tu risa infantil. Jugabas conmigo a peluqueras, me ponías una toalla sobre los hombros y me dabas tirones de pelo, que yo aguantaba sin inmutarme.

Muy poco tiempo pasó hasta que tus padres te dijeron que les tenías alergia a mis gatos, y... ya no te permitieron venir más. No, ésa no era la verdad.

Es curioso, te estoy escribiendo y no sé ni cómo empezar a desvelarte todo lo que ocurrió entonces.

Hubiera querido decirte, durante todo este tiempo, lo importante que has sido y eres para mí, pero me ha sido imposible. Tengo grabado en mi memoria el último día que pude verte: ahora hace tres años, un frío y desapacible 2 de diciembre, tan sólo tres meses antes de mi partida. La vida da muchas vueltas, créeme, todos cometemos fallos y lo que he aprendido de ella... es que hay errores irreversibles que acaban pasando factura. Siempre.

Para que entiendas a qué me refiero, tendría que remontarme a once años atrás, cuando mi vida era un desastre. Reconozco que siempre he sido una rebelde, que no me gustaban las ataduras, ni las imposiciones. Sé que muchos pensaban de mí que era indomable, presumía de ser independiente y no necesitar a un hombre a mi lado, pero conocí a alguien especial, alguien que me comprendía, me valoraba y me amaba por encima de todas las cosas. Me enamoré.

Él era un músico excelente, vital y enérgico, que vibraba en cada concierto, con cada nota, con cada estrofa... y contagiaba su energía. Pero la vida no siempre es justa, Julia, y aunque rara vez nos paramos a pensar en ello, aquí sólo estamos de paso. En un segundo, todo puede cambiar, de repente.

Les había salido un concierto en Burgos. Él viajaba en la recién estrenada y pintada Pegaso. Conservo una foto que te enseñaré un día, del momento en el que los seis componentes de Apóstoles del Infierno la estaban pintando, con un extravagante dibujo lateral de un infierno en llamas. Supongo que te chocará el nombre que escogieron, pero no es de extrañar, teniendo en cuenta que se trataba de un grupo heavy.

A las doce y media de la noche sonó el teléfono. Era su hermano mayor, Rafa, el que tocaba el bajo, y cuando oí su voz supe que... había ocurrido algo. La furgoneta se salió en un tramo de carretera peligroso, un maldito punto negro de la nacional hacia Burgos. Dos de los integrantes no salieron con vida de aquella curva y uno de ellos, para mi desgracia, fue Íñigo, mi novio. El shock fue bestial, teniendo en cuenta además que hacía sólo una semana que nos habíamos enterado de que yo estaba embarazada. Habíamos decidido ir a vivir juntos, queríamos comprar una casa cerca de la playa. A Íñigo le entusiasmaba la costa cantábrica, y sobre todo su San Sebastián natal.

La noticia de su muerte, justo cuando mi vida tomaba un rumbo tan feliz, me provocó una gran depresión de la que nunca creí recuperarme.

La vida dejó de tener sentido.

Creo que tendré que contarte el resto poco a poco, porque a partir de ese momento, mi vida ha sido una auténtica montaña rusa. No será fácil explicarte algunas cosas, cómo acabé ingresada en el sanatorio Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón.

Pero eso, querida Julia, será en la próxima carta, porque ahora quiero volver al hoy, al día alegre de tu décimo cumpleaños y el mismo día en que he comprado la casa de mis sueños. ¿Sabes?, ya sé cómo la llamaré: Casa de la Playa.

Creo que algún día estarás en ella, te gustará tanto como a mí.

Bueno, seguiré en la próxima carta, contándote muchas más cosas.

Sé feliz, sé tú misma.

Con todo mi amor,

Pilar

Terminé de leer y miré al techo, resignada.

Así que mi padre murió antes de nacer yo. Así que era uno de los músicos de aquella banda. Así que... todo empezaba a encajar.

Ni siquiera me había dado cuenta de que los Apóstoles del Infierno llevaban un rato sin tocar.

Me levanté y corrí la cortina para mirar por la ventana hacia el porche.

Parecía que se habían tomado un pequeño descanso, porque nadie se movía del sitio. ¡Qué curioso!

Acababa de descubrir que aquel viejo rockero, el tal Rafa, por ahora sin apellidos, con cierto parecido a Mick Jagger, era ni más ni menos que mi tío, el hermano mayor de mi padre. ¡Eso lo explicaba todo! Desde luego, ese tipo encajaba mucho más conmigo que el doctor Lasarte.

Si no hubiera estado tan hecha polvo, lo suyo hubiera sido haberme lanzado escaleras abajo hacia el jardín, correr a conocerlo, haberle enseñado la carta y decirle quién era yo. Pero no hice nada de eso. Me quedé allí, clavada como una estatua, observando a través de la ventana cómo el doble de Jagger y su grupo volvían del descanso con el tema *Sad but true*,

[4]

de Metallica. Una canción con la que me identificaba en aquel momento. Su título, *Triste pero cierto*, era como mi situación. Sin él... sin Xabi.

Puede que no llegase a enterarme nunca y eso me frustraba, pero, sin saber muy bien por qué, me volví hacia una estantería de la habitación. Avancé hacia allí como una autómatas, como si alguien dirigiera mis pasos. Supongo que era algo que me había pasado por completo desapercibido hasta ese instante, pero en un momento dado lo había visto.

Toqué el lomo de lo que parecía un viejo álbum y lo saqué, apoyándolo en mi pecho.

Entonces, me senté en la cama y lo abrí por la primera hoja.

Fotos en blanco y negro, con terminaciones parecidas a las ondas de una blonda. Algunas de ellas se habían despegado, e incluso alguna tenía celo por detrás; del propio desgaste del papel se habían formado grietas que amenazaban con rasgar por entero la imagen.

Al parecer estaban colocadas en orden cronológico, porque aparecía una niña montada en un caballo de cartón antiguo, que supuse que sería mi madre Pilar.

Debajo, con caligrafía perfecta, a pesar de la tinta corrida, podía leerse una fecha: 1948.

Me imaginé que ese caballo de cartón debió de ser un regalo importante para ella, por la expresión alegre de su rostro, que contagiaba la sonrisa.

Continué avanzando en el tiempo, y pocas instantáneas después, me llevaron de vuelta al pueblo, a Valdez. Y ahí estaba de nuevo ella, con unos diez o doce años, jugando en la antigua acequia, que años atrás había sido un lavadero. Podía identificar todo eso porque me lo había contado mi madre cuando yo era una cría y yo le decía que me parecía ridículo que las mujeres se pusieran, codo con codo, a frotar sus ropas sucias en una especie de charco.

Enseguida se me fue la vista directamente a una imagen en particular, la misma que tenía mi madre adoptiva en su álbum. ¡Qué curioso! Por más que la buscaba, no la veía en ninguna otra.

Después, pasando otra página de su vida en blanco y negro, me topé con la época de su juventud. Allí estaban sus aburridas ropas, tan distintas a las de ahora, aquellas poses diferentes... pero algo permanecía, algo no había cambiado nada respecto a la imagen del vídeo de su funeral: la expresión de su mirada. Y descubrí que sí, que me veía reflejada en ella, que sus ojos y los míos se parecían bastante. Me vino a la

cabeza que de niña decían que tenía los ojos despiertos y curiosos.

Me quedé un rato mirándoselos y sonreí casi sin darme cuenta. Era como descubrir mi verdadera identidad. Examinar esas fotos me ayudaba a explicar muchas cosas.

Ahora aquel álbum me pertenecía, ¿no?

Despegué la lámina adhesiva y, con cuidado, la saqué, decidida a guardar esa foto de mi madre posando con una amiga. Detrás de ella se veía la iglesia, que allí parecía muy triste y sombría, como desnuda, y ambas estaban apoyadas en un banco, que no reconocí. La plaza no tenía tampoco nada que ver con la actual, desde luego.

Puse la foto en la mesilla por si decidía guardarme alguna más y continué descubriendo algo más a medida que pasaba páginas.

No supe calcular la edad de mi madre en la primera imagen que aparecía con un hombre. Con impaciencia, me acerqué todo lo que pude a la foto, seguramente con la esperanza de descubrir algún parecido con el doble de Mick Jagger de los Apóstoles del Infierno.

¿Y si era él?

¿Y si aquel hombre sonriente, con una cazadora azul, que la cogía por detrás, por la cintura, y apoyaba su barbilla en el hombro de ella era mi padre?

Por más que miraba no salía de dudas, hasta que avancé a la siguiente página.

Entonces sí.

Me dio un vuelco el corazón, porque allí aparecía el mismo hombre, en una foto en color bastante manoseada, delante de una furgoneta (posiblemente Pegaso) donde otros dos tipos señalaban el lateral. La chapa de la furgoneta había sido pintada simulando unas llamas y un tridente. Y en medio, en letras grandes, muy *heavys*: Apóstoles del Infierno.

Al cabo de un rato me incorporé de nuevo, con emociones encontradas.

Apoyé la frente en el frío cristal de la ventana y miré abajo, donde ya no quedaba ni rastro del grupo ni del concierto, y en ese momento sonó mi móvil.

Como un resorte, me di la vuelta buscando su procedencia. ¡Mi bolso!

Se disparó en mí una esperanza inconsciente, sin pretenderlo, sin haberme detenido a meditar en ello. Mi pensamiento iba por libre, era dueño de hacer lo que quisiera y así había sido. Había hecho saltar las alarmas, me había esperanzado en cuestión de milésimas de segundo por si era Xabi quien me llamaba.

Cogí el móvil de mi bolso y, al destaparlo, miré con asombro la foto de la pantalla. Aquella pelirroja sonriente que ahora ya no era la misma, incluso ni en el color de pelo. Frustrada, rechacé la llamada de Lorena y me arrojé de nuevo sobre la cama.

Hubiera sido una estupidez bajar en busca del doble de Jagger para decirle que tenía una sobrina, que yo era la hija de su hermano, el que murió, y que Pilar era mi madre. Seguramente, a ese tipo no le importaba en absoluto quién era yo, ni qué hacía allí, salvo que tuviese relación con aquel miniconcierto programado por mi madre.

Sonó el timbre de mensaje en mi móvil. Más concretamente dos, tres pitidos, cuatro... alguien insistía por whatsapp.

Lorena otra vez.

Coge el teléfono, Julia.

Es importante.

Por favor.

Vuelvo a llamarte.

Cógelo.

¡Maldita sea!

Mi móvil no tardó ni un segundo en volver a sonar y vi por segunda vez su cara en mi pantalla. Esta vez acepté la llamada.

—Dime... —fue mi escueta respuesta.

—Julia... —empezó ella.

—Dime... —repetí con desgana.

—Es importante, no me cuelgues. —Noté en su voz el temor al rechazo—. ¡Han soltado a Víctor hace un rato!

Hizo una pequeña pausa esperando que yo dijese algo, pero me mantuve en silencio, aunque he de reconocer que la noticia me alivió un poco.

—Al registrar el coche, la policía ha encontrado unas pistas... —Al oír eso, me dio un vuelco tremendo el corazón—. Por lo visto, cuando tú dejaste abandonado el coche, o lo que fuera que hicieses, lo robaron. No te lo vas a creer, Julia, vas a flipar, pero es la verdad: lo robó una banda organizada que se dedicaba a meter ilegalmente inmigrantes en España y resulta que, precisamente al registrar el coche, han dado con el responsable de la banda, porque se dejaron las pistas en la guantera... ¡Hay que ser gilipollas! ¡Ah! ¡Y un móvil!

¡El teléfono móvil!

Me quedé sin respiración por un momento. Entonces estaba claro, a esas horas, Xabi posiblemente estaría detenido.

—Me alegro... Así que los han trincado. —Mi tono sonó forzado.

—Sí, ya deben de tener al cabecilla de la banda, por eso han soltado a Víctor.

—¿Al cabecilla? —La expresión de Lorena me sonó rara, pero además quería tener algo más de información.

—Bueno, lo que sea. Lo han comprobado todo y se han dado cuenta de que estaba claro que robaron el Clio. El caso es que no se lo han devuelto aún. Ah, y ahí no acaba la cosa.

—¿Qué más?

—Pues nada, tía, que pasó por un radar a toda hostia, a más de ciento cuarenta. Pero bueno —añadió con ironía—, eso tú ya lo sabías, ¿no?

De pronto me temí que Víctor, al ser interrogado por los maderos, hubiera soltado que yo le había robado el coche, y en ese caso... les faltaría tiempo para venir a por mí.

—¿Entonces? ¿La poli sabe que fui yo la que mangó el coche?

—No, Julia. —Su tono fue condescendiente ahora—. Víctor no se chivó ni nada, ni te nombró a ti para nada. Es un tío legal. —Hizo una llamativa pausa—. Les dijo que estaba conmigo en casa y que, al bajar a la calle por la mañana, el coche ya no estaba donde lo aparcó. Deben de haber flipado de que no lo denunciase en el momento, y que poco después lo encontrase tirado cerca de la estación. Pero vamos, al registrarlo todo lo han soltado.

Por un lado me sentí agradecida de que no me hubiera metido en líos y por otro comprendí la gravedad de la situación. Posiblemente, a esas horas Xabi había sido detenido.

—Vale, gracias por avisarme.

—De nada. Y tómate tu tiempo, pero que no se te pase, tía, que deberíamos hablar, cuando tú quieras.

—Ya...

Sí, al final las piezas del puzzle encajaban. Sólo quedaba una fuera de su sitio. Una que me preocupaba realmente.

—¡Joder!

Tiré el móvil sobre la colcha y me retorcí las manos, nerviosa.

¿Qué podía hacer?

«¡Más gilipollas no se puede ser, Julia! Se ha largado y punto. Asímelo.»

«Además, apenas lo conocía.»

«Céntrate, imbécil. No le des vueltas al tarro, que nos conocemos.»

Me paseé de un lado a otro de la habitación, tratando de poner orden en mi cabeza y de no caer de nuevo.

Eso era cierto: habían sido tres días nada más. ¿A alguien normal se le puede ir así la

olla por un tío en sólo tres días?

Me dejé caer sentada en la cama, resoplando. Y al mirar a mi derecha volví a ver la carta de mi madre.

Molaría haber compartido aquello con Xabi.

«¿Otra vez con las mismas? Pero él seguro que ni se acordaba ya de mí, estaba claro. Xabi es historia, pasó y punto.»

Respiré hondo y me miré la punta de los zapatos. Ni siquiera me había cambiado de ropa, seguía vestida de blanco. Estaba impaciente por leer aquellas cartas, pero me vendría genial una ducha, ponerme el pijama, tomar algo caliente y descansar.

13 de mayo de 1995

Querida Julia:

Por fin tengo tiempo para escribirte. Desde la primera carta no he tenido ni un solo minuto libre con las obras de la casa. Hace dos días pusieron el suelo del porche, ha quedado precioso, y todavía están reformando la cocina. Me alimento de bocadillos y fruta, pero no me importa.

No te he contado nada de mi vida laboral, todavía. Todo gira en torno a la música. ¡Quién me lo iba a decir! Después de dos años apostando por todo esto, ahora puedo decir que trabajo con un representante musical de prestigio. No paro ni un momento, me dedico en cuerpo y alma a este mundillo tan caótico como apasionante. Un día espero poder contarte algunos de los logros que voy consiguiendo.

Pienso muchas veces en aquello, en una de las decisiones más importantes de mi vida al venirme aquí, porque la primera, la más crucial fue hace once años: tener a mi hija.

Puede que haya llegado el momento de seguir explicándote algunas cosas.

En mi carta anterior te contaba los motivos de mi depresión cuando me quedé embarazada. En aquellos momentos, y pese a que la relación con mi única hermana, tu madre, no era muy estrecha, la verdad es que se preocupó por mi estado. Yo no quería visitar a médicos especialistas, pero finalmente accedí. Había dejado de comer, podía pasarme días sin salir de casa y buscaba refugio en el sueño.

No estaba enferma, sino triste y abatida. Algo lógico, por otra parte, y no producto de la «enfermedad mental» que me diagnosticaron. Tiempo después averigüé, mirando los informes psiquiátricos, que el doctor Aramendía era amigo de tu padre, el doctor Lasarte. Atando cabos, llegué a la conclusión de que no fui internada en el cuarto mes de embarazo en el sanatorio Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón por lo que llamaron un «riesgo de suicidio», sino para tenerme controlada. Evidentemente, eso empeoró aún más mi ánimo. Me sentía examinada, enjaulada, encarcelada y vigilada las veinticuatro horas del día.

De vez en cuando, tu madre venía a verme, y cuando yo le preguntaba si podría salir pronto de allí, la respuesta era siempre la misma: «Todo depende de lo que digan los médicos.» Intentaba aferrarme a la esperanza de que antes del parto me dieran el alta. Pero no fue así, por supuesto.

Hay algo que llevo mucho tiempo callando, pero hoy y en este momento me dispongo a desvelarte. Es una noticia que va a afectarte por su trascendencia para ti. Y no sé cómo vas a reaccionar a ella, pero necesito que sepas la verdad.

El día 28 de febrero de 1995 di a luz a una niña completamente sana. Ése fue el día más feliz de mi vida, sin duda.

Imagino que al leer la fecha te habrás quedado de piedra. Así es, Julia, hija mía. No me dejaron quedarme contigo, con mi hija, por mi «supuesta enfermedad mental» y tu madre, mi hermana, decidió hacerse cargo de la situación, en principio, hasta mi recuperación... algo que no acabarían de diagnosticar hasta un año y medio después, tras la adopción.

Nunca fui la misma, como puedes imaginar. Y me refugié en mi casa, con mis gatos, y tuve que conformarme con ejercer como tu tía, sólo cuando me lo permitían. Tuve muchos enfrentamientos con ellos, pero fue inútil, todos y cada uno los perdí. Y como temían que a los ocho años pudiese decirte la verdad, me separaron de ti por completo con una orden judicial. A ti te dijeron que les tenías alergia a mis gatos, pero nada más lejos de la realidad.

Hay muchas más cosas que te iré contando en las sucesivas cartas, pero una que me hace muy feliz es que la Casa de la Playa un día será tuya.

Un beso de tu madre,
Pilar

Antes de llegar a la despedida en esa carta, yo ya estaba llorando. Cualquiera que me hubiera visto así, tumbada en la cama, con el pijama de verano, tapada con la sábana hasta el cuello y con un arrugado pañuelo de papel en la mano, seguro que pensaría que tenía gripe.

Sin pensarlo, devolví la carta a su respectivo sobre y saqué otra. Me había preparado la caja de clínex al lado del fajo de misivas de mi madre.

No puedo precisar en qué momento, entre el llanto y el cansancio, me quedé

profundamente dormida con la cuartilla arrugada en mi puño.

El despertar fue muy duro aquella mañana.

Primero, porque me costó situarme en aquella nueva habitación, en mi nueva casa... y a medida que recordaba todo lo que había ocurrido me daban ganas de hacerme un ovillo, taparme y seguir durmiendo. Miré el reloj de la mesilla y me sorprendió haber dormido tantas horas. No solía levantarme nunca más tarde de las diez.

El día cayó como una pesada losa sobre mí. Nada tendría sentido a partir de entonces. No sabía por dónde empezar.

A tientas, las plantas de mis pies encontraron las zapatillas. De pronto, decidí subir la persiana y abrir la cortina. El sol de la mañana me cegó y mi estómago protestó. Miré fuera. Aquello a la luz del día era inmenso.

Por primera vez me acordé de Candela. Quizá ella estuviera en la casa y, enterada de que yo había pasado allí la noche, y con un poco de suerte, puede que incluso me hubiera preparado el desayuno. Desde que me fui de casa, nadie me había preparado nunca el desayuno.

Pero antes de nada tenía que mirar mi móvil. Albergaba la esperanza de haber recibido alguna noticia más de Xabi. Me fastidió verme tan vulnerable con él y preocuparme por un tipo que se había largado de esa manera. Traté de recordarme que sólo era un capullo integral. Pero lo único cierto era que ya estaba rebuscando en el bolso para comprobar si había noticias de su paradero.

Nada. Absolutamente nada.

«Mejor así...», me mentí.

Me juré no volver a pensar en él. Sólo en mí misma.

«Eres Julia, tía. ¡JU-LI-A!, la de siempre, la dura, la que no se acojona ante nada. ¿Desde cuándo te ha hecho falta un tío a tu lado? Joder, has llegado hasta aquí por ti sola. ¡Que les den! ¡Que les den a todos!»

Es más...

«¿Sabes lo que voy a hacer? Desconectar el puto móvil y empezar a pensar en lo realmente importante: YO y mi nueva vida. ¡Con dos ovarios!»

Me felicité por mi decisión, por ser fuerte, por no tener desde ese momento que babear por un gilipollas. Tendría gracia quedarme pillada por un tío sólo por su físico y su aplastante seguridad. Uffff... y por sus piernas fuertes, por cómo le quedaban los vaqueros y aquellas botas moteras... Bueno, también por su carácter, además de por la forma de mirarme y tocarme cuando...

«¡Joder, Julia, vale! ¡Para ya!»

Intenté sacudirme esos pensamientos, pero finalmente no desconecté el móvil, lo puse en silencio y lo abandoné en la mesilla. ¡Manos a la obra, tenía mucho que hacer! Cosas mucho más importantes que perder el tiempo con chorradas de adolescente. ¡Se acabó!

Después, para olvidarme de Xabi, me obligué a pensar en Candela. ¿Dónde andaría?

Seguramente podría contarme muchas cosas de mi madre.

¡Qué fuerte lo de mi madre...!

Salí de mi cuarto, después de echar un último vistazo a todo aquello. Ahora que ya me iba haciendo a la idea, me apetecía realmente conocer a mi madre... aunque fuera tarde. Aún me quedaba un fajo de cartas por leer, pero habría muchas cosas que sólo Candela sabría, tras ser su persona de confianza tantos años.

Me lavé la cara en el cuarto de baño y, mirándome al espejo, descubrí unos ojos bastante hinchados después del sofocón de la noche anterior. ¡Maldito Xabi!

«No, Julia, no. Tu problema es que has perdido el control de la situación y te has puesto moñas. Te has dejado llevar por un buen polvo, vale... dos..., pero muy buenos... ¡joder!»

«¿Y qué? ¿Que estoy pillada por ese tío? Él tiene la culpa.»

En algún sitio leí que en tu mano está cómo te enfrentes a tus problemas y controles la situación. No se trata de que el capullo ese se hubiese largado huyendo de la poli, sino de mi actitud ante eso, de que me lo había tomado como algo personal.

«Vale, vamos a darle la vuelta... Y tú qué hubieras hecho, ¿eh? Seguramente lo mismo. A no ser que... te hubieras quedado colgado, de la noche a la mañana, de una tía de lo más borde, que casi se te carga en la carretera, que luego te mete en líos haciéndote pasar por su ex en un funeral a cambio de quince mil pavos, y al final, eso sí, te la tiras un par de veces...»

Podía imaginar lo que pensaría él después de todo, algo así:

«Hombre, al final no estuvo tan mal, la tía tenía buen culo y no follaba mal del todo, no son los quince mil... pero al menos me llevé una propina por aguantarla dos días y se me pasó el calentón.»

Noté que aquello me cabreaba aún más y me detuve en seco.

«Lo que te faltaba Julia, ahora castígate y hazte la víctima. Venga, va... fustígate... ¿Y si te compras un látigo de siete puntas? De puta madre, así vas que te cagas. De verdad, das pena.»

Me volví a lavar la cara, me eché agua por la nuca y me propuse cambiar totalmente. Lo primero, desayunar y después vestirme y pasar por el notario para acabar de arreglar los papeles.

Respiré hondo, satisfecha por empezar a ordenar mis prioridades.

Al salir del baño, el aroma a tostadas y café recién hecho que llegaba desde la cocina me levantó el ánimo. De fondo, se oía la sintonía de Radio 2.

Candela, a pesar de ser tan menuda de estatura como yo, era bastante más corpulenta, lo que no le impedía moverse con agilidad y eficacia. Algo tienen las mujeres venezolanas que las hace atractivas, a pesar de la edad. Además era de ese tipo de mujeres vitales, enérgicas, que desprenden optimismo.

Las dos veces que la había visto, llevaba el pelo negro brillante recogido en un moño alto y tirante que le despejaba el rostro. En él destacaban unos ojos algo achinados y muy oscuros, vivaces y luminosos. Sonreía con los labios apretados, formando una línea curva de lado a lado, que levantaba sus prominentes mejillas.

Resultaba simpática y agradable.

—Buenos días, señorita Julia. Le he preparado tostadas y café. Como no sabía cuál era su costumbre...

—Gracias, Candela.

Me senté a la mesa completamente alucinada. En el centro, una bandeja con panecillos, cruasanes, magdalenas. Frente a mí, un plato con dos tostadas recién hechas, dos tarrinas individuales de margarina y mermelada, otro botecito de miel y un café humeante en un tazón en blanco y negro, a juego con los platos y la bandeja.

En ese momento daban las diez y media de la mañana en Radio 2 y la locutora dio paso a las noticias.

—¿Cuánto tiempo hacía que trabajabas para... la señora Pilar?

—Desde mil novecientos noventa y seis. Imagínese... casi veinte años.

Se volvió para contestarme sin detener su tarea de recoger los cubiertos.

—La echarás en falta, claro...

—Es raro no verla. Ha sido mucho tiempo a su servicio. —Con el paño en una mano y un tenedor a medio secar, se detuvo para añadir con rotundidad—: Su madre era una mujer fuera de serie.

Le brillaron los ojos, que dejó clavados en mis pupilas.

—A ver si un día con tiempo me cuentas, tengo que ponerme a ordenar las cartas y luego me iré al notario.

—Cuando quiera, señorita Julia.

No podía con ese «señorita», me ponía de los nervios, me parecía de lo más esnob,

pijo y ridículo para alguien tan normal como yo.

—Llámame sólo Julia.

—Julia, está bien. Lo intentaré.

Y sonrió, después de encogerse de hombros con su desparpajo natural.

Iba a decir algo más, pero mi gesto de repente la hizo enmudecer. Levanté la mano para pedir silencio.

—Sube el volumen, Candela...

... en la noche de ayer a varios de sus integrantes, entre los que estaba el jefe del comando, un francés que responde a las iniciales F. D. V.

La operación policial, que desde septiembre del pasado año estaba siendo llevada a cabo por las fuerzas de seguridad del Estado francesas y españolas, y que era conocida en el ámbito policial con el sobrenombre de «operación Visa», en relación con el tráfico ilegal de pasaportes y visados, así como otras documentaciones para la entrada ilegal de inmigrantes en España, generalmente a través de la frontera vasco-francesa, ha concluido con quince personas detenidas, de las cuales once son de origen francés y cuatro españoles, y con un balance de cinco heridos. Tres de ellos integrantes de la banda ilegal detenida.

Lamentablemente, también han resultado heridos dos policías nacionales, entre los que se encontraba el jefe de la operación A. C. S y el oficial J. R. M, de la UCRIF central, cuerpo especial encargado de la investigación de actividades delictivas relacionadas con el tráfico de personas, inmigración irregular y falsedades documentales. El ministro del Interior ha declarado en rueda de prensa que ha sido el resultado de un trabajo coordinado entre las fuerzas especiales de seguridad de los dos países, por lo que...

—¿Qué te pasa, Julia?

No podía hablar, me había quedado muda por completo al oír la noticia.

¡Cinco heridos! Noté un nudo en el estómago y solté la tostada. ¿Sería Xabi? Algo me llevaba a pensar que sí, que él había sido uno de ellos, que podía estar grave... y entonces recordé el papel con su número de teléfono.

—¡Ay, cómo está el mundo! —empezó a decir Candela, ajena a lo que me estaba pasando—. Creen que no los van a coger nunca... A saber cuánto habrán pagado los inmigrantes por esa documentación falsa... Siempre pagan los mismos...

No, pero no podía llamar. Era una locura. Si habían detenido a Xabi, tendría intervenido el teléfono y podía meterme en un buen lío. Pero tampoco podía estar así... con aquella duda.

—¡Joder!

Candela se volvió para mirarme otra vez.

—Que no hay peligro, mujer, a ésos ya los han detenido y no los dejarán libres fácilmente. Si fueran políticos de los que roban el dinero público, entonces otro gallo cantaría, con buenos abogados y eso... Pero ¿ésos? —Hizo un gesto dramático—. ¡Bah! Ésos serán unos muertos de hambre. Con uno de oficio van que chutan. Aunque... —añadió, poniéndose más seria— el que haya disparado contra el guardia... a ése le van a dar por todos lados.

—¿Disparado? —Me incorporé de golpe—. ¿Han dicho que le han disparado a un policía?

—Si han herido a dos polis... ¿qué otra cosa iban a hacer más que disparar? Que una detención así no es como una manifestación, que se tiran piedras y balas de goma... Vamos, digo yo.

Entonces no podía ser Xabi, porque él sólo llevaba una navaja, ¿no? Al menos, si lo habían detenido no sería de los que se habían enfrentado a los del cuerpo especial ese...

Un escalofrío me recorrió otra vez la espalda. Y de pronto me dije que en cuanto saliera iría por el periódico y lo leería de arriba abajo, tenía que enterarme.

«Serán unos muertos de hambre... no tendrán dinero para un abogado, si acaso uno de oficio.» Las palabras de Candela me alertaron.

Y si Xabi estuviera detenido y lo metiesen en chirona... ¿lo ayudaría yo?

¡Joder! Le debía quince mil euros. ¡Y ahora... yo los tenía!

Recordé que había guardado la tarjeta del notario en el monedero. Con lo desastre que soy, me temí por un momento que la hubiese perdido.

En la pequeña estantería había visto carpetas, así que cogí una para destinarla a todos los papeles importantes que tendría que ir guardando. Por el momento no tenía ni idea de cuáles serían, pero seguro que unos cuantos...

Después le pedí a Candela uno de los teléfonos inalámbricos de los muchos que había repartidos por toda la casa. Con la tarjeta en la mano, tecleé los nueve números y esperé.

Debía de tratarse de un buen profesional, porque tuve que insistir tres veces, ya que la línea estaba todo el rato ocupada.

La tercera vez que me dio comunicando me temí que no me pudiese atender ese mismo día y mis sospechas se hicieron realidad.

—No se preocupe, señorita Lasarte, me dice el señor notario que está todo en orden y que podrá venir a firmar la próxima semana. Tiene también que validar su cuenta corriente, la que abrió doña Pilar para usted —me informó la secretaria—. Ah, otra cosa, me ha pedido que le proporcione el teléfono del agente musical de World Music, Peter Grant Waler. ¿Tiene para apuntar?

—Sí, sí. —Cogí lo primero que encontré: un lápiz de ojos que había en el tocador y uno de los sobres de las cartas—. Seis... ocho... cinco... tres... seis... —fui repitiendo.

Metí el papel en la carpeta, orgullosa de haber empezado a redirigir mi vida de esa forma tan organizada. Debería hacerme con una agenda. Vale, era una chorrada, pero ya tenía dos citas importantes y posiblemente la segunda de ellas, la del tipo de apellido inglés, me iba a abrir muchas puertas. Bueno, era impensable que yo acabase grabando un disco, desde luego, pero sí estaba en mi mano ser agente o representante, conocer a algunos de mis grupos de *heavy* preferidos... ¡Vaya, eso sería la leche!

Otra de las cosas que tendría que hacer: salir a mirar algo de ropa, porque allí apenas tenía nada. Con tiempo, volvería a Pamplona, iría a mi antiguo piso compartido con Víctor y rescataría mis escasas pertenencias, pero por el momento no estaba preparada.

Eché sobre la cama unos vaqueros y el jersey, decidida a salir cuanto antes. Primero daría una vuelta de reconocimiento por mi «mansión»... Ufff... Esa palabra en mi boca sonaba raro, no encajaba.

Y segundo, me tendría que buscar la vida para moverme. ¿Hasta allí llegaba algún autobús? Y de repente caí en la cuenta.

—¡Joder! —grité, abriendo los ojos como platos y apretando los puños—. ¡Joder, joder...! —Y me reí como una chiflada—. ¡Claro! ¡Ahora puedo comprarme un coche!

¡Un coche, tía!

Iba a disponer de bastante dinero... Bueno, entonces cambiaría el orden de los planes: primero iría a pasearme por los concesionarios y luego al banco.

Salí de mi cuarto casi saltando de alegría y me tropecé con Candela.

—¡Eh, Candela! ¡Voy a comprarme coche! ¡Un pedazo de carro que te cagas!

Ella se echó a reír y negó con la cabeza, luego levantó el pulgar y siguió con sus

tareas.

Entré en el cuarto de baño para lavarme los dientes. El espejo me devolvió la imagen de una ganadora, la de alguien que sin perder un minuto se iba a mirar «un pedazo de carro para flipar».

Con el grifo abierto, me pareció oír un motor fuera y me quedé con la boca llena de pasta de dientes abierta de par en par. ¡Estaba loca, ja, ja, como una chiflada pensando en el coche!

Cogí el bolso y bajé trotando la escalera.

—Adiós, Candela, ¡vuelvo luego!

Pero ella no me contestó. Estaría en alguna de las otras habitaciones. Aquello era inmenso.

En cuanto cerré la puerta tras de mí, me quedé pasmada. ¡Había un coche patrulla en la puerta de entrada, frente a la verja, y un poli de la nacional que se acercaba!

Me saltaron todas las alarmas cuando descubrí que Candela iba hacia allí para abrir la verja negra.

No pude evitar pensar en un desastre inminente, en un desenlace muy trágico. Seguro que venían a decirme que habían visto las fotos del radar y me trincaban, o que habían torturado a Xabi hasta hacerle declarar que era yo quien iba en el coche... o a lo peor, que se lo habían cargado a tiros...

Me entró un pánico desgarrador, así que me quedé clavada, allí quieta, mirando cómo Candela abría la portezuela metálica y atendía al policía.

Esos segundos fueron eternos.

Se volvió hacia mí, señalándome, pero yo seguía inmóvil, estática a doscientos metros de la puerta, sin saber qué hacer.

—Señorita Julia... —me llamó, haciendo un gesto con la mano.

«Venga, Julia, camina... Si te ven dudar será peor. Igual sólo quieren hacerte unas preguntas.»

«¡Joder, unas preguntas! ¡¿Qué preguntas?!»

«Seguro que no es nada, puede que ni tenga que ver con Xabi.»

«¡Sí, claro! Vienen de visita, ¡qué casualidad!»

—¡Señorita Julia! —Candela alzó la voz y repitió el gesto, apremiándome para que fuese.

Arrastrando los pies como si me pesaran cincuenta kilos, avancé los doscientos metros. No me atrevía a mirar al poli a la cara por si notaba mi culpabilidad.

¿Qué se solía hacer en casos así para parecer inocente?

Traté de pensar, pero estaba bloqueada y a sólo dos pasos de un interrogatorio seguro.

«Un ataque siempre es una buena defensa», me recordó mi yo interior.

«Bien. Sonríe, parece natural, Julia... Que no te noten el miedo.»

Llegué hasta ellos, apretando el bolso en mi costado. Levanté la vista y miré a Candela primero, al policía después. Traté de parecer sorprendida pero segura, nada asustada.

—¡Hola, buenos días!

El agente hizo un gesto con la cabeza, pero no sonrió. Era evidente que fuera lo que fuese no parecía muy contento.

—Julia, este policía pregunta por ti... —Fue una apreciación algo estúpida la de Candela, pero bueno, algo había que decir.

—¿Por mí? —repetí yo, pareciendo gilipollas.

En ese momento, el agente se fijó en mí. No podría decir si su expresión era dura o no.

—Sí, es su dirección y usted es Julia Lasarte, ¿verdad?

Asentí con la cabeza y noté el temblor en las piernas. Si ahora me decía «Está detenida», posiblemente no podría huir. O le soltaba una patada en los huevos y robaba el coche patrulla que tenía allí fuera o...

—No quiero molestarla mucho, pero tendrá que acompañarme...

—¿Acompañarle? —Ahora sí que parecía gilipollas, repitiendo otra vez su pregunta y, desde luego, mi tono no dejaba lugar a dudas: estaba totalmente cagada de miedo. Él afirmó con un movimiento inexpresivo de la cabeza y miró la libreta que llevaba en la mano.

¡Maldito madero! Tenía que acompañarle, me iban a detener. Busqué con la mirada a Candela y ella me la devolvió con una interrogación en los ojos. ¿Qué iba a saber ella?

—¿Adónde? —pregunté, tratando de ganar tiempo.

El poli se volvió hacia su espalda, tras la verja, donde estaba el coche patrulla.

—Bueno, será sólo un momento, tenemos que hacerle unas preguntas sobre la desaparición de un vehículo el pasado sábado...

—Pero... —«Piensa Julia, piensa algo»—. ¿El sábado?

De nuevo otra estúpida pregunta, parecía retrasada o algo.

—Así es. Hay indicios de que nos puede aclarar algo sobre el robo de un vehículo...

—¿Yo?

—Vamos, acompáñeme. —Al parecer el poli ya no quería seguir jugando al diálogo de besugos.

Le eché a Candela una mirada suplicante sin decir nada y comencé a caminar despacio tras el imponente agente de cerca de metro noventa de estatura.

—Bueno, no se preocupe, no creo que mi compañero la entretenga más de dos minutos...

—¿Su compañero? —Otra vez con las preguntas.

—Sí, mientras le responde a unas cuantas cuestiones rutinarias, yo voy a tomar unas fotografías de la zona.

Eso sí que me descolocó.

—¿Fotografías? ¿Lleva una orden judicial para poder hacer fotografías?

«¡Vale, Julia, ahí has estado!», me dije orgullosa.

El policía me miró con expresión de asombro.

—La orden judicial se necesita para entrar en el domicilio, señorita... No la necesito para hacer fotos de los alrededores de la casa.

«¡Por bocazas! —pensé—. ¡Cierra el pico, imbécil!»

Ya estábamos al lado del coche. No me gustaba en absoluto la idea de entrar allí y que... bueno, que un madero me inflara a preguntas.

—Vamos, entre.

Al menos no me habían esposado todavía. ¿Y si era una encerrona? ¿Y si entraba en el coche y arrancaba y me trincaban?

Me sujetó la puerta trasera y entré. El poli que había dentro, al volante, parecía estar revisando los papeles con mi interrogatorio. Pero el muy imbécil o no se daba por enterado de que ya estaba sentada en la parte trasera del vehículo o pretendía ponerme nerviosa. El caso es que no decía nada.

Carraspeé incómoda.

De pronto, el tipo levantó la cabeza y habló.

—¿Julia Lasarte?

¡Aquella voz!

No, no... ¿Cómo...?

Se dio la vuelta en su asiento y le vi la cara.

Llevaba el pómulo amoratado.

—Julia, tengo que...

—¡Xabi!

Su mirada, su mandíbula tensa, su expresión afligida... reflejaban preocupación e incluso arrepentimiento.

—¡Joder! Pero...

Aquello me produjo tal shock que era incapaz de articular palabra. No podía pensar con

claridad. No entendía nada. ¿Qué hacía Xabi allí sentado?

Resopló de nuevo y bajó la vista.

—Espera... Ven... pasa delante.

Dio con la palma dos golpecitos en el asiento delantero. ¿Qué cojones estaba ocurriendo?

Mi primera reacción fue de sorpresa absoluta, además de un cabreo bestial. Yo todavía estaba temblando cuando abrí la puerta del asiento del copiloto. Estaba cagada de miedo. Y lo peor... aún no tenía ni idea de lo que iba a suceder.

Me senté y di un portazo. Me miré las manos, las tenía heladas.

Él se volvió en su asiento y me levantó la barbilla.

—Julia, te debía una explicación...

La radio del coche patrulla emitió un chasquido y Xabi la desconectó.

—Pero ¿tú eres... poli?

Se pasó la mano por el pelo hacia atrás, desvió la mirada hacia mi izquierda y agachó la cabeza.

—¡Joder! ¡Eres un cabrón!

Dicho esto, y pese a que tenía que admitir que estaba aliviada de verlo sano y salvo, agarré el bolso con furia para bajarme del coche, pero él me retuvo por el brazo.

—Espera..., las cosas no son tan fáciles. Tú no lo entiendes. —Yo lo miraba con los ojos como platos, alucinada—. Estoy aquí, ¿no?

—¡Joder, te largaste sin decir nada!

—¡Tenía que hacerlo, Julia! Ya te habrás enterado de que... los detuvimos... en la frontera.

Negué con la cabeza, no podía creer lo que estaba diciendo. Aquello era superior a mis fuerzas y no iba a perdonarle.

—¡Me engañaste!

—¡Procuré protegerte, Julia! Podría haberte dejado tirada...

—Ah, muchas gracias. —Mi tono fue irónico.

Nos quedamos un momento en silencio, yo tratando de asimilarlo todo. Ahora entendía sus idas y venidas con el móvil, su reacción cuando dije lo de llamar a los de los atestados, sus ganas de irse... Entonces, ¿por qué me siguió el juego? La rabia se iba diluyendo, pero empezaba algo peor: aquella sensación de sentirme utilizada. Pero ¿para qué?

—¿Por qué, Xabi? —pregunté, mirando directamente sus ojos grises, bajando el tono hasta casi un susurro.

Me cogió la mano entre las suyas.

—¡No lo sé! Aún me pregunto qué coño hago aquí. No debería...

Se hizo el silencio de nuevo. Me conmovía verlo así, tan perdido por primera vez. ¿Dónde estaba el tipo de aplastante seguridad al que arrollé en la autovía?

—Bueno, pues si tú no lo sabes...

—Nada de esto entraba en mis planes.

—Ya, tus planes, ¿no?

Resopló de nuevo.

—Tú —dijo simplemente, mirándome a los ojos.

Noté que me venía abajo. Me estaba desarmando con su actitud... pero era difícil fiarse.

¿Y si decía la verdad?

¿Y si por una vez me desprendía de mi coraza y le daba una oportunidad?

—Joder, Xabi. —Mi voz fue casi un lamento, bajé la vista hacia mi mano entre las suyas—. La cagaste. Yo... te creí... y me mentiste.

—No del todo.

—¡Ah, ¿no?! —Levanté la mirada, esperanzada.

—No en todo... Te dije algo antes de irme, algo que no suelo decir.
Hizo una pausa. Mi yo racional luchaba a brazo partido contra mi yo más pasional. ¿Lo iba a escuchar?
Me quedé en silencio, esperando.
—Te quiero. Y eso lo explica todo.
—Ufffff —protesté.
Me apretó la mano y con las yemas de sus dedos acercó mi nuca hacia él.
«Bésame, bésame...»
Pero se quedó parado, tan perdido como antes, buscando en mis ojos la duda, quizá esperando alguna reacción por mi parte, algo que le indicase que yo también me moría de ganas.
—Espero no arrepentirme, joder... Eres un puto madero.
—¿Esto... o los quince mil? —Su sensual boca estaba a milímetros de mis labios.
—Esto... —susurré, casi rozando los suyos.
Un golpecito en la ventanilla nos interrumpió.
Xabier la bajó.
—¿Xabi, ya...?
—Sí, ya puedes irte, me quedo. —Y volviéndose hacia mí, añadió—: Si me invitas a una copa, claro.
—No puedes beber... eres... poli.
—Sí puedo. No estoy de servicio. —Y señalando al otro, que sí iba uniformado, sonrió—. ¿Lo ves? Yo no. Mi colega sí.
El otro agente movió la cabeza e hizo una mueca divertida.
Salimos del coche, guardó sus cosas en el bolsillo interior de su cazadora y me ofreció la mano. Caminamos en silencio hacia la entrada de mi casa.
El notario, el concesionario, el banco... todo podía esperar un día más. Ahora lo que más necesitaba era estar entre sus brazos.
—¿Entonces? —Se detuvo antes de entrar, mirándome.
—Entonces, ¿qué?
—Si aceptas el trato.
—¿Qué trato? —No entendía adónde quería ir a parar, pero su expresión había cambiado por completo. Le brillaban los ojos.
—Quedarte con el madero... y olvidar los quince mil que me debes.
Solté una carcajada.
Y él me agarró fuerte por la cintura y me dio un beso en los labios, pero yo lo separé.
A pesar de que me apetecía más que a él, tenía que ser yo quien dijera la última palabra.
—¡Eh! Sólo una condición...
—¿Cuál?
—Que el madero me detenga ya mismo y me espose al cabecero de la cama.
—¡Hecho!

Agradecimientos

Llegados a este punto, me pregunto: ¿hasta dónde debería rebobinar para comenzar con los agradecimientos?

¿Dónde quedará el límite entre lo justo y lo excesivo?

Porque lo justo y... más emotivo será nombrar a mis padres, aunque vean mis éxitos desde «el otro lado», ¡brindo por ellos con un cariñena!

Porque lo más justo y... entrañable es dedicar este agradecimiento a mis dos hijos, Carina y Sergio, dos grandes personas que me han visto crecer.

Y a Víctor, mi pareja, mi tándem, ese compañero de viaje con quien comparto paisajes, proyectos, destinos... Y, además de justo, un punto nostálgico resulta pensar en los que estando lejos siguen tan cerca: mi hermana Ana, Nacho y mis sobrinos. Algo que hago extensivo a toda la familia en general.

Porque lo justo y razonable es acordarme de la Escuela de Escritores de Zaragoza, comienzo de mi preparación literaria, pero haciendo una mención especial de la primera persona que creyó en mí y me animó a publicar mi primer libro: mi amiga, la escritora Raquel Antúnez, agradecimiento que hago extensivo a todos mis compañeros escritores, con mención de honor al polifacético novelista Lucas Barrera, a Miriam Lavilla, Carmen Santos, José Luis Palma, Blanca Miosi... y un larguísimo etcétera. A los medios de comunicación, especialmente a los que me trataron siempre genial: Javier Vázquez, Patricia Navarro, Joaquín Carbonell, Aragón Radio...

Lo justo e indispensable será citar a esos «sufridos lectores/as cero», amigas como Juani, Mari Cruz, Paquita, Emilio, Pili, Olga y además seguidores, lectores, blogueros que me han apoyado desde las redes sociales.

Finalmente, lo justo y fundamental es agradecerle a mi editora de Esencia, Esther Escoriza, y al grupo Planeta haber depositado su confianza en mí, en esta novela que tienes en tus manos, y por supuesto a los profesionales librereros, con mención de honor a la Librería Central de Zaragoza, por el trato y el apoyo recibidos constantemente.

No sé si ha resultado excesivo, querido lector, pero de lo que no me cabe duda es de que... tanto agradecimiento ha sido justo.

Sobre la autora



Sylvia Marxes el seudónimo de la zaragozana Sylvia Martín.

Se considera una persona luchadora, creativa y polifacética, pues además de su trabajo como técnico en consumo y RRLL (graduado social, relaciones laborales) ha colaborado en medios de comunicación como Cadena Ser local y en diferentes publicaciones.

Escribe desde siempre, pero fue en el año 2012 cuando vio la luz su primera novela *Mili... ¡milagro!*, por la que recibió el Premio Autora Revelación 2013. Más tarde publicó la divertida *Cómo intentan ellos ligar en un chaty* diversos monólogos.

Su otra gran pasión es el teatro, así que, después de seis años subiendo al escenario para actuar, decidió aunar ambas facetas: la literaria y la escénica. Desde entonces, escribe y dirige sus propios guiones y da clase a varios grupos de iniciación, como *coach* personal y de equipos.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:

<

<https://www.facebook.com/SylviaMartinH/?ref=hl>

> y <

<https://twitter.com/SylviaMartin>>.

Notas

[1]

Close your Eyes, Reprise, interpretada por Michael Bubl . (N. de la E.)

[2]

Start me up, 2009 Promotone B.V. under exclusive licence to Universal International Music B.V., interpretada por The Rolling Stones. (N. de la E.)

[3]

Logical Song, A&M Records, interpretada por Supertramp. (N. de la E.)

[4]

Sad but True, Blackened Recordings, interpretada por Metallica. (N. de la E.)

Ni tú Romeo, ni yo Julieta
Sylvia Marx

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Imagen de la cubierta: Andrey Armyagov - Shutterstock
© Fotografía de la autora: Judit Serrano Delgado

© Sylvia Marx, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2016

ISBN: 978-84-08-15355-9(epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona-Víctor Igual, S. L.,
www.victorigual.com